







SÁTIRO O EL PODER DE LAS PALABRAS







SÁTIRO O EL PODER DE LAS PALABRAS

Vicente Huidobro



LABERINTO
EDICIONES

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO





Primera edición, 2019.

© Fundación Vicente Huidobro. Sátiro o el poder de las palabras

© Laberinto Ediciones
Av. Benito Juárez Mz, 1 Lt.2
Col. Consejo Mexicano Agrarista
C.P. 09760
Ciudad de México.

ISBN: 978-607-98597-2-5

© 2019, Secretaría de Cultura
Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro. Villahermosa.
C. P. 86000, Tabasco, México.

ISBN: 978-607-8735-01-3

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal de Derechos de Autor.

- © Diseño Editorial: Esteban Ascencio Cuevas.
- © Ilustración a portada: Esteban Ascencio Cuevas.
- © Obra de portada: Archivo Fundación Vicente Huidobro.

Esta obra cuenta con el apoyo de la Fundación Vicente Huidobro.

Impreso en México.









SÁTIRO O EL PODER DE LAS PALABRAS



Vicente Huidobro





I

Bernardo Saguen estaba contento. Por la ventana de su pieza miraba formarse el día. Las nubes en el cielo iban ocupando su sitio, lentamente, obedeciendo la orden de un capitán invisible. Ellas eran los grandes barcos que vuelven al puerto en un día sin viento.

¿Cuánto rato estuvo contemplando el cielo? Ni él mismo podría decirlo, pues, a veces, mirar el cielo es como salirse del tiempo.

Había pasado largas horas de la noche haciendo un pequeño catálogo de sus cuadros y de sus libros. Esto, en razón de que el propietario de la casa había anunciado que subiría los precios de los departamentos, en cuyo caso se mudaría del suyo en quince días más. En las mudanzas se pierden tantas cosas, y lo que a él más le interesaba eran sus libros y sus cuadros. Sentía abandonar aquel departamento en donde vivía desde hacía siete años. Un departamento pequeño, pero cómodo y bien situado. ¿Qué más podía desear para él solo? Un gran dormitorio, con su cuarto de baño al lado, un buen escritorio, un comedor, una pequeña entrada y una sala del tamaño exacto para recibir a sus pocos amigos.



Bernardo tenía treinta y cinco años. No era rico ni pobre; había heredado de su padre una renta suficiente para vivir holgadamente y sin preocupaciones por la lucha cotidiana. Además, no era un hombre gastador, y todo lo que podía economizar lo empleaba en comprar buenos libros y cuadros de sus pintores favoritos. Indiscutiblemente, tenía un alma fina, sensible, acaso demasiado sensible. No era un bonitillo, pero tenía un rostro agradable y una excelente figura, sobre todo por su porte, y ademanes de animal racé. Según su carné de identidad, medía un metro setenta y seis. Según las muchachas de su barrio, medía mucho más; especialmente Susana, su amor de seis meses durante el último año, le encontraba muy alto. —«Un hombre tan alto como tú, tiene siempre razón»— le decía Susana.

Aquella mañana estaba optimista, acaso porque en la noche había realizado un trabajo que le fastidiaba y que iba postergando desde varios días.

A las nueve y media de la mañana una nube grande y de fuerte tonelaje pasó a la deriva frente a su ventana.

A las diez se echó al baño.

A las once la portera le subió una carta del propietario, en la cual este le decía que su departamento sería el único que no subiría de precio, en vista de ser el más antiguo arrendatario de la casa.



«Haberlo dicho antes —pensó Bernardo Saguen—, y me habría evitado el trabajo de anoche, aunque en el fondo es mejor tener un pequeño catálogo de todas las cosas que nos interesan».

Esta noticia le puso más optimista, y empezó a silbar recorriendo las piezas de su departamento y, contemplando con ojos cariñosos sus muebles y sus objetos, como diciéndoles al oído: «Ya nadie os molestará, amigos míos».

A las once y media salió a la calle. Iba contento, se reía solo, reía con los árboles, con el aire, con el sol. Se sentía tan liviano, que de repente movía los hombros como para acomodarse las alas.

Había mucha primavera en la calle. Primavera por todas partes, en el suelo, en las ventanas, en los tejados. Pensó en las flores que en ese instante empezaban a saludar a sus respectivos países en todo un hemisferio de la tierra. ¡Cómo estarían las flores en Pekín recibiendo elogios en chino! Y las rosas hablando entusiasmadas a los novios de América y a los poetas de Europa.

Bernardo no podía precisar si su presencia producía la primavera o si la primavera producía su presencia. Un hecho era indiscutible: la primavera se sentía tan contenta de ser la primavera que su alegría se comunicaba a todo el universo.



II

Era el día de su buena suerte, uno de esos días de buena suerte de que gozan todos los mortales y que son tan pocos en la suma total de nuestros días, en este mundo absurdo construido sobre el dolor y la miseria de la mayoría de los hombres y para goce de unos cuantos escogidos.

En la tienda de un pequeño vendedor de cuadros compró una naturaleza muerta de Pablo Picasso por seiscientos francos. En una librería de viejo compró una primera edición de Rimbaud en perfecto estado y por solo ciento cincuenta francos.

El cielo sonreía, la calle sonreía; adentro de sus pasos saltaban conejitos alegres. Y no tendría que cambiarse de casa.

¿Por qué estaba tan optimista? Su optimismo atraía la suerte. Más tarde debía preguntarse muchas veces por qué estaba tan optimista aquella mañana.

Pensó un instante tomar un tranvía para llegar pronto a su casa. Luego cambió de idea y prefirió seguir a pie. La mañana estaba tan hermosa, la primavera se hacía presente por todos los poros del cielo y de la tierra. En untranvía no hay primavera, la primavera desaparece porque detesta el encajonamiento, detesta los ataúdes, aunque tengan ruedas.



Apresuró el paso. Advirtió que andando rápido no se puede pensar en nada, ni siquiera saborear la propia alegría, esa alegría interna que de pronto se nos sube a las narices y nos dilata las fosas nasales como el viento del mar. Entonces empezó a andar más despacio.

La primavera se hacía consciente, se salía de madre, rebasaba de la copa de los árboles y caía a chorros sobre el mundo. Salía de las piedras en rayos azules, salía de las mujeres en grandes senos perfectos y en miradas de un sabor especial.

Bernardo marchaba alegre, abriéndose camino en medio de tanta primavera.

Torció una esquina. Torció otra esquina. Las mujeres que pasaban a su lado eran todas hermosas. ¿Cuándo había visto mujeres más hermosas y más graciosas y más sueltas adentro de sus ropas delgadas? Y no tendría que cambiar de casa.

En una calle estrecha y pobre, pobre de estrecha y estrecha de pobre, vio una mujer con un niño en los brazos, llorando con pequeños sollozos entrecortados. Iba a detenerse, iba a acercarse a ella, pero no se atrevió. A los pocos pasos pensó retroceder, volvió la cabeza, la mujer no le miraba ni miraba a nadie. Bernardo Sagueen dominó su impulso y siguió andando.

Un poco más allá, en la misma calle, vio a una chica de unos diez años, parada frente a la vitrina de una



dulcería, contemplando con ojos ansiosos las bandejas de dulces y los frascos de caramelos.

La chiquitina miraba con tales ansias, que Bernardo no pudo seguir de largo. Se detuvo un instante junto a ella. La niña levantó la cabeza, y él pudo ver al fondo de sus ojos tristes, todos los caramelos del mundo.

— ¿Qué es lo que más te gusta? —le preguntó Bernardo sonriendo. —Los chocolates —contestó ella sin vacilar.

—Ven —exclamó Bernardo casi en un suspiro—. Voy a comprarte un gran paquete de chocolates.

La chica le siguió al interior de la dulcería y él la dejó elegir a su gusto chocolates de todas las formas y otros envueltos en papeles de todos los colores.

Al salir a la calle, la niña llevaba su paquete contra el pecho con una ternura cósmica y maternal. Bernardo le acarició los cabellos.

—Cuidado con comértelos todos de una sentada. Te enfermarías del estómago.

La chica le miró agradecida y le sonrió. ¡Qué hermosa sonrisa y qué cabellos tan suaves!

—Adiós —dijo Bernardo.

Entonces pasó algo terrible, absurdo, triste, grotesco. Una portera que estaba de pie en la acera junto a su puerta, lanzó una mirada feroz a Saguen, y gritó a voz en cuello:



— ¡Sátiro!

Bernardo volvió la cabeza indignado y vio las espaldas de la mujer que se escondía rápidamente por el zaguán de su casa.

—Estúpida, mala pécora —murmuró Saguen, y se alejó por la calle, camino de su barrio. Instintivamente y al doblar la esquina, miró el nombre de la calle: calle Valmont.

Toda su alegría quedó aún unos instantes detrás de él, frente a la vitrina de la dulcería. Su rostro se entristeció. El cielo y el aire se le tornaron sombríos.

¿Cómo es posible que una frase canalla pueda romper una hermosa mañana?

Esa facilidad para la alegría o para la tristeza en Bernardo Saguen hacía pensar que era un hombre de débil voluntad o de poco carácter.

Siempre me han asustado los seres con tanta facilidad para la tristeza o la alegría.

III

Con el cuadro y el libro debajo del brazo, Bernardo Saguen sube las escaleras de su casa.



¿Por qué sube tan de prisa, casi a la carrera y como si quisiera esconderse?

¿Quién le persigue? ¿De quién huye? ¿De quién quiere esconderse?

Con cuánto placer, a veces, abrimos la puerta de nuestra casa. Con cuánto placer nos paseamos entre nuestras paredes íntimas. Sobre todo aquellos que llevan el alma como una cosa frágil y demasiado fina, como una campana de vidrio en las manos inexpertas.

Bernardo Saguen es un hombre excesivamente delicado y sensible.

Ahora se pasea por su habitación, y se diría que mira sus objetos familiares como cosas extrañas. Allí está él con sus cosas, entre sus cosas habituales, y, sin embargo, parece sentir que hay algo que está de más. Hay algo agregado a sus objetos, a esas presencias tan queridas y tan suyas.

— ¡Bah! Tonterías de hombre nervioso.

Se encoge de hombros y se pone a silbar. Se dirige a la cocina, empieza a freír un par de huevos, corta una gran tajada de jamón y se prepara sus tazas de té.

Mientras está almorzando, hojea el libro de Rimbaud. ¡Qué gran poeta Jean Arthur Rimbaud! Ya está contento. La poesía de ese joven genio le dilata las pupilas como si quisiera abarcar de una sola vez todo el universo.

«—Etais-ce donc ceci?

—Et le reve fraichit».



«La mer de la veillée, telle que les seins d'Amelie. La plaque du foyer noir, de réels soleils des grèves: ah! Puits des magies; seule vue d'aurore, cette fois».

«Au bois il y a un oiseau, son chant vous arrête et vous fait rougir...».

«Il y a enfin, quand l'on a faim et soif, quelqu'un qui vous chasse».

«Que les oiseaux et les sources sont loin! Ce ne peut-être que la fin du monde, en avançant...».

Bernardo Saguen se quedó pensativo largo rato, y como en éxtasis: «Todo es mentira, solo la poesía es verdad —se dijo—. La poesía es un a priori que se prueba por sí mismo. Se prueba al estallar como una estrella al fondo de nuestro pecho. Es el pensamiento y el sentimiento en estado puro. La poesía es una facilidad de pureza, una tendencia del espíritu a olvidar los compromisos que ensucian nuestra voz».

De pronto, sintió que perdía pie, que se alejaba de sí mismo.

Mecánicamente se cogió del borde de la mesa con ambas manos.

«¿Estoy aquí o en medio del universo? —pensó—. ¿Qué sabemos, qué sentimos? ¿Un hombre puede ser el mismo antes de haber leído un gran libro que después de haberlo leído? Es él más el libro. ¿Y si el libro tomara excesivo sitio en su espíritu hasta el punto de obligarle



a encoger su yo? ¡Oh! El espíritu es demasiado vasto, es infinitamente elástico. ¿Quién puede señalar sus límites? A cada paso sentimos agrandarse los horizontes, alejarse las montañas, ahondarse los abismos».

Sus manos soltaron el borde de la mesa y los músculos tendidos de la cara se relajaron un instante.

«El sentido de la eternidad me atormenta —pensó—, y yo quisiera atormentar la eternidad».

Bernardo levantó la cabeza, sus ojos vagaron por la habitación. Llamaban a su puerta, estaba sonando el timbre. Se levantó y fue a abrir, adivinando que debía ser Emilia, la vieja sirvienta que venía por dos horas todos los días a hacerle la casa.

—Creí que el señor no estaba —dijo la vieja al entrar.

— ¿Cómo? ¿Ha llamado mucho?

—Ya iba a irme. He llamado varias veces.

Bernardo se sonrojó:

—Pues no le había oído. Estaba haciendo ruido con el agua en la cocina.

«¿Por qué he mentido?» —se preguntó. Experimentó rabia, y la presencia de aquella mujer le molestó por primera vez, sintiendo necesidad de estar lejos de ella.

—Haga usted la cocina y el comedor primero, pues yo tengo que cambiarme ropa. Luego hará el dormitorio.

No tenía que cambiarse ropa; había vuelto a mentir, y en el fondo de su alma detestaba la mentira. Pero aquella



No tenía que cambiarse ropa; había vuelto a mentir, y en el fondo de su alma detestaba la mentira. Pero aquella mujer le disgustaba terriblemente, quería estar lejos de ella, esconderse de ella.

«¿Por qué me molesta esta pobre vieja? —pensaba—. Antes nunca me había molestado. ¿Por qué hoy me irrita su presencia? ¿Por qué me excita los nervios? ¡Que se vaya al diablo!». ¿Quería estar solo? No, no es que quisiera estar solo; en realidad, le habría gustado hablar con alguien, por ejemplo, con su viejo amigo Mario Viner, leerle unas páginas de Rimbaud y discutirle por Rimbaud contra Mallarmé, el poeta favorito de Viner... o simplemente comentar lo que leería. Sí; tenía deseos de hablar con alguien, con una persona como Viner. Pero aquella vieja... «¿Qué le importa a esa vieja lo que yo haga y qué le importa que yo no oiga el timbre?». Iría a buscar a Viner; no vivía lejos de allí. Se puso el sombrero y se dirigió a la puerta. Al llegar a ella se detuvo en seco. Sintió repugnancia de salir a la calle; el solo pensar que iba a andar por las calles le produjo una nueva irritación y una verdadera sensación de repugnancia.

«¡Bah! Es tan sencillo, le llamaré por teléfono. Pero él no tiene teléfono. Verdad que no tiene teléfono. Pero me ha dicho que puedo llamarle al teléfono de su vecina, Laura... Laura ¿cuánto? Y tantas veces que le he llamado. Laura... Laura... Es estúpido que haya



olvidado de pronto su apellido».

—Emilia, ¿cómo se llama la señorita que vive al lado del departamento del

señor Viner? ¿Esa que es artista de teatro... y que hace pocos días estrenó una película que se titula Sueño imperial? ¿Cómo se llama? Laura... Laura...

—Laura Valmont.

—Eso es, Laura Valmont. ¡Qué nombre tan tonto!

La señorita Valmont en persona salió al teléfono. Tenía una voz simpática. Ya otras veces había respondido ella, ya conocía su voz. Pero esta vez le sonó particularmente agradable, algo así como si la voz le reconciliara con algo o le hiciera perdonar faltas no cometidas. Esta sensación de algo vago que le hacía perdonar faltas inexistentes, la había sentido varias veces en su vida, y siempre al atraparse en una de esas fallas, como él decía de sí mismo, pensaba: «Soy un tonto maniático».

—Disculpe usted, perdone. No es necesario que Viner venga al teléfono. Solamente le suplico mandarle decir que le espera en su casa su amigo Saguen.

Luego en tono galante:

—Pero antes se le puede decir que su amiga y vecina la señorita Valmont, trabaja muy bien en su última película... y que es muy hermosa..., ella, se entiende, no tanto la película.



La señorita Valmont se rio, lanzó dos o tres interjecciones coquetas y seguramente nunca envió de mejor voluntad un recado a su vecino.

Media hora más tarde, Mario Viner llamaba a la puerta de Saguen. De la misma puerta, Bernardo le llevó ante su nuevo cuadro.

— ¿Qué te parece este cuadro? Tu opinión franca.

— ¿Adquisición de hoy?

—De esta mañana —exclamó Bernardo, y sintió una punzada en la espalda, algo así como una especie de escalofrío.

—Me parece excelente. Tienes un gusto muy seguro.

—Me siento mal.

—Estás un poco pálido.

—Me duele la espalda; a lo mejor he cogido un aire. También he comprado un Rimbaud, edición original. Me gusta la voz de tu vecina, tiene algo envolvente, se diría que entibia el teléfono.

— ¡Qué curioso! Ella me ha dicho lo mismo de tu voz. Me dijo: «La voz de tu amigo es como una rosa tibia».

Ambos quedaron un instante pensativos. El fondo de los ojos de Saguen aparecía en un rosal de fuego.

—Me gustaría conocerla —dijo—; te ruego invitarla y venir con ella mañana a eso de las seis. Me gustaría mucho conocerla.



—Le comunicaré tu invitación, y estoy seguro de que aceptará.

—Sí, aceptará, yo también estoy seguro... Debe aceptar.

—Es pretensión.

—No, es necesidad.

—Te has puesto pretencioso.

—No, estoy adivinativo... Y en este instante me siento mal y excesivamente sensible.

—Estás preparado para enamorarte —exclamó Mario Viner.

—No creo que sea eso. Acaso... He leído cosas muy hermosas. Hay ciertos autores a los cuales en sus libros se les siente la voz. Estoy cierto de que si yo escribiera, se me oiría como si hablara.

— ¿Y por qué no escribes?

—Soy perezoso y prefiero leer lo que otros escriben por mí, porque estoy seguro de que todo lo que me estremece y me sacude fuertemente es mío; yo también hubiera podido decirlo. Todo lo que es hermoso me pertenece. ¿Para qué escribir, entonces? Hay tantas cosas maravillosas que leer... Ahora quisiera dormir, echarme a dormir por seis meses, sin despertar.

—Entonces, ¿para qué me has llamado?

—Tengo miedo de dormir.

—Y también tienes miedo de estar despierto.



—También.

— ¿Tienes algún conflicto? —Ninguno.

—Te repito, Bernardo, te vas a enamorar.

—Siento una angustia de infinito, como si estuviera lloviendo en todos los astros del universo... Un sentimiento de infinito, una emoción de vaguedad, flotante.

—Estás en tu hora de poeta. Y en el fondo estás optimista.

—Ni optimista ni pesimista, Mario; estoy detrás o más allá de eso.

—Baja a la realidad, aférrate a la vida real.

— ¿A qué realidad? ¿Cuál es la realidad? El poeta es el único que la conoce y todos creen, al revés, que es el único que la ignora. El poeta suscita la realidad, no acepta cualquier realidad, sino aquella que resuena en el plano de su espíritu. Va por el mundo creando realidades, porque las cosas más apartadas, más grandes, más pequeñas, más escondidas se dan la mano ante sus ojos.

—O te vas a enamorar, o te vas a convertir en un misántropo.

—Recuerdo un barco maravilloso que se alejaba del puerto y de miles de brazos tendidos. Iba hacia el naufragio, y estoy cierto de que lo presentía; todos sus hierros adivinaban el fin y estaban más bellos que nunca. Iba como un gran ataúd a su sepulcro. Iba ya lleno de su



muerte y majestuoso de su muerte. Su larga estela era de lágrimas y hubiera querido dejar escrita su historia en una estela de metal y ser recordado por los hombres, quedar en algo entre los hombres.

Un silencio pesado pasó como una estela mortal entre los dos amigos. Saguen tamboreaba con sus dedos nerviosos en el brazo de su sillón. Luego murmuró:

—Se trata de liquidar las trabas de una educación engañosa o de ser víctima de ella; se trata de soltar las amarras; se trata de liberar nuestras verdaderas fuerzas íntimas. Es preciso que la vida sea la vida y no una farsa... Y sobre todo es preciso que la vida sea elevación, altura, ¿comprendes? La vida empieza en la estratósfera.

Otro corto silencio y luego ante su amigo taciturno:

—Se trata de liquidar lo superfluo, como si fuéramos a arrojarnos al mar.

—La inútil exaltación de siempre. No te pongas peligroso.

—Elevarse, elevarse... Ver y sentir el universo, aquí, en mi mano, en mi cabeza, contra mi pecho.

—Cuidado, Bernardo, los místicos en traje civil siempre me han asustado.

—Estás hablando como Pedro Almora.

—Pienso que todos nuestros amigos, de todo el grupo de nuestra juventud, Pedro Almora ha sido el más lógico, el más justo y razonable. Al elegir el camino de



la revolución social, al dedicar su vida a los problemas sociales tomó el camino perfecto. Cada día lo veo más claro, pues ese es el gran problema de nuestro tiempo. Ahí está nuestra verdad, y solo allí podemos servir sin rebajar nuestro espíritu y nuestra dignidad. El camino de Pedro Almora sería tu salvación.

—¿Crees que yo no le admiro? Si yo fuera capaz, le seguiría, estaría a su lado; pero ello requiere demasiada valentía, demasiada voluntad y poder de sacrificio. Confieso que soy incapaz, delato mi debilidad. Acaso más tarde... No olvides que soy un soñador estático y Almora es un soñador dinámico.

—Pedro es un hombre admirable, y fijate cómo su espíritu se ha enriquecido. Antes era el más débil entre nosotros. Ahora es un gigante.

—Por otra parte, ¿crees tú que elegimos el camino que queremos? ¿No crees que elegimos el camino que podemos?

—Creo que debemos poder lo que queremos.

—Aquellos que pueden dominar su voluntad interna y sus sueños, o que pueden cambiarlos. ¿Y los que no pueden, Mario?

—Todos pueden.

—Y si yo te dijera que yo no puedo, que soy inferior al último de mis anhelos.

—Es posible; pero ¿has hecho algo por orientarlos?



—No tengo a veces ni la fuerza de desear orientarlos. A menudo me vienen periodos de energía, pero como sé de antemano que no han de durar, ¿para qué esforzarme inútilmente?

—Te agrada sentirte un hombre a la deriva, dejarte llevar por el río.

—No tanto. No soy un hombre a la deriva.

—Podrías llegar a serlo —dijo entre dientes Viner.

—No creo —respondió resuelto Bernardo.

Hubo un silencio turbio, lleno de formaciones internas. Por una ventana entreabierta entraba un vienteillo cansado de dar la vuelta a la ciudad.

— ¿No tienes miedo de terminar tu vida como un viejo misántropo?

—Te diré; mi abuela pasó veinte años sin hablar a nadie y mi abuelo se ponía cilicios.

— ¡Ay! ¡Ay! Qué peligroso me parece todo esto. Mario iba a seguir opinando.

—Calla. Ya lo sé. Si tú hubieras sido mi tutor, me habrías puesto en una escuela correccional.

—Eso era. ¿Cómo has adivinado?

—Lo ignoro, pero eso ibas a decir. Ya te he dicho que hoy estoy adivinativo.

Cuando los amigos se despidieron, se notaba en Mario Viner una mirada inquisidora. Bernardo Saguen la advirtió y experimentó una sorda cólera en ciertos rincones de su alma.



IV

Aquella noche Bernardo Saguen durmió bien. Y tenía tantas ganas de dormir bien. Primero leyó un libro banal para no ponerse nervioso. Después apagó la luz. Durante un instante recordó su día: las nubes de la mañana, el sol, los árboles contentos, la primavera tan primaveral que se reía sola como él iba riendo solo por la calle, sus compras, el cuadro de Picasso, el libro de Rimbaud, la mujer que lloraba, la chica frente a la dulcería, los chocolates... «¡Sátiro!», le gritó una vieja portera. Vieja idiota, vieja inmunda. La visita de Mario Viner, el teléfono, la voz de Laura Valmont. Ella sí, ella tiene una voz de rosa tibia, no él, su voz entibia el teléfono.

¿Hay algo mejor que dormir? ¿Acaso el día no está de más?

«Si una voz así me hiciera dormir, me dormiría como en un cuento de selvas encantadas. Me dormiría bajo su voz. Es ella la que tiene una voz de rosa tibia. Me dormiría dentro de una rosa recién apagada, como en una hamaca mecida por un viento que viene del sol. Así me dormiría tan agradablemente... Me dormiría...».

Y se durmió.

¿Acaso el día no está de más?



V

Sintió un poco de claridad que llegaba a su cerebro. Abrió los ojos. Veinte centímetros de luz entraban por la ventana apenas entreabierta. Se puso de espaldas y se quedó mirando el techo en la penumbra de la habitación. Una mosca se paseaba por el techo blanco en un trozo en que pegaba la luz. Iba y venía como por el Paraíso. ¡Qué animal más antipático! «De niño me llamaban “el enemigo de las moscas”. “Bernardo el matador de moscas”. Nunca he comprendido que las gentes y todos los pueblos no emprendan verdaderas cruzadas contra las moscas. Eso prueba que el hombre es un animal estúpido y de nervios de palo. Si todos los hombres emplearan una hora al día en matar al repugnante bicho, al cabo de un tiempo no quedaría uno sobre la faz de la tierra. Solo que yo era cruel, un poco cruel; en vez de matar las moscas de un golpe, me gustaba martirizarlas, descuartizarlas. Recuerdo que un compañero de clase, un chico medio adormilado, una vez me insultó. Y era hijo de un carnicero. Sí, se llamaba Benjamín, y era hijo de un carnicero enriquecido. Tenía una hermosa casa con jardín y muchas flores, muchas flores por todas partes. Se diría que su madre quería olvidar los bistecs, las costillas y los hígados sangrientos, llenándose de flores la memoria...



»Debería saltar de la cama y preparar mi baño. Pero esta hora del despertar, estos momentos al salir de la somnolencia y entrar en lo despierto, son tan agradables. Podría uno pasarse horas enteras mirando el techo o mirando la pared, y sin pensar en nada o pensando en todo.

»Deben ser las nueve, tal vez las nueve y media. — Iba a incorporarse para ver la hora—. ¡Y qué más da la hora que sea! ¿Por qué hay que saber la hora? ¿Quién ha dicho que hay que saber la hora? Que sea la hora que le dé la gana, a mí qué me importa. La mosca, qué bicho más molesto, inventado para torturar al hombre..., y para ser torturado... Se llamaba Benjamín, era inteligente y tenía una cara de bistec adormilado. Se ponía furioso cuando alguien martirizaba a algún animal. Estaba reivindicando a sus antepasados, de un modo sincero y absolutamente subconsciente... Yo también siento una piedad infinita por los animales; la prueba: esa vez que insulté a un hombre en el campo porque le pegaba a un caballo, el muy canalla me tiró un latigazo y me gritó: “Métete en tus calzones”. Le odié y aún le odio a muerte. Pero las moscas... Benjamín me insultaba a mí por las moscas; él podría también odiarme; yo podría haberle pegado, pero él era más fuerte que yo, a pesar de su cara adormilada. Soy un ser contradictorio. Esto es evidente, y toda mi vida es una prueba de ello. Sé que mi vida no



tiene ningún objeto. De niño sentía a veces odio por mis compañeros, otras veces los hubiera besado a todos. Mis compañeros no me querían. A veces encontraba un verdadero placer en verme despreciado, y en crearme despreciable. Algunos años más tarde creí que ese placer de sentirme despreciado provenía de que a mi vez me daba fuerzas para despreciar a mis despreciadores, me creaba una especie de voluntad... Desde mi infancia he guardado el pensamiento de que mi vida no tiene ningún objeto y de que nunca tendrá un objeto... Mi tendencia a la soledad era considerada por mis compañeros como orgullo, y me acarreaba la mala voluntad general. Fuera de tres o cuatro, ¿quién me quería? Nadie me quería. Y esta situación duró largo tiempo. Solamente en el último año de mi vida de colegial, cambió..., o fui yo el que cambió. Yo era el lector de poemas y era el que les hablaba de libros y les recomendaba lecturas interesantes... La mujeres también me encuentran contradictorio e inconstante... Naturalmente, yo podría ser un místico; siempre he imaginado un misticismo puro, limpio de compromisos, un misticismo desligado de todas las inmundicias de las religiones. Un gran místico sin compromisos, y después de haber pasado todas las noches oscuras. Un gran místico. ¡Dios mío, qué sucia tenemos el alma! Es preciso hacer una limpieza general, produciendo el vacío absoluto. Deberían existir aparatos



para limpiarse el espíritu rápidamente. Imagino una tienda con el siguiente letrero: “Bombas aspirantes de los microbios del alma”. Casi parece el título de un breviario de la época culterana española... Suena el timbre, está sonando el timbre de la puerta. Esto prueba que alguien está llamando. Bueno, que llame hasta que se aburra. No tengo ganas de ver a nadie. Puede llamar cuanto quiera. No me moveré. Sí, me moveré para preparar mi baño, para vestirme; pero no abriré la puerta, no tengo ninguna curiosidad de saber quién llama. Debe ser tarde, lo menos las diez y media o las once. Me bañaré, me vestiré y saldré a la calle...».

Al pensar en la calle, Bernardo Saguen sintió una viva repugnancia, un verdadero asco.

«Para qué salir; se está tan bien en casa y tengo tanto que leer y tantas bellas cosas. Y me olvidaba: en la tarde va a venir Laura. Ella es la que tiene voz de rosa tibia...». Recordó la mirada inquisidora de Mario Viner al despedirse y sintió rabia.

«¡Ah! Qué horror, va a venir también Viner. ¿Y qué necesidad tengo yo de la gente? Se está muy bien solo. Ya me voy a poner nervioso».

Saltó de la cama. El baño es un buen calmante, el caliente. ¡Qué cosa más agradable! Viva el inventor del baño... Al agua, al agua.



* * *

Bernardo Saguen pasó todo el día en su departamento. Cada vez que pensaba en salir a la calle, sentía la misma repugnancia y algo así como una fuerza oculta que le tiraba de las ropas, le cogía por el hombro y le atraía al fondo de la casa.

«Estas son mis mañas estúpidas —pensaba—, pero pasarán como han pasado tantas otras».

Apenas se dijo esas palabras, se tranquilizó completamente. Cuando llegó Emilia a hacer la limpieza, le advirtió que debía volver a las seis, y traerle galletas y pasteles. Después se encerró en su escritorio a leer. Este hombre ultrasensible sentía, a veces, la impresión clara y precisa de que uno de sus libros le llamaba, sentía como un imán que le atraía los ojos hacia cierta parte de su biblioteca, y eran llamados tan imperiosos, que no podía dejar de obedecer. Esto no le ocurría todos los días, naturalmente, pero con cierta frecuencia. A veces el fenómeno se presentaba de pronto, al estar en medio de su escritorio; otras veces sabía desde antes de entrar, que el fenómeno iba a ocurrir.

Esta vez fue repentino; apenas llegado al medio de la pieza, se sintió atraído por la fuerza misteriosa. Marchó a la biblioteca y casi como un sonámbulo, cogió la Annabella, de Ford. Cierto es que este era uno de sus



libros favoritos, y que John Ford era, entre todos los autores de teatro de la época shakesperiana, su preferido, aun por encima de Shakespeare, debido a Annabella justamente.

Bernardo Saguen se instaló cómodamente en su gran sillón de cuero oscuro, y se sumió en la lectura. Es la palabra exacta: se sumió, aunque sería mejor: naufragó.

* * *

El día estaba nublado, y a las cinco y media, a pesar de ser primavera, era imposible leer. Bernardo sintió los ojos fatigados a causa del esfuerzo que hacía por adivinar las letras.

Se levantó y se paseó por la pieza un instante. Tenía los pies fríos y la cabeza ardiendo. Abrió la ventana y se asomó al balcón. Miró hacia abajo, miró la calle y la vereda. En medio de la calle había un paraguas viejo, despedazado. Un coche pasó por encima, otro lo salpicó de barro, luego cayó un cigarrillo y lo chamuscó. Bernardo pensaba:

«Ese paraguas perteneció a un gran sabio o a un general; lo vendieron a su muerte y lo compró un notario; después lo compró uno de esos viejecitos que venden diarios frente a los paraderos de los tranvías; a este se lo robó un vagabundo... Bueno. Y a mí qué me



importa toda esta historia, esta historia estúpida, qué me importan los generales, los paraguas y los vagabundos». Un insecto se paseaba sobre la tela rota, otra volaba en torno. «Ese paraguas es el centro del gran drama del universo».

La calle estaba desierta. De pronto, en la vereda, vio un sombrero de hombre, un sombrero inquieto, un sombrero desesperado en medio del mundo; luego llegó otro sombrero, un pequeño sombrero de mujer; cargado de calorías, lleno de visiones de un ensueño de cristales infinitos. Los dos sombreros se juntaron, se hicieron un monstruo nuevo, se besaron, se fundieron, se besaron muchas veces, se hablaron en secreto, se arrullaron.

Los dos sombreros estuvieron un rato juntos mirando inquietos hacia todos lados, temerosos, temblorosos. Luego los sombreros se separaron y cada uno rodó por su lado como dos lágrimas silenciosas.

Bernardo Saguen se entristeció.

«Si hubieran sido palomas —se dijo—, habrían volado por encima de todos los miedos y todos los problemas».

Cerró la ventana y volvió a pasearse por la habitación.

«En alguna parte del mundo debe estar lloviendo» —pensó, y sintió un ruido de lluvia al fondo de su alma.





* * *

A las seis en punto llegó Emilia con los paquetes de dulces. Bernardo destapó una botella de oporto. Diez minutos después, llegaron Laura Valmont y Mario Viner. Laura era una mujer indiscutiblemente hermosa y poseía una gran atracción, casi eléctrica. Era nerviosa y lánguida a la vez, y daba la impresión de una persona que se ha conocido siempre; inspiraba confianza, porque se presentaba como un viejo camarada y entraba de golpe dentro de la vida de sus nuevos amigos. Por lo menos, con sus elegidos; con las personas que simpatizaba no era protocolaria ni lenta. Ambos sintieron que se conocían desde mucho tiempo. Claro está: el teléfono, la voz de rosa tibia...

Bernardo la miraba. Y también ojos de rosa tibia.

—Vengo solo por un instante —dijo ella.

—Me alegro —contestó Bernardo, y se sonrojó hasta las orejas por lo que había dicho.

Viner tosió. Laura se paró en seco y miró consternada, como preguntando:

«¿He oído mal?».

Viner volvió a toser y se alejó nervioso hacia la botella de oporto.

Bernardo aprovechó para explicarle al oído:

—Quise decir que me alegro, porque no estamos





solos. Espero una larga visita suya, suya sola.

Laura sonrió:

—Lo había adivinado.

No era verdad, no había adivinado nada, pero estaba contenta de que la frase brusca de Bernardo significara eso y no otra cosa.

—Vengo solo por un instante —repetió ella—. A las siete tengo que estar lejos de aquí, aunque no me agrada en absoluto lo que tengo que hacer. Asuntos de familia, ¿sabe usted?... Y no pienso trabajar más en el teatro ni en el cine.

Entró Emilia con dos platos de pasteles y galletas. Bernardo le hizo hueco sobre la mesa.

—Puede retirarse, Emilia, a la hora que quiera.

— ¿Emilia? ¿Emilia? —exclamó Laura—. No puede ser. Usted no tiene cara de Emilia. Usted debería llamarse Catalina, le aseguro que tiene cara de Catalina.

La vieja Emilia lanzó una mirada de reojo y salió de la habitación, moviendo la cabeza.

Bernardo miraba sonriente a Laura, que quería insistir y protestar de esa equivocación en el nombre. Viner explicó:

—Es una manía de Laura. A toda la gente le cambia el nombre. En su casa las empleadas tienen el nombre que ella les pone. Es una absurda manía.

—No es una absurda manía —protestó Laura, y



sus ojos brillaron—. Es algo muy lógico, y no a todo el mundo le cambio de nombre, sino a aquellos que llevan el nombre que no les corresponde. Por ejemplo, Bernardo tiene su nombre justo, tiene cara de Bernardo.

— ¿Y yo?

—También usted puede llamarse Mario. Pero hay gentes que llevan un nombre y tienen cara de otro. Es inadmisibile. Yo, fíjese usted, me llamo María Histellen; es falso, falso, y con esta cara de Laura que tengo.

—Realmente —dijo Bernardo, convencido—, tiene usted cara de Laura Valmont.

Mario Viner se encogió de hombros, y, obedeciendo a un gesto de su amigo, ofreció las copas de oporto.

Bernardo presentó a Laura un plato con pasteles, unos pasteles que parecían juguetes o extraños animalillos durmiendo.

—Vive usted rodeado de cosas bellas —dijo Laura, después de lanzar una larga mirada por la habitación—, vive usted como un hombre que le gusta poco salir de su casa.

—Y sin embargo, es un gran vagabundo —corrigió Viner.

—En todo caso, estoy segura de que es usted un sibarita, tiene voz de sibarita. Esto lo pensé desde la primera vez que le oí por teléfono.

Bernardo sintió una pequeña molestia. No le agradaba la gente demasiado observadora.



—Me gusta un cierto confort y me gusta mucho leer. Podría pasarme días y días encerrado leyendo, pero también me gusta andar por las calles y sentirme anónimo, desaparecer, deshacerme en la multitud.

Sin duda alguna, Bernardo Saguen prefería explicarse a ser explicado. Algo así como un instinto vago le hacía defenderse de ser penetrado e interpretado.

—Es usted un hombre extraño —dijo Laura—, tiene unos ojos bien curiosos y, desde luego, una gran simpatía. ¿Le gusta a usted estudiarse a sí mismo?

—Me gusta leer —contestó secamente Bernardo.

Mario intervino nervioso:

—Es un gran lector y un lector muy refinado.

—Refinado no. Me gustan los buenos libros, es decir, los que para mí son buenos.

—Y es usted, además, un gran sensual —insistió Laura.

—No lo creo, o lo soy como todo el mundo.

—Le gustan las mujeres, no la mujer —exclamó Laura sonriendo—, las mujeres.

—Me gustan los libros.

—Una cosa no impide la otra. Acaso una cosa puede llevar a la otra. Los hombres con sentimiento artístico son generalmente sensuales, porque los nervios, la imaginación, producen visiones, y las visiones del hombre son a base de aquello que es el eje de la vida del hombre: el sexo y todo lo sensual.



—Y de la mujer —interrumpió Viner, rotundo—. Es usted psicóloga de la escuela de Viena.

Laura le quedó mirando de alto abajo y afirmó:

—No la conozco. Y no hay necesidad de conocer escuelas, basta conocer a las gentes. Claro está, le gustan los libros, claro está, y le gustan las mujeres y le gusta visitar ciudades viejas.

—Había una mosca reventada —murmuró Bernardo entre dientes.

Laura abrió los ojos enormes:

— ¿Cómo? ¿Qué dice usted, amigo Saguen?

— ¿Yo? Nada.

— ¿Cómo nada? Acaba de decir: Había una mosca reventada.

Bernardo enrojeció y agitó las manos nerviosamente. Viner sonreía y no quería sonreír.

— ¡Ah, sí! —exclamó Bernardo—. Es que en un ejemplar que tengo de la Annabella, de John Ford, había una mosca reventada.

— ¿La Annabella de John Ford? No conozco esa obra ni he oído jamás nombrar a su autor.

—John Ford es un gran autor de teatro inglés de la época shakesperiana, un poco posterior, pero contemporáneo de Shakespeare. Su obra Annabella, cuyo verdadero nombre es Lástima que sea prostituta, es la pieza de teatro más admirable que se ha escrito.



— ¿Y cómo nadie la conoce? ¿Cómo no se representa?

—Por eso, porque es demasiado admirable. Figúrese usted, un gran poema en el cual nuestros impulsos secretos, nuestros instintos, nuestros sueños recónditos saltan del fondo más tenebroso de nosotros mismos y juegan a la vida o a la muerte ante los ojos espantados.

Hubo un instante de silencio. Toda una selva de pájaros negros cantaba dentro de la cabeza de Bernardo. Laura suspiró.

—Es tarde —dijo—, me voy. He estado con usted más del rato que debía. Se levantó y estrechó largamente la mano de su nuevo amigo. Mario Viner también se levantó y cogió su sombrero. Ya en la puerta, Laura, volviendo a estrechar la mano de Bernardo:

—No quisiera leer este libro; presiento que me excitaría terriblemente los nervios. Yo también adivino los libros con solo tocarlos. Si cambio de opinión, ¿me permitiría usted venir a leerlo aquí a su casa? Sé que a los enamorados de sus libros no les gusta prestarlos.

—Cuando usted quiera. Está en su casa.

—Entonces, tal vez hasta pronto, amigo Bernardo el solitario.

* * *



«Iré a cenar al restorán —se dijo Bernardo—; iré a mi restorán de costumbre. ¿Y para qué voy a ir al restorán? ¿No estoy muy bien en casa? ¿No estoy perfectamente solo? Además, no siento hambre y tengo qué comer, puedo hacerme lo que quiera en casa..., hay también esos pasteles..., si más tarde sintiera hambre. Con qué objeto salir de casa. ¿No estoy bien en casa, en mi casa, con mis libros, entre mis cuadros?».

Se sentó en su otro gran sillón preferido. En cada habitación tenía un sillón preferido. El sillón preferido de esta gran habitación que le servía de hall, pues estaba inmediatamente detrás del pasillo de la entrada, era un sillón inglés, en el cual se hundía como entre almohadones y se ponía perezoso. Allí se quedó un instante meditando y aspirando el aire impregnado del perfume de Laura, del perfume de rosa tibia.

«Por aquí pasó un jardín» —se dijo, y pensó en esos jardines de los cuentos orientales, esos jardines que pagaban en perfumes especiales los cantos de los pájaros, los besos de los poetas, los rayos enanos de la luna.

Tenía sed como cuando soñamos que vamos por un camino de arena al sol. Tenía sed a pesar de sus jardines. Bebió dos vasos de oporto. Comió algunos dulces. De pronto sintió un cansancio terrible, sintió sueño y fue a acostarse. Apenas la cabeza en la almohada, se quedó dormido, pensando: «En alguna parte debe estar lloviendo».



VI

El solitario se despertó temprano, con un poco de tos. Había pescado frito en el jardín oriental, entre las rosas tibias. Pasó tres días enfermo y con dolor a los huesos. Sabía que era una pequeña gripe, y no le habría importado nada si hubiera tenido la cabeza despejada y hubiera podido leer. Se quedó los tres días en cama.

«Tres días vacíos —pensaba—, completamente vacíos».

A ratos cogía un libro y se fatigaba. Era su única molestia real.

Al cuarto día se levantó y salió a la calle por un momento. A tomar un poco de sol, a mirar desconocidos y a no pensar en nada.

Se recogió temprano y se sintió contento como un niño, tan feliz con su paseo, que ya en su casa se reía solo. Pasó todo el día riendo solo, riendo sin razón alguna; contento de ser un ser humano.

En la tarde sintió ganas de que viniera gente a verle. Podría venir Laura o Pedro Almora o Mario Viner. Tenía ganas de que llegaran así de improviso, pero no deseaba llamarles.

«Los amigos son una buena cosa —se dijo—. ¿Por qué vivir solo? ¿Por qué vivir aislado como un ogro? ¡Qué estupidez vivir aislado, vivir solo, hecho un misántropo,



un neurasténico! ¡Qué estupidez! Laura, por ejemplo, podría venir, podría avisarme que ha cambiado de idea y que quiere venir a leer Annabella. Sería una excelente idea de Laura llegar de repente. Bueno, de repente no, pero después de avisar. Sería una buena idea».

»¡Qué barbaridad! ¿Por qué le dije: “me alegro”, el otro día, cuando ella advirtió que venía solo por un instante? ¡Qué bruto soy! Felizmente no se molestó».

Se puso de pie y se paró detrás de la ventana, mirando el cielo de la tarde. Pasaba por la calle el autobús con gran ruido de hierros y hacía retemblar toda la casa. Cada vez que pasaba, la trepidación de la casa se comunicaba a sus pies y subía por sus piernas y por su cuerpo, hasta la cabeza. Esta sensación le divertía.

«Por ejemplo, ahora yo estoy contento, he salido a pasear por las calles, había sol, estoy muy contento. Podría saltar de contento, arrojarme al suelo. Ya viene el autobús. También podría gritar y palmotear como un chico alegre, tan lleno de alegría como yo».

¿Qué hacer para llenar el tiempo olvidado como la última barrica vacía por el descuido, vacía tantos años a causa del rincón más oscuro de la bodega? ¿Qué hacer para llenar el tiempo de un hombre vacío? Mirar el cielo, mirar la calle, mirar la casa de enfrente que solo existe para eso.

«A mí me han llamado sátiro. A mí alguien en el



mundo se ha atrevido a gritarme sátiro. Parece mentira. Y, sin embargo..., a mí... a mí».

Ya viene el autobús. Ya empieza la trepidación diminuta, ya aumenta, crece, crece como si remecieran un árbol. Ya sube el hormigueo por las piernas, por el vientre, por la espalda..., y llega a la cabeza. Tiritan las mejillas. Tiembla todo el planeta bajo los pies de un hombre.

VII

Al día siguiente, Bernardo salió a la calle temprano. Iba tan contento que las gentes se daban vuelta a mirarle. Recorrió algunas librerías; en todas partes su cara abierta, sonriente, llamó la atención de los vendedores que le conocían desde hacía tiempo. Entraba y salía como una rosa tibia, con su rosa en el corazón, con su jardín en la mirada.

Vagó largo rato por las calles, pero no hizo su recorrido habitual, sino, al contrario, tomó hacia el lado opuesto a sus antiguos barrios preferidos. Buscó calles nuevas. Se sentó en un café. Se reía solo y miraba pasar las gentes. Todo el mundo le parecía alegre, todos los rostros tenían una bella luz interior. ¡Qué cantidad de mujeres hermosas! Las besara a todas. Esta es la vida, esto es vivir. Así vale la pena de vivir.

«¡Qué día más agradable! Con muchos días como este yo





sería rosado como un bello tomate en un jardín oriental
—se dijo Bernardo Saguen—, sería un atleta con su
gran rosa en el corazón».

Cenó en un restorán nuevo, no en el suyo habitual.
Devoró los platos como si hubiera tenido un hambre de
cien años.

Al volver a su casa se paseó por sus habitaciones
lentamente, contemplando arrobado cada uno de sus
cuadros. Dos veces se detuvo ante una magnífica
oleografía alemana en colores perfectos, casi perfectos,
copia del cuadro del Greco Visión del Apocalipsis. ¡Qué
maravilla! ¡Oh pintor de los pintores, hombre lleno de
fuego y sin miedo a nada! ¡El audaz de los audaces!
¡Hombre poblado de fantasmas, hombre de luna, de
cielos y cavernas y sin miedo a nada!

Bernardo sintió su pecho henchido de alborozo. Es
absurdo, es ridículo pensar que mi vida no tiene objeto.

«Mi vida —se dijo—, tendrá un objeto como la vida
del más pintando. Yo puedo ser un buen escritor. Siento
y pienso con facilidad. Y tengo cultura, evidentemente,
tengo cultura. A partir de hoy, escribiré. Desde luego,
debo empezar a tomar notas, pues muchas veces se me
ocurren cosas interesantes y las pierdo. Iré tomando
notas. Claro está, seré un buen escritor. Mi vida tendrá
un objeto como la del más pintado. Tendrá un objeto más
alto que la vida de cualquier petulante».





Aquella noche, al acostarse, Bernardo Saguen colocó un cuadernillo y un lápiz sobre su velador. De puro contento, de tanta alegría, no se le ocurrió nada y le costó dormirse.

VIII

Cinco días pasó así Bernardo Saguen, viviendo en una euforia constante y sin poder escribir nada de puro gozo interno. En medio de una selva de optimismo. Ni siquiera podía leer. Le era imposible concentrar su pensamiento en la página que tenía al frente.

«Pero escribiré, yo sé que escribiré —pensaba en voz alta—, seré un buen escritor».

Aquella mañana saltó de la cama como lanzado por un resorte. Corrió a su escritorio y escribió. Su primera frase de escritor:

«El amor es conocimiento y el conocimiento es amor, porque el amor es vida profunda».

Su primera frase de escritor. Se sentía tan dichoso que tenía ganas de cantar. Se levantó y fue a servirse un vaso de oporto, a beber un vaso de oporto a su salud, a brindarse toda la vida en un vaso a sí mismo. Y jamás ningún brindis ha sido más entusiasta.

«Soy escritor —exclamaba en voz alta—, seré un gran escritor. Tengo muchas cosas acumuladas adentro, mucho mucho que decir a los hombres».





Volvió a su mesa de trabajo, pero era tal su felicidad que ya no pudo escribir más. Sentía deseos de abrazar y besar al universo entero, a todos los seres, a las plantas y a los animales; al cosmos y al tiempo mismo, al infinito.

Se quedó largo rato, horas y horas frente al papel, suspendido en el aire de la eternidad, con una pluma en la mano.

Al volver en sí se estremeció entero como si un gran viento hubiera sacudido su cuerpo o el paracaídas entre dos estrellas. Una corriente de aire cósmico a esas inmensas alturas. Una gota de tinta tembló en la punta de su pluma y cayó.

«He manchado la eternidad» —exclamó Bernardo en voz alta, arrojando la pluma sobre la mesa.

IX

Cuando andaba, le parecía que su cuerpo tenía un ritmo de bailarín. Se sentía humilde de contento. Habría querido besar los pies de los transeúntes.

Es difícil soportar una semana de euforia, del más completo arrobamiento y algunas horas de verdadero éxtasis. Es difícil soportar y mantener semejante tensión de encantamiento.

Bernardo Saguen la soportaba, la mantenía y la llevaba muy bien.





Cuando al cruzar esa calle casi desierta, vio venir en sentido contrario una colegiala de unos once o doce años, rubia como su alegría, sintió un poco de pena, un vago estremecimiento muy diluido en todo su pecho. La hubiera cogido en sus brazos, la hubiera besado paternalmente y le hubiera dicho al oído: «Es preciso ser feliz. Mírame, yo soy feliz y te voy a comunicar mi gran sentido de la vida».

Desembocaba en una plaza. Dos hombres se insultaban groseramente.

«La gente es mala, pensó, tiene tendencia a ver el mal. Miren que llamarle a uno sátiro es una imbecilidad y una prueba de tener la mirada sucia. Y sería tan fácil ser buenos, sería tan sencillo que los hombres fueran correctos. Todos los problemas del mundo se resolverían solos, como por encanto».

Bernardo estaba asombrado de sí mismo y su asombro le multiplicaba el gozo. Se admiraba tan sinceramente que estaba seguro de que todos los hombres le admiraban.

* * *

Se paseaba por su escritorio. El techo le parecía bajo, la pieza estrecha.

«Necesito un gran palacio —se decía—, un castillo,



inmensas salas, largos corredores. Estoy tan cargado de ideas, de imágenes y de visiones. Soy un gran escritor. Vamos al trabajo. Mi segunda frase de escritor».

Se sentó ante su cuaderno y escribió como si le llevaran la mano:

«Los hombres no comprenden nada porque no son puros y porque no son humildes. Ni aun los místicos son puros, pues la religión les llena el alma de piedras falsas.

»Si se produjera un místico sin piedras falsas, qué espectáculo maravilloso daría al mundo.

»Hay que despojarse de todo lo engañoso y alcanzar lo esencial, penetrar en lo esencial.

»Dominar todos los planos de la inteligencia y de la vida humana y cósmica.

»Es preciso constituirse en un centro de la existencia universal».

Dejó la pluma sobre el tintero y se quedó pensativo. Por primera vez después de una semana de vivir en pleno júbilo, tembló la idea de que tenía que ser un gran escritor.

«No hay que pedir tanto — se dijo —, basta con ser un buen escritor, un escritor sincero, honrado, perfectamente honrado. Ya es suficiente».

* * *



Una idea daba vueltas en su cerebro:

«Si yo soltara la imaginación, si dejara libre curso a todos mis pensamientos y a todas mis sensaciones, si escribiera libremente todo lo que me pasa por la cabeza, sin trabas, sin retenciones, sin reservas... Ningún hombre ha escrito jamás así. Sería algo sorprendente. Pero se necesita un valor que yo no poseo. No ha nacido aún el héroe con ese valor. No ha nacido aún el gran héroe, el único héroe verdadero. Solo pensarlo espanta.

»Allí está el ser enorme, el inmenso monstruo, rotas las cadenas a sus pies. El suelo lleno de máscaras y viejas ataduras. Los grandes brazos hercúleos levantados sobre el Himalaya, un pie en el centro del mundo, el otro en el polo. Su tremenda capa negra sobre el cuerpo desnudo le hace semejante a un murciélago gigantesco. Los hombres tiemblan ante sus ojos, se cubren los oídos desesperados, se esconden bajo sus lechos para no oír su risa. A cada uno de sus pasos cruje el planeta como un esqueleto. Produce el terror de un cometa que fuera marchando paralelo a los hombres.

»No, no, apartad esta visión siniestra, el Hombre sin Trabas. Huyamos, huyamos del Hombre sin Trabas. Y que venga a nosotros el hombre que canta como una flor.

»Calma, señores, calma. No ha pasado nada y está lejano el día en que pueda sobrevenir el cataclismo.

»El mundo es una pequeña flor redonda y bien



oliente, con su atmósfera propia perfumada como una novia, el mundo allí en medio de su jardín celeste por una simple equivocación de nuestros ojos.

»Yo soy poeta y no quiero ser catástrofe. Al menos por el momento. Cuando cambien los nortes de mi espíritu lo presentiréis si entráis a dar un paseo por mis ojos. No haya temor. Mi corazón es un árbol en medio de los aires del mundo».

Bernardo se puso de pie, sonrió al universo y dio algunos pasos por la habitación.

De pronto y sin razón alguna, se puso a pensar en Laura.

«Me gustaría ver a Laura. Laura es un ser excepcional. Me gustaría leerle lo que escribo».

Toda la noche pensó en Laura. Aun en la cama y a punto de dormirse, le parecía oír su voz. Hubo un momento en que creyó verla, allí, de pie, a los pies de su cama. Sentía una inmensa ternura. Cerró los ojos para guardar la visión y no volvió a abrirlos hasta el día siguiente. Laura durmió toda esa noche debajo de sus párpados.

X

La mañana se repartía en colores, con esa ebriedad del aire en los países que saben atraer la luz con palabras



dulces y conservarla por la bondad de los corazones.

Bernardo Saguen estaba seguro de que durante la noche había vivido una aventura extraordinaria. Sentado en la cama, hacía grandes esfuerzos mentales para recordarla. ¡Qué caverna de tesoros es el sueño! De qué extraños minerales está formado el sueño. Tenía la sensación de que durante la noche había salido de la tierra y recorrido largas distancias siderales. Había mirado la tierra desde muy alto, la tierra sin un solo hombre, y había oído el ruido que hace la tierra en el espacio, una especie de zumbido semejante al de una bola de nieve que rueda cayendo por un túnel. «Sin duda —pensó—, la tierra va cayendo, cayendo siempre». Una sombra estaba a su lado y le cogía las manos heladas de miedo: era Laura Valmont.

Corrió a su escritorio y escribió:

«Debemos crear en nosotros la doble vista. Nuestros ojos deben penetrar la tierra, penetrar los mares, penetrar los hombres y los espacios. Pero no debemos mirar a través de un telescopio, sino a través del corazón. Es preciso arrancarse el corazón y colocarlo delicadamente como un monóculo sangriento sobre nuestro ojo derecho. Sobre el izquierdo se hace pasar la canción que va brotando de nuestros labios. Y así logramos la visión perfecta».

Se detuvo un instante. Un sudor frío corría por su



frente. Luego siguió:

«El Paraíso no era un sitio terrestre, era solo la vida en pleno subconsciente. La región del Gran Sueño de los comienzos primitivos, el Gran Sueño vacilando entre mineral, vegetal y animal, y disputado por los tres. Por eso en los sueños los tres elementos vuelven a disputarnos.

»Debéis saber que la vigilia es el ángel arrojado del Paraíso».

Volvió a reflexionar un instante, pero sin ningún esfuerzo, como el pájaro que se detiene entre dos vuelos a secarse una lágrima.

Temblando escribió:

«De repente sentí que soy la voz del mundo.

»Estoy seguro, absolutamente seguro de que ha bajado un dios a mis labios».

Se le figuró oír un ruido en la cabeza y miró hacia atrás. La pluma volvió a caer sobre el papel:

«Si yo no hablo, quedarán muchas cosas nonatas. Y esas cosas me castigarán rudamente, se vengarán de mí.

»El ruido que los pensamientos hacen en nuestro cerebro no es precisamente el mismo que hacen en el papel, ni tampoco el mismo que hacen al andar por el mundo.

»El poeta nunca debiera olvidar, al coger la pluma, que debe conceder su parte al mineral, al vegetal y al



animal que viven en él, esperando desde el principio de nuestros tiempos.

»Si nosotros hacemos ruido al andar sobre la tierra es indiscutible que la tierra también hace ruido al andar por el espacio.

»Yo sé que la tierra tiene un ruido especial, propio solo de ella y reconocible, como en las familias todos reconoces los pasos de la madre o del abuelo que se va entibiando. Sé que parándose en un sitio entre la tierra y la luna yo oiría ese ruido muy distintamente y podría aún anotarlos. Luego acercándome un poco más hacia la luna, oiría del mismo modo preciso el canto ciego de nuestra compañera. Así lograría hacerlo con todos los astros. No sería tan difícil ni tan larga tarea. Y luego, partitura al frente y batuta en mano, yo podría resucitar a todos los muertos.

»Debo decirlos que la famosa música de las esferas sube al infinito como el vaho de un caballo que ha corrido dignamente».

Aquí Bernardo Saguen sintió como si estuviera escribiendo sentado sobre las nubes.

«Ay —se dijo— bastaría una lluvia para caer otra vez frente a mi mesa de trabajo..... O bastaría un relámpago para irme convertido en serpiente por las alturas amadas».

»Seamos cuerdos, seamos calmos como los grandes



astros seguros de su destino». Al papel.

«Es preciso penetrar al interior de las cosas. Ante un árbol debemos ser árbol, ante una piedra debemos ser piedra, ante un río debemos ser río, ante el cielo debemos ser cielo, ante la ausencia debemos ser ausencia, ante la alegría debemos ser alegría, ante un pájaro debemos ser pájaro, ante una flor debemos ser flor, ante el dolor debemos ser dolor.

»Y no hay más secreto que el de tener las llaves del aire, de la tierra, del fuego y del agua».

Bernardo se levantó y empezó a pasearse como una abeja dentro de una flor.

* * *

Los poetas no sienten el tiempo porque su ritmo interior es más potente que el ritmo del tiempo. Pueden pasar horas de horas suspendidos al fondo de sí mismos o agazapados encima de la eternidad. Un día puede caber entre dos suspiros y una noche entre dos palabras.

Eran las cinco de la tarde cuando Bernardo dijo:

«Es preciso que venga a verme Laura Valmont. Deseo que venga Laura».

A las cinco y media llegó Laura. Sus primeras palabras fueron:

— ¿Para qué me quieres?



Bernardo notó emocionado que ella le tuteaba. Y solo se habían visto tres veces antes de esta. Una, allí en su casa; otra, en casa de ella y la última en un encuentro en la calle. Él también se decidió a tutearla:

—Yo no te he llamado.

—Sí, me llamaste y me necesitas.

Bernardo se estremeció de pies a cabeza, sintió un vértigo febroso y una audacia de abandono por falta de valor o por demasiado valor. Cerró los ojos y se precipitó sobre ella temblando.

—Tienes razón, te llamé y te necesito.

La estrechó entre sus brazos furibundos y la besó como un loco hasta quedar ambos sin aliento, confundidos, apretados como dos cadáveres en el fondo del mar.

Laura estaba pálida, abría sus enormes ojos de eternidad y acariciándole la cabeza murmuraba:

—Hombre..., niño, mi niño... Pobrecito. Estás terriblemente nervioso. Mi loquito querido, mi loquito.

Bernardo fue desplomándose abrazado al cuerpo de Laura, desplomándose lentamente y besando todo su cuerpo sobre las ropas: su pecho, su vientre, sus piernas, sus pies. Todo el rosal de rosas tibias. Quedó echado en el suelo como un animal que adoraba el ruido de sus propios besos.

Ella le dejaba hacer e inclinada sobre él seguía



acariciándole los cabellos.

De pronto él se levantó de un salto, y gritó: gran poeta. Ven, ven.

La llevó de la mano a su escritorio. La sentó sobre sus rodillas y trémulo como un violín cargado de todos los dolores de cien generaciones, le leyó sus escritos. Laura escuchaba con una atención en el último límite de la atención. Acercaba el rostro a la boca de Bernardo para que cada una de sus palabras le quemara las mejillas y unas detrás de otras se deshicieran como olas de fuego en su carne preciosa.

Cuando él terminó, ella le besó en la frente y le dijo:
—Si hablaran los muertos, hablarían como tú.

Bernardo tembló en el fondo de sus entrañas y la abrazó delirante. Ella le besó sobre los ojos. Él hizo lo mismo como si repitiera una lección; ella cerraba los párpados, los pétalos tibios.

—Déjame —dijo Bernardo—, no cierres los ojos. Mantenlos abiertos, quiero besarte dentro de los ojos, en las pupilas mojadas.

—Haz lo que quieras —exclamó ella suavemente—. Hace tiempo que sabía que iba a ser tuya y que tengo un deber para contigo. Serás un gran poeta, Bernardo. Sabía que te salvarías.

— ¿Salvarme? No entiendo lo que dices. ¿De qué me salvaría? — respondió él rápido y algo enronquecido.



Laura pareció titubear.

—De nada —dijo—, es una manera de hablar. Quise decir que te salvarías del aburrimiento.

En realidad, ella no sabía lo que había querido decir. Algo en su interior había empujado esas palabras a su boca.

Él se quedó pensativo. Laura, como temerosa de verlo reflexionando, lo atrajo hacia su pecho y le dijo al oído.

—Sabes, anoche hemos dormido juntos. Yo dormí.

—Te quiero, Laura, te quiero ferozmente. Soy un debajo de tus párpados.

Bernardo la miró estupefacto.

—Sí, sí —repetía ella—, puedes creer lo que te digo. Me estaba quedando dormida. De repente sentí algo extraño, oí tu voz que me llamaba, lo mismo que esta tarde. Luego sentí que me convertía en un pequeño humo blanco, salía de mi casa, llegaba a la tuya, me metía debajo de tus párpados y me dormía. Lo curioso es que de repente medio desperté y entonces sentí que eras tú el que dormía debajo de mis párpados. Luego volví a dormirme y otra vez me sentí debajo de los tuyos.

—Y allí te despertaste esta mañana.

— ¿Por qué sonríes Bernardo?

—Porque todo lo que estás diciendo ya lo sabía. Efectivamente así pasó.



Anoche fue nuestra primera noche de amor. Y hoy será la segunda.

* * *

Bernardo ni Laura supieron lo que había pasado.

Los dos se sintieron en un momento como arrancados fuera del tiempo o como arrastrados por un terrible huracán, cayendo vértigo abajo.

Solo tenían la visión vaga de una confusión de manos nerviosas, de ropas que caían, y luego el ruido enlazado, compacto, de un gran árbol ardiendo debajo de las sábanas.

La falta de respiración les hizo volver en sí. Al abrir los ojos, Bernardo vio que Laura tenía la boca llena de sangre, y sintió en sus labios el sabor salado y espeso, salado y dulce, salado y tibio, muy tibio de la sangre. Sus manos se paseaban sobre un territorio de fiebre. Oh, suave piel, piel fatigada, piel en reposo, semejante a la piel de los muertos. Maravillosa piel entre la tierra y la eternidad.

—Mi loquito —susurró Laura a su oído—, eres un hombre extraordinario.

En la semioscuridad de la alcoba cuatro ojos brillaban como al fondo de una caverna submarina. Laura repitió:



—Eres un hombre maravilloso. Y yo sabía que lo eras, yo había adivinado exactamente cómo eras.

Bernardo le cerró los labios con un dedo y exclamó:

—Por favor, Laura, no me hables así. Me disgustan profundamente las personas que adivinan o que viven creyendo presentirlo todo.

Ella le estrechó ferozmente entre sus brazos y le besó sobre los ojos sin responder media palabra. Hubo un largo silencio. Bernardo pensaba, sin saber por qué, sin relación con su presente, pensaba que en ese mismo instante su amigo Pedro Almora pronunciaba un discurso de fuego sobre la Revolución Social, discurso grave, audaz, que podría llevarle a la cárcel por muchos años. ¡Qué les importa la cárcel a esos héroes de una ideología auténtica y sublime! Se diría que buscan todos los martirios para templar el alma y poderla esgrimir como el más puro acero. «Ese es el verdadero camino —pensaba Bernardo—, los hombres como Almora viven una vida superior, porque están construyendo el porvenir y porque ellos trabajan para todos los hombres y por el gran futuro de la tierra. Solo ellos pueden no temer nada. ¡Qué importan las prisiones si el espíritu sabe y conoce sus altos fines!». Sintió una honda tristeza por los otros hombres y por sí mismo. Entonces hundió su cabeza en el pecho de Laura y empezó a llorar en silencio.

Durante toda la noche, la mujer acarició la frente



dolorida del hombre débil. Meció al niño insomne entre sus brazos de madre.

Empezaba a amanecer cuando el hombre volvió en sí, por sus fueros, y ante la ferocidad de sus labios, la madre se convirtió otra vez en la amante terrible, con mirada vaga y suspiros de rosa tibia.

—Vamos, vamos a nuestro jardín. El jardín del hombre. El hombre y la mujer. El jardín milenario, con sabor de raíces perdidas en los mares prehistóricos. El jardín con su cielo suficiente, con sus estrellas para cualquier cosa, con sus pájaros eternos, con sus rayos enanos de luna..... Para vaciar el tiempo, el tiempo del hombre, el tiempo de la mujer, el tiempo de la tierra.

XI

A las tres de la tarde, Laura empezó a vestirse con gran sigilo para no despertarle. Bernardo la sintió a pesar de su sigilo, pero se hizo el dormido. No tenía ganas de despedirse y quería observarla sin que ella se diera cuenta.

Laura se acercó, en puntillas, le besó en la frente y salió de la habitación.

Él abrió los ojos, sintió el ruido de sus pasos y el golpe de la puerta.

«El horizonte la espera —pensó—, la luz le forma su



mejor ramo para recibirla». Besó el hueco que había dejado en la almohada la cabeza de su amante y saltó de la cama.

Estar solo otra vez, completamente solo, volver a ser el habitante escondido de su propio cuerpo, recoger el ramaje de los nervios distendidos en las horas de la pasión, cuando uno se sale de sí mismo, se hace dos y tres y acaso toda su estirpe, toda su raza. Pero ¿por qué ser egoísta? ¿No es agradable difundirse en otro ser?

Bernardo acariciaba su cuerpo, sus brazos, su pecho, como si fuera el cuerpo de una mujer, de aquella que acababa de separarse de su lado.

Toda la casa estaba perfumada y sensible, y ese perfume, esa sensibilidad le embriagaban como una música recordada entre sueños.

Bernardo se vestía y a cada pieza de ropa se asombraba de su encantamiento. Se encontraba contento; sin embargo, quería estar solo, no ver a nadie. Ni aunque Laura volviera esa tarde o esa noche. Y Laura no volvió.

Una paz incomparable embargaba sus nervios, ese equilibrio armonioso que inunda el espíritu después de las violencias de la pasión.

«Que nadie venga a turbar esta fiesta íntima de mi ser» —pensaba. Tampoco tenía ganas de escribir. No sentía deseos de nada y así pasó largas horas en un perfecto arrobamiento, aspirando a cada instante en sus



brazos el perfume dejado como impreso, el olor cálido de su nueva amante.

Ya muy entrada la tarde, salió a vagar por las calles, sin mayor agrado.

Cuando alguien pasaba a su lado y le miraba, Bernardo se decía:

«Ese sabe, ese ha visto, ese quiere meterse en mi fiesta interna. ¡Qué cantidad de gente intrusa!».

Apresurando el paso, regresó a su casa.

* * *

Apenas adentro de su cama apagó la luz. Estaba deliciosamente fatigado, revolvía la cabeza debajo de las ropas y aspiraba el perfume aún vivo de Laura. Pero no podía pensar en ella. Cada vez que trataba de fijarla en su pensamiento, advertía extrañado que su figura se iba, se esfumaba. Y sin querer pensaba en Susana. ¡Qué absurdo! Qué le importaba ahora Susana. Susana tenía los ojos redondos, dulces como una oveja que va a la muerte, tenía una piel de agua dura y le gustaba morderle las orejas. Laura tiene los ojos almendrados, llenos de luces como una procesión lejana. Le gusta acariciar los cabellos. Susana es más alta, tiene un cuerpo robusto; es más inquietante. Susana reía por todo con sus pequeños



dientes mordedores. En verdad, reía demasiado. «Le encantaba mirarse en el espejo cuando me mordía las orejas. Era más pasiva, era más regalona; a pesar de su cuerpo se hacía niña, se encogía, era imposible adivinar en qué parte de sí misma escondía todo su cuerpo: se hacía niña y luego esos ojos resignados de oveja que va a la muerte»... Sátiro, sátiro. «Ah, vieja estúpida, mala mujer. Decirle a uno sátiro porque regala chocolates. Vieja bruja, mala perra. Susana era, sin duda, una buena chica, un ángel ardiente y sereno. Pero reía demasiado y siempre estaba pensando que uno iba a dejarla al día siguiente. Le gustaba el mar, se dejaba cubrir por las olas como si quisiera ahogarse. Y cuando las olas reían, ella contestaba con grandes carcajadas abiertas a todos los horizontes. Era una mujer marítima, acaso por eso tenía piel de agua dura. Como a las sirenas, le gustaba cantar sobre las rocas y atraer las miradas de los marineros. Yo la llamaba Loreley. También adoraba los chocolates..... Sátiro. ¿Quién ha dicho sátiro a mi oído? Sátiro, sátiro. Vieja inmunda, perra sarnosa. Solo una vieja portera apaleada por su marido puede tener el alma tan negra. Estos seres aporreados quieren vengarse de su desgracia en todo el mundo. Laura le habría escupido la cara y se habría interpuesto entre sus ojos malvados y yo. Susana le habría lanzado una carcajada que hubiera hecho saltar espumas de rabia a la víbora. Laura es más enérgica, la



otra era más pasiva. Laura piensa demasiado, siente, adivina. Susana reía en exceso y seguramente pensaba mucho menos. Le encantaba hundirse en el mar, atraer la mirada de los marineros. Era Loreley. Le gustaba cantar sobre las rocas, peinándose los cabellos eternamente, interminablemente, como en una leyenda heredada por los siglos».

XII

Al otro día en la mañana, Bernardo aún sentía los huesos cansados a pesar de haber dormido bien durante la noche. Pero era el mismo cansancio agradable del día anterior. Sabía que después de un largo baño caliente se sentiría como recién nacido y podría escribir todo el día.

¡Oh!, escribir, escribir, el bello oficio de dar semillas a todos los pájaros del mundo.

«Hoy será un día de elevación, un día de luz en la mano. Y la simiente caerá de entre mis dedos. Los corazones especiales sentirán en los años el ruido de las semillas que caen y el ruido de las semillas que crecen y pueden dar sombra a los hombres futuros».

Apenas vestido, Bernardo corrió a su escritorio. Escribía y tachaba lo escrito, volvía a escribir y volvía a tachar.

«Me estoy poniendo demasiado exigente» —pensó,



y tiró la pluma. Había escrito menos de una página.

Se sentó a leer. Después de más de una hora de lectura se dio cuenta de que estaba leyendo *El egoísta*, de Meredith. Dejó el libro sobre la mesa y tomó el *Hiperión*, de Hoerderlin. Empezó a leer en voz alta.

«Es necesario tomar tono —se dijo—; luego me sentaré otra vez a escribir».

De pronto se detuvo, levantó la cabeza y quedó en suspenso. Adivinaba que alguien iba a tocar el timbre. Tendió el oído, esperó un instante. Sonó el timbre. Se puso de pie y aguardó unos minutos en medio de la pieza. Al segundo llamado fue a abrir la puerta. Laura se echó en sus brazos.

—Estoy muy nerviosa y tenía ansias de verte. Vengo de casa de mi familia. Una hermana de mi madre se está muriendo. Por favor, salgamos a dar una vuelta..... Toda la casa está en agonía, todo el barrio está agonizando.

—Salgamos —respondió Bernardo, y cogió su sombrero.

Laura le besó las manos, y añadió:

—Sé que a ti también te hace falta salir a respirar otro aire.

Después de un largo paseo por la orilla del río entraron a un bar de marineros.

—Este es un bar para Susana —murmuró Bernardo entre dientes. — ¿Qué dices?



—Que esto no es un bar para ti, este es un bar especial para una amiga mía.

—Cualquiera en un bar para mí. Claro está; tengo ganas de beber.

Hasta ellos llegaba la conversación de un marinero que había estado varias veces en Australia y explicaba a un grupo de oyentes complacidos, la vida y costumbres de los canguros.

«Decir que el hombre descende del mono es un absurdo —gritaba—, el hombre descende del canguro, que fue el primer animal que se puso en dos patas, el primero que se levantó al cielo. Tengo pruebas, tengo muchas pruebas...».

Laura y Bernardo bebieron varias copas de un jerez con gusto a madera o una madera con gusto a jerez y salieron a la calle.

—Comeremos unos sándwiches —dijo Bernardo—, y no iremos a mi casa.

Laura empezó a reír:

—No he comido nada en todo el día, y temo que estas bebidas se me hayan subido a la cabeza.

Un viejo cojo pasaba gritando los periódicos: «El asesinato, el asesinato».

Habían asesinado a un ministro en los Balcanes.

«Bueno. Que los asesinen a todos. Con tres copas más de jerez yo también los asesinaría. ¡Para lo que



valen todos esos fantoches, engañadores, parlanchines, demagogos huecos! Esos abusadores, esos hambreadores del pueblo».

En otro bar, ya en el barrio de Bernardo, comieron algunos sándwiches y tomaron otras copas de jerez. Pero no sintieron ganas de asesinar a nadie. Se pusieron alegres y empezaron a mirarse conmovidos de encontrarse el uno al lado del otro. Les parecía no saber cómo ni por qué estaban allí juntos, ni recordar cuándo se habían encontrado ni la razón de su encuentro y de su salida a dar una vuelta por las calles.

Al entrar a casa de Bernardo, la portera les miró con una cierta sonrisa un poco cómplice y un poco envidiosa. Bernardo le dio las buenas noches y siguió de largo. Laura empezó a reír cubriéndose la boca con los guantes.

—Es graciosa tu portera —dijo—. Va a pasar toda la noche imaginando y adivinando escenas de novela sicalíptica. Es graciosa.

—Es un ojo avizor —respondió Bernardo—. Sabe cuándo vuela una mosca en el último departamento de la casa. No me es muy simpática.

* * *

—Me gusta tu departamento; es agradable, pero es un tanto taciturno...



—Acaso yo lo soy y le he conferido ese aire — exclamó Bernardo—, aunque en verdad no lo encuentro taciturno.

Laura le estrechó en sus brazos y le besó las mejillas de niño regalón.

—Dame agua de colonia para enjuagarme la boca. No quiero darte un beso con gusto a vino.

—Tengo manzanas; comeremos una manzana cada uno. Nada más agradable para dar un beso que el olor de la manzana.

— ¿Y para dar muchos besos?

—Se comen muchas manzanas o algunos pétalos de rosa tibia.

—Lo más agradable del mundo es comer uvas en la cama al amanecer, cuando parece que la luz naciente sale de cada grano del racimo.

Bernardo le cogió las manos y se las llevó a la boca.

—Vete a acostar, Laura; yo te llevaré las manzanas a la cama.

Desgraciadamente no tengo uvas y no verás el amanecer en cada grano.

Laura sonrió y pensó en la hermana de su madre que se estaba muriendo.

Bernardo sentía el calor del cuerpo vibrante de su amiga. Contemplaba la piel blanca y le parecía que la blancura le cegaba. También esta piel tiene luz propia



como las uvas. Y como las uvas de sus ojos cuando se electriza. Apretaba el dedo en la carne luminosa de Laura, en sus brazos, en su pecho, y contemplaba la pequeña redondela blanca que persistía un instante como una aureola o como el círculo de una piedra en el agua.

«Por aquí va a salir la luz —pensaba—, por acá va a brotar un chorro de luz».

De pronto advirtió que su uña había dejado un pequeño semicírculo marcado en la piel. «Por aquí va a salir el sol mañana».

Laura le miraba jugar y sonreía con los ojos entornados. Ella adivinaba en la presión de sus dedos que de repente él iba a estallar en toda su violencia de macho y de granada furibunda.

Bernardo seguía jugando, pero su fisonomía empezaba a cambiar y a ponerse algo más seria y casi dolorosa.

Así, al estallar la granada, ella no se sorprendió como la otra vez. No se sorprendió; le estrechó entre sus brazos y le sacudió como para despertarle, pues parecía un sonámbulo enloquecido, casi le daba miedo. Otra vez se sintieron naufragar, otra vez se estrechaban desesperados en el fondo del océano.

Y los ojos de Bernardo volvieron a salir de este mundo y los ojos de Laura volvieron a reflejar por un minuto toda la eternidad agonizante.



Cuando ella se durmió, él se quedó un rato contemplándola y acariciando su piel llena de estremecimientos como la tierra después de un terremoto. Entonces era él quien pensaba:

«En este instante su tía está agonizando. He aquí ésta que es mi mujer, mi amante, mi amiga. Y es un racimo de uvas, toda llena de luces. Esta piel tan suave, tan blanca, casi tan blanca como Susana, este pecho lleno de calor, lleno de sangre. Aquí podría haber una herida como un semicírculo, aquí debajo del corazón. ¡Qué espanto! ¡Qué horror! Y se moriría, ella también podría morir. Se moriría como la hermana de su madre. ¡Qué horror!».

La estrechó contra su corazón y la besó, profiriendo entre labios palabras

absurdas y prometiéndole, como si él fuera un dios, dueño de la vida y de la muerte, que ella sería eterna.

XIII

Seguramente había llovido; el pavimento estaba mojado y el aire tenía ese olor de madera fresca que queda flotando por derecho propio después de las lluvias.

Bernardo respiraba fuertemente y cruzaba las calles sin preocuparse mayormente de los vehículos que pasaban sobre sus talones o ante su nariz. Había escrito algunas horas y seguía meditando y corrigiendo



mentalmente sus frases como si tuviera el papel adelante, allí sobre sus ojos.

Al llegar a una avenida plantada de árboles, tuvo que detenerse. Un entierro pasaba por el medio de la avenida. La carroza fúnebre llevaba algunas coronas. Dos enormes caballos negros arrastraban la carroza y hacían temblar el mundo con los golpes de sus cascos pesados.

«Son los caballos de la muerte —pensaba Bernardo—, los caballos de la noche, hechos de sombras y que salen de las sombras para venirnos a buscar y llevarnos a las sombras... Acaso en este instante la tía Laura ha muerto».

Sin saber por qué, siguió por la vereda, andando en la misma dirección del entierro. Le parecía sentir su existencia por primera vez, y la presencia del pensamiento, su pensamiento, como algo duro, tangible.

«Yo estoy vivo, estoy en medio del mundo, estoy en la tierra, voy por una calle de la tierra, muevo las piernas, los pies, voy dando pasos, voy siguiendo un entierro.

»Para qué escribir —pensaba—, para qué afanarse, para qué hacer nada. Un día me llevarán así, igual que a ese al cementerio. Y el reloj del cementerio siempre se adelanta un poco. Es estúpido afanarse, nuestro paréntesis en forma de carne, en medio del tiempo infinito, es tan corto como una carcajada o un llanto. Es ridículo, dan ganas de echarse a reír; la verdad, siento ganas de



reír y de insultar a ese muerto. El pobre tonto se pasó la vida trabajando para aferrarse a la vida, para olvidar la muerte, esto en el mejor de los casos; para no pensar en este momento en que va ahí, acostadito en una caja ridícula, tan pequeña, que no tiene dos metros, y que es la eternidad, que es el para siempre y el para nunca. Pero acaso el muy tonto trabajó por otras razones: para darse lujos, para ser visto y admirado o para dejarle muchos dineros a su prole, esos otros tontos que van allí detrás de él. ¡Al diablo el difunto! Al diablo con todos los difuntos, son nuevos compañeros, con los difuntos de ayer y los de mañana y con su carroza salida de una caverna y sus caballos de carbón que tienen los ojos llenos de fuegos fatuos».

En ese instante le pareció ver, como entre brumas, que un señor marchaba a su lado. Sin saber cómo ni por qué se acercó a él y murmuró a su oído, rozándole el brazo con el codo:

— ¡Ah!, señor William Shakespeare, qué cosa tan difícil es vivir con dignidad.

El señor le miró asustado y se separó de él apresurando el paso.

Bernardo sintió como un golpe de sangre en las sienes y como si el golpe lo despertara de un sueño. Su rostro estaba rojo. Avergonzado dio media vuelta y se alejó en sentido contrario.



Su cabeza hervía, llena de pensamientos confusos y punzantes presentimientos, sufría atrozmente y le asaltaban como olas de rabia sorda. Se precipitó en un bar, bebió cinco copas seguidas de coñac y pidió de comer. Lo mejor que tengan. ¡Ah!, sí, es preciso comer bien antes de morir.

* * *

La tentación de romper todo lo que había escrito se apoderó de él una vez en su casa. Se paseaba por la habitación murmurando:

«Es estúpido, es estúpido. Es una burla infame de la naturaleza, es una burla del universo. ¿De dónde nace esta ley, la ley del gran sarcasmo?». Y esos deseos de romper sus papeles. Pero no se atrevía; un sentimiento recóndito contenía sus manos, algo así como un respeto sagrado. «No puede ser; es ridículo, absolutamente ridículo».

Entró a su cuarto de baño, se miró al espejo:

«Esta nariz, estos ojos, esta boca..... ¡Es miserable, es monstruoso! Esto

se forma un buen día y se deshace otro buen día. Pero ¿por qué se formó un buen día? Mis padres tienen la culpa. Es una locura, es una infamia de los padres... Hoy es martes. Hay un día de la semana, ¿cuál?, en el que yo





voy a morir. Y yo paso por encima de ese día, digo su nombre sin temblar, paso por encima de ese día como un perro pasa por encima del terreno minado con petardos de dinamita».

Salió del lavatorio y empezó a andar por el departamento. Andaba y oía el ruido de sus pasos.

«Y estos pasos, estos pasos... Es realmente estúpido. Un día las piernas no podrán sostener ninguna forma, serán una neblina... ¡Qué imbecilidad! Estoy verdaderamente imbécil. Mañana será otro día. ¿No hay acaso el sol, no hay los árboles, no hay ríos, no hay montañas, no hay el amor? Estoy tonto... Pero

mañana será otro día. A la cama, a dormir, pronto, pronto. Mañana será otro día... ¿Qué hora es? Son las once y veinticinco. Es curioso pensar que hay en ese reloj una hora escondida, hipócrita, solapada, una hora exacta a la cual voy a morir. Y ningún indicio, nada me lo advierte, ni un estremecimiento al mirar la esfera».

Se desnudó con una rapidez inimaginable, y luego, bien hundido en la cama, temeroso de una mala noche o presintiendo sueños desagradables, cerró los ojos con ferocidad.

Bernardo sentía que era necesario pensar en muchas cosas, llenarse la cabeza de pensamientos y visiones alegres. Pensar en Laura, en Susana, en la Loreley de carnes rosadas y llenas como un bello Renoir. Tener





a Laura a un lado y a Susana al otro. Sería magnífico. Hablarían, se reirían, discutirían y él diría a cada una, al oído, que era mejor que la otra.

De repente advirtió que tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Entonces estiró bien todo su cuerpo, juntó los pies, se puso rígido. Una idea salvaje y diabólica se le clavó en el cerebro:

«Así estaré yo un día en mi ataúd, exactamente así estaré en mi lecho de muerte».

Encendió la luz de la lamparita sobre su velador. Saltó de la cama, cogió dos candelabros, encendió las velas y las colocó una a cada lado del lecho. Luego, se dirigió al ropero, abrió la puerta del mueble, de modo que el espejo reflejara bien toda la cama. Volvió a acostarse, volvió a poner su cuerpo completamente rígido, cruzó las manos sobre el pecho y se contempló de reojo en el espejo:

«Esto es, nada más que esto. Así estaré entonces. Así estaba mi padre, recuerdo perfectamente, así estaba mi padre y así estaba mi abuelo».

Se diría que en aquel instante el aire vibraba con la visión de fantasmas de todos sus antepasados. Sintió una mezcla de pena, de terror y una vaga voluptuosidad.

No podía apartar los ojos del vidrio que guardaba su posición definitiva.

Estaba como hipnotizado.



«Ahora pueden venir a buscarme, pueden llevarme al cementerio. Ya van a venir, los pobres tontos. Y habrá algún infeliz que lllore y otro infeliz que traiga flores».

La luz del amanecer le sorprendió hierático, desencajado, pálido, con los ojos entreabiertos, hipnotizado ante el infinito misterio que empezaba allí al fondo del espejo.

XIV

«Es preciso ver a Laura, es preciso llamar a Laura». Bernardo corrió al teléfono y no pudo decir más que esto:

«Laura, te necesito».

A todas sus preguntas él solo sabía responder:

«Te necesito. Ven».

Pero apenas colgó el fono, se lamentó de haberla llamado. Sentía unas ganas locas de que no viniera. No quería verla, por ningún motivo, por nada del mundo.

«No debo esperarla, no quiero esperarla».

Entonces cogió su sombrero y se lanzó a la calle.

Laura se cansó de llamar a su puerta. En vano pegaba el oído junto a la cerradura. Ni el menor ruido. Qué cosa extraña. Mil ideas cruzaron su cerebro y excitaron sus nervios. Bajó al hablar con la portera. Efectivamente, ella le había visto salir, llamándole la atención la palidez



de su rostro. Pero no se explicaba cómo podía salir a la calle si había llamado a la señorita Laura por teléfono. Estaría enfermo. No; no estaba enfermo, pues no le había dicho nada. Es un señor un poco raro, repetía la portera. Pero de todos modos era incomprensible que saliera, habiéndola llamado, sin dejar siquiera un recado en la portería, ni media palabra. Tendría algo urgente que hacer y acaso regrese pronto.

Laura le esperó cerca de una hora.

«Sí que es extraño. Debería haber dejado una palabra en la portería».

Cansada de esperar volvió a su casa. En la tarde llamó por teléfono varias veces al número de Bernardo, sin obtener respuesta. No sabía qué hacer, ni qué pensar, ni si debía molestarse. Entonces recordó que la voz de su amigo no era su voz normal, se notaba una pequeña alteración, algo como nervioso o algo casi temblante en sus breves palabras.

Decidió ir otra vez a casa de Bernardo.

La portera le dijo que acababa de subir. Trepó las escaleras, jadeante, y llamó a la puerta.

Bernardo estaba allí y parecía no estar allí; su presencia daba la impresión de algo ausente, lejano, acaso porque su imaginación vagaba lejos por otras partes del mundo. Laura le miró fijamente.

— ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?



—Estoy bien, gracias. —Su voz parecía opaca.

—Me llamaste esta mañana y...

— ¿Yo? ¿Yo te llamé? ¡Ah!, sí. Efectivamente.

Laura le estrechó tiernamente en sus brazos sin parecer molestarse. —Cuando vine ya no estabas, te habías marchado. ¿Qué te pasa, Bernardo? —Nada. Quisiera estar solo.

—No. No te dejaré solo. Algo te sucede. Dime, ¿qué tienes? No es manera de portarse con una amiga como yo. Tu conducta es absurda.

—No tengo nada y quiero estar solo.

—Eres un histérico —exclamó Laura, y al oír sus propias palabras lamentó haberlas pronunciado.

—Soy como soy, Laura, y yo no te digo a ti cómo tú eres.

—Perdóname —respondió ella realmente afligida—, quise decir que eres demasiado nervioso.

Como si tratara de confirmar las palabras de su amiga, Bernardo se echó a reír frenéticamente.

—Soy un tonto, nada más que un tonto. Ven.

Laura le arrastró a un sillón y se sentó sobre sus rodillas. Ella sabía que por medio de sus caricias podría dominarle, reducirle a su merced y hasta averiguar la razón de su nerviosidad.

—Eres un niño, un muchachote regalón y mal criado.

Él seguía riendo de un modo tonto y se dejaba



acariciar. «En el fondo no soy sino un animal sensual, pensaba. Nada más que un animal sensual, o si se quiere, exageradamente sensitivo. Ella tiene razón y es mejor estar con ella que estar solo».

—Quisiera tomar una taza de café —dijo Bernardo.

—Café no; por ningún motivo. Te daré un gran vaso de oporto.

Laura se dirigió al comedor y volvió con la botella y dos vasos.

—Esto te sentará mejor que el café. Debes dormir... Y yo también debo dormir, me has hecho pasar un día bien desagradable.

—Discúlpame. He estado un poco tonto, pero esto no se repetirá. Creo que lo mejor será acostarse y dormir como dos ángeles.

—Yo te haré dormir, cara de ángel malo, yo te haré dormir como a un niño caprichoso.

Bernardo se acostó primero. Cuando Laura entró en la cama, él apoyó la cabeza contra su pecho y cerró los ojos con delicia al sentir el contacto de sus dedos entre sus cabellos. Luego empezó a percibir un ruido vago en la cabeza, como si cada uno de sus cabellos fuera un instrumento musical y tuviera una vibración propia y diferente. ¡Qué música tan lejana y tan extraña! Esta música podría dominar a todas las bestias del mundo.

Pero no fue así. La fierecilla sensual que dormía en



él se despertó de pronto y se arrojó sobre su presa. Ella se dejaba hacer sin asustarse del frenesí extraordinario de su amigo que parecía deshacerse en temblores interminables.

Después de un instante de calma en que ella creyó que él se dormiría tranquilo, con los nervios apaciguados, oyó que repetía, entre dientes: «Tú también, tú también». No comprendió sus palabras ni alcanzó a preguntarle qué quería decir. Los labios afiebrados de Bernardo le cerraron la boca y empezaron a clavetear todo su cuerpo con la misma nerviosidad de antes. De repente se separó violentamente de ella, levantó el rostro y exclamó:

—Estoy besando un muerto, estoy lamiendo un ataúd. Tú eres la muerta, eres la que se está muriendo, la que acaso ya se murió.

El cuerpo de Laura se estremeció mortalmente, mientras Bernardo caía a su lado sollozando como un gran niño enfermo.

Laura le cogió en sus brazos.

—Vas a decirme lo que tienes. Cuéntame qué te pasa; a una mujer como yo se le puede contar todo.

Bernardo, mientras ella mecía la mitad de su cuerpo sobre sus rodillas y le estrechaba la cabeza contra el pecho, murmuró:

—Es espantoso. No puedo hacer nada, no puedo dar un paso sin pensar en la muerte. Te tengo en mis brazos y



pienso: «un día no podré tenerte en mis brazos». Oigo tu voz y pienso: «un día no oiré más ninguna voz...». No; no hablemos de esto, no quiero, no quiero hablar más de esto. Por favor, no hablemos más. Estoy tonto.

Laura le besó con una ternura infinita.

—Estás simplemente un poco nervioso. ¿Has trabajado demasiado?

—No he escrito ni media línea.

—Entonces debes escribir, te hace falta escribir, mi pobre Bernardo.

—No puedo escribir, no puedo hacer nada.

—Esto pasará pronto. Es una pequeña crisis de hombre sensible y nada más. Ahora duerme.

—Y mañana será otro día... Así me dije anoche.

—Estoy segura Bernardo, de que duermes mal. Con esa imaginación exaltada, siempre viendo visiones, te estás matando. Ahora duerme, duerme bien y verás que tengo razón.

Obediente a las palabras de Laura, Bernardo se echó sobre la almohada. Ella se incorporó y empezó a pasear sus dedos sobre la frente ardiendo de su niño enfermo. Bernardo pensaba:

«Este miedo a la muerte, este terror de la muerte es propio de los hombres vanidosos; si yo fuera un hombre humilde no tendría miedo a la muerte. Nos creemos el centro del universo y por eso la muerte nos irrita, nos



repugna. Luego, la irritación ante lo imposible, ante lo inevitable se transforma en terror. En el fondo, todo esto es falta de profundidad; un ser verdaderamente profundo comprende la vida y comprende la muerte, vive la vida sereno y aguarda sereno su fin».

Algunas luces del amanecer, un poco más audaces que las otras, ya habían penetrado en la alcoba cuando Laura se durmió sobre la cabeza de su amigo. Se oía la respiración monótona de dos pechos cansados, el ritmo mil veces repetido, millones de veces repetido, único testimonio de la vida, del ritmo de la vida que llena todo el universo.

¿Una hora? ¿Dos horas? ¿Tres horas?

Laura despertó bruscamente. Bernardo había saltado fuera del lecho y abría la puerta del ropero. Había colocado cuatro velas en torno de la cama y contemplaba el efecto con ojos diabólicos.

—Cruza las manos sobre el pecho —le gritó con voz ronca—. Cruza las manos sobre el pecho, Laura, estira tu cuerpo.

Ella obedeció a la orden enfática de su amigo, sin saber por qué obedecía.

Obedeció casi automáticamente.

—Mírate en el espejo. Mírate, mírate muerta. Aprovecha esta ocasión única. Mírate, pobre mujer.

Ella se contempló un instante como de reojo, como



atemorizada.

— ¿Qué estás haciendo —exclamó con voz alterada—, qué estás haciendo?

—He tenido tu calavera en mis manos. Estabas muerta, ¿oyes?, estabas muerta, los muertos no resucitan. He tenido tu calavera en mi mano.

Laura le miraba perpleja, no sabía si molestarse o burlarse de él. Tenía miedo de enojarse. Se cubrió los ojos.

—He tenido tu calavera en mis manos, he sentido las raíces de la eternidad y el dolor de los planetas.

—Pobre Hamlet —respondió Laura con una ironía inquieta y contenida.

Bernardo siguió hablando como si no hubiera oído la interrupción de su amiga, como si solo escuchara sus propias palabras.

— ¿Qué es la historia humana? Una larga cadena de esqueletos. Eso es la historia humana, una cadena de esqueletos en la cual yo soy hijo y seré padre. Sí, sí, somos hijos de esqueletos y padres de esqueletos, y nosotros mismos seremos ese precioso arbolillo seco adentro de un tarro debajo de la tierra.

—Calla, estás demasiado macabro.

— ¿Cuántos hombres hablan por mí? ¿Cuántos muertos? ¿Quiénes hablan por mí? Siento mi pecho lleno de hombres, lleno de siglos, lleno de voces, llenos de



deseos, de voluntades, de sufrimientos, de angustias y también de esperanzas... Laura he tenido tu calavera en mis manos.

—Pobre Hamlet —repitió ella en tono declamatorio y burlón—. He aquí el cráneo de Yorick, que hizo reír y llorar a miles de personas. ¿No es eso, mi pobre Bernardo? Las cenizas de César y de Alejandro, acaso son ahora un tapón de barro, etc. «Sic transit gloria mundi». Eres un filósofo, un filósofo un tanto macabro.

—No digas tonterías. ¿Crees que tú me importas un bledo? Se trata de llenar el vacío que va del nacimiento a la muerte, de hacer que ese vacío no sea vacío, de llenarlo con cualquier cosa, hasta con una mujer. Y esto es lo tremendo que el hombre diga lo que diga, no ha encontrado la manera de olvidar su muerte, no ha podido nunca engañar a la muerte... No me interrumpas.

—Sí, te interrumpo porque no quiero oírte más. Estás loco.

—Calla, cruza las manos sobre tu pecho y mírate en el espejo, contéplate muerta, adelántate a los que van a verte en esa postura con la secreta alegría de no ser ellos los que se van.

—Te he dicho que estás loco —rugió Laura—, pero es hacerte demasiado favor, eres simplemente tonto. Eres un envenenador de la dicha ajena, eres envenenador, porque eres envenenado, para vengarte de tu veneno.



Eres un infeliz.

—Tú, tú, estúpida que no te atreves a mirarte. Pierdes la ocasión, estúpida. Vete. Creí que eras una mujer diferente a las demás, quise aferrarme a ti buscando algo excepcional. Eres lo mismo que todas las otras... Vete, por favor, vete.

Las palabras se atropellaban en sus labios. Laura miraba sus ojos terribles y sentía miedo. Empezó a vestirse a la carrera, tenía ansias de estar en la calle, en cualquier parte y al mismo tiempo sentía una pena horrible. Murmuraba:

—Es increíble, es increíble. ¡Cómo cambian tus ojos! Es increíble.

Él se acercó a la ventana y se apoyó en el marco de madera, mudo, pálido y con un gesto lamentable que parecía que iba a pedir perdón o que iba a arrojar a la calle. Ella no supo cómo se había vestido.

—Adiós, mi pobre amigo; te quiero y te perdono. Te sigo queriendo, niño mañoso.

Y se alejó rápidamente sin volver el rostro.

Al oírla bajar las escaleras, Bernardo murmuró apenas:

—En el fondo es una mujer como todas, no tiene nada de excepcional.

Un viento de locura pasaba por la habitación. La mirada febril de Bernardo parecía buscar algo. De pronto



estalló su garganta en un rugido extraño:

«Soy un..., soy un pobre desgraciado. La vieja maldita tenía razón. Todo es inútil, tenía razón, tenía razón».

Sus lágrimas estremecían la noche que se iba alejando por detrás del alba.

XV

—El señor Saguen está enfermo —dijo a su sobrina la portera con un aire malicioso cuando vio pasar a Bernardo que salía a la calle—. Y los días domingo nunca sale antes de la hora de cenar. Este caballero debería casarse, buscar una mujer seria, tranquila y casarse.

Las calles de los días de fiesta están pobladas de una gente especial, distinta a la de todos los otros días. No son transeúntes, son paseantes lentos, inútiles, mirones. Son habitantes caídos de la luna. ¡Días de fiesta, cosa estúpida! Parejas de burgueses aburridos que quieren aburrir a todo el orbe. ¿Pero y de dónde salen? Algunos guardan en bajorrelieve una sonrisa obsequiosa como si todavía quisieran vender algo detrás del mostrador, una bella sonrisa de lata, fija en los labios hasta el día de la muerte, hasta después de la muerte. Y esos niños chillones. ¿De dónde sale tanto niño? Dios mío, cuántos vientres imbéciles hay en el mundo. Y esas mujeres con



la mirada muerta.

Bernardo rugió en el fondo de su alma:

«Todos los imbéciles, inconscientes, con sus miradas de día domingo, paseando encantados sus bellas formas de cosa inflada de orgullo... Sacos vacíos, ninguno sabe nada, ninguno es capaz de comprender nada.

»Hay que salir de la ciudad —se dijo—; fuera de la ciudad está la vida, está la naturaleza y no se ven ojos vacíos, ojos idiotas».

Un autobús le dejó en las afueras, a doscientos metros del bosque. A pasos rápidos, como si fuera huyendo de un ejército enemigo, franqueó los doscientos metros y se internó entre los árboles.

«Aquí se respira, aquí está la vida, aquí se sienten fluidos auténticos penetrar por todo nuestro cuerpo, los verdaderos fluidos de la tierra y del sol. El aire verdadero, la luz verdadera... No ese otro aire y esa luz que parece que uno comprara a tanto el paquete. Aquí nos crece el pulmón de un modo tan evidente, que a poco nos levantaría de la tierra. Aquí los ojos brincan de tal manera, que es imposible seguirlos o bien hay que salirse por los ojos y echarse a correr campos».

Bernardo se quedó clavado frente a un árbol magnífico,

como si se hubiera convertido en estatua, tan enamorado de su tronco y de sus ramas, que un momento



creyó que el árbol de sus éxtasis era el árbol macho y él allí clavado, estupefacto, era su hembra, el árbol hembra. «Sí, sí, yo quisiera ser árbol —pensó—. Yo soy un árbol, este bosque es mi familia y todos los árboles del mundo son mis hermanos. Los cedros que pasan de la tierra al cielo sin que los hombres oigan el ruido de sus pasos o el ruido de sus alas, mis hermanos los cedros que besan mi cansancio allá en lejanas regiones. El cedro, hijo de la tierra, hija del cielo, hijo del éter, hijo de la eternidad, hija del vacío. Te presento mi voz y ella se inclina ante tu respetable corpulencia de jefe anciano que nadie puede engañar, de gran jefe administrando justicia. Los álamos que me llaman por mi nombre y cuya gramática conozco sin necesidad de estudios y largas paciencias. Recuerdo que mi amigo Almora escribió un “Poema para hacer crecer los árboles”. Era hermoso. Pero cada álamo del mundo es más hermoso, más delgado, más penetrante en la atmósfera de nuestros ojos que cada palabra de los hombres, que ninguna palabra humana, limitada, encerrada adentro de su cajita de cristal. Y esos nobles eucaliptus de acero. El eucaliptus, el antípoda hermano que sale a recibirme al frente de su tribu y dirige la danza del saludo y el ofrecimiento hospitalario. Todo lo mío es tuyo en nombre de mi tribu y te ofrezco mis vastas tierras y toda el agua de mis ríos. El sicomoro de las momias eternamente bellas en la eternidad. La caoba de



América con el pecho hinchado de sonidos nocturnos y salvajes. Los abetos amigos de la música, rellenos de violines y de castos laúdes, cómplices discretos de toda garganta bienvenida en celestes augurios. Los abetos que se echan las ramas al hombro y trepan cuestras y colinas al son de sus futuras armonías. ¡Oh!, y el jacarandá de Chile agonizando en los salones de múltiples ojos. El haya, el haya gris suspendida por sus brazos o tal vez por el cuello como un hermoso ahorcado colgando de un planeta sobre nuestras miradas. El haya que no se halla sin sus pequeños, porque es el haya vestida de enseñanzas y envejecida de experiencia. Las acacias humildes, sin orgullo en los huesos, con sus diminutas hojas casi como helechos milenarios y que sienten la presión del infinito y sonrén. Los nogales ácidos y con olor a yodo, como si vinieran saliendo del fondo del mar a ver qué pasa. Las encinas que me harían incestuoso, las divinas hermanas. Las encinas que conocen las frases de los truenos y podrían repetirlas en cualquier momento. Las palmeras que abanicen sus islas candentes y sus grandes lagartos y sus tortugas dormidas. Ellas que despiden a los barcos alejándose, con grandes saludos de pañuelos temblorosos y reciben los últimos besos de los marineros en el horizonte, coquetas a causa del sol... Y bajo la luna velando los tesoros del pirata o de las estrellas. Las higueras color asno agonizantes frente a la eternidad y



con miel espesa cayendo de labio en labio. Los fresnos que vuelan arrastrando todo el cielo y los abedules amados, los abedules tan llenos de silencio como el silencio de sonidos, tan llenos de lejanías como sus estepas. Señores abedules, aprended la hora de las mareas y borrad las huellas de la sombra. Tantos árboles en el mundo, tanto reposo que puede hablarnos de pequeñas hierbas y de cosas del polvo y de pedruscos dolientes. Vosotros sois el poderío de la noche. La noche se sostiene sobre vuestras altas copas al cubrir la tierra. No llaméis a los planetas de otra orilla, quedaos conmigo en amistad de iguales hambres. Olivos de viejos olivares, sufrientes y sinceros, olivos para los huertos de sangre de los profetas, para la desesperación y la resignación, cuando los profetas comprenden que han mentido por amor, que han engañado a los hombres por compasión, por el ansia de creer ellos mismos su mentira henchida de esperanzas, y se miran el alma y miran la noche y ven que no hay un Padre, que no hay un Dios, y entonces se transfiguran y cambia el rostro del mundo y sudan sangre en otro espacio de pensamientos terribles. Y los olivos secan las gotas desgarradas. Y esos cactus, esos cactus en bujías o en ensueños concentrados con rumor de serpientes y savia de ojos hipnóticos, en vértigo de luces y sonidos de todos colores. Y el ébano negro como un fantasma que asusta a los caballos. Más pesado que los rieles del



vuelo. ¿Qué puedes contarnos de los países en donde has establecido tus viviendas y el orden de tu destino? ¿Qué voz inmensa habla sobre la última rama? Y los pinos con sus hojas de tan buena memoria. Los pinos rebeldes a las órdenes del otoño y del invierno. Los pinos allá sobre la montaña como un sueño en medio del viento. El cielo viene a apoyarse dulcemente contra vuestras cabezas. Árboles hermanos, sois el ruido de otros mundos. Te ofrezco el universo, alma, en medio de mi noble familia que te aclama. Y por la savia de mis venas. Vuestro dulce lenguaje terciario es caída de colores y de edades en mis oídos. Grandes árboles ebrios y rodeados de tinieblas. Caen de vuestras ramas una suprema bendición. Os quemáis por un cielo misterioso como yo pudiera quemarme por una mujer de carnes enfáticas. En el umbral de las selvas suban los homenajes y el mineral pegue su frente al suelo como los grandes rayos que no pierden ocasión. Árboles mis hermanos, sois antorchas desesperadas quemando los espacios como mi alma. Castaño, abuelo nudoso, inocencia inesperada por el viajero de lepra verde y gritos agudos. Cipreses señalando el camino a los muertos y diciendo: Pase usted a las almas nuevas. Vosotros sois las puertas de la eternidad. Hermano ciprés sobre el escudo de la muerte. Altos cipreses de dignidad sin fin, solemnes como el más allá de las formas y los gestos. Altos cipreses, sacando a los difuntos de la tierra.



Por vuestros tubos salen al aire los muertos impacientes. Vosotros sois los ataúdes de las almas y sois la música de lo invisible, dejando sus presuntas huellas en el viento perdido. Y los sauces que lloran la muerte del planeta, los sauces que lloran el entierro del mundo.

»Hermanos, vendrá un día en que ya no podré contemplaros ni oír vuestro rumor ni coger vuestras hojas. ¡Ah, venid conmigo, venid tras mis pasos, toda una selva en marcha, venid al asalto de las ciudades! Es preciso aplastar a los hombres estúpidos. Adelante, adelante, marchemos sobre los hombres. Yo seré vuestro capitán. Selvas y selvas, todos los árboles del mundo con la espada vengadora en la mano, cortando cabezas de hombres. Y los hombres arrodillados gritando perdón, aullando al infinito un tardío perdón.

»Vendrá un día en que no pueda contemplaros, árboles míos, mi ejército vengador.

»Abyecto ciprés, no seguiré el camino señalado por tu dedo. Tienes tus raíces en los ojos de los muertos. Tienes tus raíces en la boca de los muertos. Nacen tus raíces en las miradas de los muertos; nace tu tronco en las palabras de los muertos... ¡Horror! Yo quiero vivir. Yo quiero vivir».

Le pareció oír su voz como fuera de él, como fuera del mundo. Su voz era cosa de sueño y no de realidad. En medio del sueño una idea rompió en su cerebro. Si



de pronto todos los árboles, todos, todos los árboles del mundo juntaran sus voces para gritarle a él, a él allí de pie, la terrible palabra. ¡Oh! ¡Qué horror!

Bernardo Saguen estaba pálido, sus ojos desorbitados y delirantes eran hornos de fuego. Seguía allí, clavado frente a los árboles, como si se hubiera convertido en estatua. La estatua de la desesperación sobre una tumba, en medio de un enorme cementerio.

* * *

Salió huyendo del bosque como antes había huido de la ciudad. Apuraba el paso, se cubría los oídos, como si millones de voces, millones de risas, millones de maldiciones le persiguieran insistentes.

La ciudad estaba iluminada. Bernardo penetró en el primer bar que encontró en su camino. Pidió un vaso doble de coñac, y lo bebió de un trago. Un grupo de estudiantes junto a él hablaba de libros. Bernardo levantó la cabeza, abrió la boca y no pudo contener sus palabras: — ¿Sabéis lo que es un libro? Es un tejido de trampas para esconder el alma verdadera.

Todos quedaron mirando sus ojos alucinados. Él se encogió de hombros, admirado de su valentía, y salió a la calle. Contemplaba el abismo de la ciudad nocturna, el misterio de todas las ventanas cerradas. El ancho abismo,



y no sabía si ese abismo estaba en su alma o en la ciudad.
«He ahí la tragedia —pensaba—, he ahí la tragedia.
Todo esto es tragedia, todo está amasado en tragedia.
Voy andando sobre millones de cadáveres».

Entró a otro bar y pidió otro coñac.

«Un día no podré beber más coñac» —exclamó entre
dientes al volver a la calle.

Estas calles, fantasmas; estas veredas, fantasmas;
esas casas, muertos; esos bares, muertos; esos cafés,
muertos; esas mesas con copas y tazas, muerte; esos
focos de luz embrujada, muerte y fantasmas de muerte...
Esas ventanas cerradas esconden la muerte, la muerte
esperando en cada lecho, detrás de cada silla, de cada
armario, en cada rincón, cayendo del techo por las
cortinas, rodando sobre la alfombra silenciosa.

«Voy andando sobre miles de muertos».

Y así, andando sobre todos los muertos del presente,
del pasado y del futuro, llegó a su casa. Tenía fiebre, su
cabeza ardía, su pecho palpitaba espantosamente.

«Ahora —se dijo—, ahora podría escribir como
nunca. Podría escribir maravillas... ¿Y para qué escribir?
¿Con qué objeto escribir? Mañana voy a morir, mañana
seré un cadáver. ¡Qué importa ante la nada lo que hicimos
en vida! ¡Qué le importa a la nada nuestros esfuerzos
y nuestros sueños de fantasmas de un corto transcurrir
como seres u objetos palpables en el tiempo! ¡Cómo



debe reír la eternidad de nuestro afán de alargamiento!».

Se lavaba las manos:

«Un día no podré ya lavarme las manos».

Se miraba en el espejo:

«Un día no podré mirarme en el espejo.

»Estos ojos para la muerte. Esta boca para la muerte, esta nariz para la muerte. Todo, todo lo que existe, solo existe para la muerte».

Se cepillaba los dientes:

«Un día no podré ya lavarme los dientes. Y qué cosa horrible los dientes de los muertos, esa risa solitaria, esa risa para la tapa del ataúd».

Su voz estalló a pulmón lleno:

«Imbécil. Decididamente soy el hombre más imbécil de la tierra».

XVI

Desde el balcón de su escritorio, Bernardo extendía su vista por sobre los tejados de las casas de enfrente. La desesperación rabiosa del día anterior se había apaciguado en su alma. Pero aún persistía una especie de rencor sordo por todo y contra todo.



Se acercó a su escritorio, se sentó ante el papel y escribió:

«El oficio de escritor es oficio de sepulturero. Cada frase escrita es ya algo muerto, es un entierro, y no debe interesarnos más sino apenas en cuanto a madre de la siguiente, que ya va a morir también, que ya acaba de morir en la línea anterior».

Se quedó un momento con los ojos fijos sobre lo que había escrito. No, no es esto, se dijo, y volvió a escribir.

«Lo que nos dan los escritores no es vida. Es solo muerte. Sus historias, sus poemas, sus personajes son muerte y nada más que muerte. Poseen el encanto nostálgico de lo podrido, un saborcillo a perdiz pasada.

»Desde el momento en que fijan algo en el papel, ese algo queda allí como una mariposa clavada en una caja de vidrio, ese algo queda crucificado sobre la página triste o contra el cielo mismo. Son asesinos, eso son los escritores, eso son los artistas; los crucificadores de la vida y de la naturaleza. Los libros están hechos de recuerdos, o sea, de muerte. La base de la poesía, de la literatura, es el recuerdo y todo lo recordado es ya muerto. Recuerdos de sensaciones, recuerdos de pensamientos, recuerdos de experiencias, recuerdos del oído, recuerdos de la vista, recuerdos de dolores y alegrías, etc. Y eso se vende, eso se compra, eso gusta porque todos los hombres son necrófilos; aman la muerte que es su verdadera esencia,



que es el pequeño nudo que llevan al fondo de su ser y que está esperando el momento propicio para desatarse. El centro, el eje de la vida es la autodestrucción, la voluptuosidad de la autodestrucción.

»Los hombres son necrófilos y comen muertos y tienen el paladar hecho al gusto de la muerte. Aunque ellos no lo saben, aunque ellos crean lo contrario, aman la muerte. Todas sus fibras, todas sus células profundas tienden hacia ella con incontenibles ansias, en un remolino de vértigo precioso, como atraídas por un recóndito imán».

Bernardo advirtió que una lágrima caía por sus mejillas. La enjugó un tanto irritado, indignado de sí mismo.

«Hay algo esencial —pensaba—, algo que quiero decir y que no puedo decir, algo que se me esconde en los rincones del corazón». Pensaba en la esencia de la vida y en justificar la vida. Volvió a escribir:

«No se trata de la virtud ni del bien, ni del mal, ni de la moral. Todo eso es pequeño y está al alcance de cualquier cocinera. Se trata de algo situado muy por encima y muy lejos de todo eso. Se trata de algo que es realización en elevada esfera, de algo que es la libertad del alma y no prisión ni reglamento aprendido. Se trata de respirar libremente en el pleno espacio, se trata de algo que podríamos llamar Altura Absoluta, o sea, altura



sin altura o altura sobre la altura».

Miles de pensamientos le asaltaban y todos le dejaban igualmente insatisfecho. «Soy un infeliz —se decía—, un pobre histérico, ya me lo gritó Laura. Soy un pobre hombre, acaso demasiado ambicioso, y nada más».

Durante largos años, Bernardo había vivido en el convencimiento de ser un hombre inferior. Esta idea no le atormentaba mayormente; empezó a atormentarle cuando sintió que tal vez se equivocaba, que él no era un hombre cualquiera, que comprendía los libros y las obras de arte mejor que todos sus amigos. Guardaba, sin embargo, la idea de que algo en él fallaba, algo que le impedía realizarse plenamente. Entonces caía en períodos de largas neurastenias, a causa de eso que él llamaba en su fuero interno una injusticia orgánica.

Su rostro tomó un aire resignado, ya no podía luchar. Cogió la pluma y escribió:

«La naturaleza tiene necesidad de mí, de mi vida y de mi muerte. Yo debo cooperar al universo, debo contribuir a la marcha del mundo. Yo soy necesario al tiempo-espacio.

»No, no, no es verdad, estás mintiendo —le decía una voz al oído—, te estás mintiendo para consolarte. No eres necesario, nada te necesita. Lo que te pasa es que tu crisis de rebelión fue demasiado violenta y te has



fatigado. Pobre niño débil, ya te echaste en brazos de la resignación».

Entonces pensó: «solo me queda escribir lo más sincero, lo más vivo en el fondo de mi alma:

»Obscuridad completa. Tinieblas, tinieblas».

XVII

Bernardo se sentía un poco más optimista. Se diría que después de haber escrito en la noche pasada esas palabras: «Obscuridad completa. Tinieblas, tinieblas», se había descargado de las tinieblas y de la obscuridad. Un agua fresca empezaba a invadir su alma, una ola de consolación le inundaba el pecho. Por momentos sentía hasta ganas de reír, de plantarse frente al espejo y echarse a reír, y verse reír.

Estaba casi seguro de que su voluntad tan flaca podría aún sobreponerse a la obsesión de la muerte. Sentía que su corazón estaba lleno de ideas de consuelo y que era absurdo desesperarse. Y cuando sus obsesiones querían volver a tomar cuerpo, cuando volvía a aparecer en su cerebro aquella frase que tanto le irritaba: El drama de la vida no es otra cosa que el drama de la muerte, él exclamaba: «Sí, claro



está, para los pesimistas, para los derrotados, para los que no sienten la maravilla, el milagro que es vivir, y que vivan las plantas, los insectos, las estrellas, las yerbas, los animales, todo el universo y que yo lo sienta vivir y sienta repercutir su vida en mí.

»¿Qué importancia tiene la muerte? Morir no es dejar de vivir, es dejar de pensar que se vive. La muerte es solo la pérdida del control espiritual del vivir, es la entrada de la mecánica en el organismo. ¿Morir no será deshacer el camino para volver a empezarlo otra vez y así sucesivamente hasta el infinito? ¿No será volver del reino orgánico al inorgánico? ¿No será volver del hombre al animal, del animal a la planta y luego al mineral? Sí, la muerte es la entrada de la mecánica universal en el organismo, sin dominio de nuestra voluntad. Nuestra voluntad diluida, deshecha en las leyes mecánicas. Lo que llamamos muerte es el predominio de la mecánica sobre la conciencia».

Se quedó un instante suspenso pero no satisfecho. «Imbécil, ¿y eso te consuela?». Alzó los ojos al techo y se golpeó las manos. «¡Ah!, ¿pero va a volver el molinillo desesperante?».

En ese momento se oía un gran tumulto en la calle. Bernardo corrió al balcón y se asomó curioso. Eran los obreros de la fábrica de vidrios que estaba a la vuelta de su calle. Se había declarado la huelga esa misma mañana.



Dos grandes grupos de obreros discutían al medio de la calle. Gritaban, vociferaban, cambiaban consignas, se llamaban unos a otros a grandes voces y de cuando en cuando se elevaba una voz más sonora. ¡Viva la huelga! ¡Abajo los explotadores! ¡Muera la explotación! ¡Hambreadores cochinos! ¡Verdugos!

Bernardo contemplaba a esos hombres valerosos y angustiados con una profunda tristeza, una tristeza mezclada a un remordimiento vital y parecía decirse: «Yo debería estar allí en medio de esos obreros, yo debería luchar con esos humillados contra los humilladores. Si tuviera energías para luchar con ellos estaría salvado de todo peligro». Como avergonzado de sí mismo, como buscando en sus adentros un destello de voluntad se quedó un instante suspenso con los ojos amargos clavados en la calle. «Esos hombres van a morir también un día, y sin embargo, ellos saben que antes de morir es preciso hacer triunfar la vida. Sí, es preciso que la vida triunfe contra todos sus enemigos y principalmente contra aquellos hombres que la aplastan, aplastando a sus semejantes. Es preciso que la vida triunfe, que se libere de las opresiones, que aparezca la justicia social sobre la tierra. ¡Ah!, si fuera capaz de luchar. La verdadera muerte no es aquella que pone fin a la vida, es la injusticia durante la vida, es todo lo que encadena una parte de la vida, que secciona, que divide la armonía total



y que corta las alas de los hombres. Pedro Almora, ese es un hombre, un verdadero hombre, un hombre justo puesto que él trabaja por la justicia y la libertad. Él daría su vida por sus ideas, daría la vida sonriendo; nada le importaría la muerte. Es un hombre... ¿Y yo qué soy? Pedro me lo ha dicho muchas veces: yo soy un perro vagabundo. Él dice: un refinado perro vagabundo. Un genial perro vagabundo. Lo dice así para suavizar su frase, pero en realidad no soy más que un pobre perro vagabundo. Voy andando por el mundo con mi cortejo de tinieblas. ¿Tendré un día fuerzas para evadirme de esas tinieblas?».

Bernardo cerró la ventana y empezó a pasearse por la habitación. Se sentía más sereno y más lleno de esperanzas.

«El drama de la vida —se repetía—, no es otra cosa que el drama de la muerte... Sí, sí, para los hombres sin sentido de sus deberes sociales, de la heroica lucha en bien de la humanidad. Para los hombres sin comprensión del destino humano y sin comprensión del mundo y del universo. La muerte es necesaria a la vida, es necesaria al cambio constante del paisaje humano, de la evolución; es necesaria para la variedad de la vida, de la forma, de las ideas, de las realizaciones. Es necesaria para dejar el camino a los otros, el camino libre, para abrir nuevas rutas y dominar nuevos horizontes, para deshacerse del



peso muerto —la prueba es que se llama peso muerto. Sin duda alguna la muerte es necesaria a la vida. ¿Habría podido vivir yo si no existiera la muerte? ¿Podría yo estar viviendo si no fuera porque existe la muerte? Y mi muerte ¿no será necesaria para que otros vivan? Los hombres aparecen y desaparecen, pero el Hombre sigue. Y este es nuestro destino, ser un átomo en el eslabón de la cadena. Lo que importa es la cadena. Pero ¿cuál es el destino de la cadena? Porque ese destino no puede ser pasarse cantando un coro catalán a un Dios sentado en un trono por los siglos de los siglos». Bernardo Saguen se cogió la cabeza entre ambas manos y empezó a sollozar muy suavemente, como un niño que sueña en la noche la historia del ogro que le han contado en el día.

XVIII

Dos días después, Bernardo se sentía curado de todos sus males, pero le asaltaba el miedo de que ellos volvieran. Sin precisarlo, él mismo sentía la necesidad de una presencia.

«Es tanto lo que me ha dado por reír —advirtió—, he reído tanto ayer y hoy, que me será necesario buscar a Susana para acompañar dignamente mis risas. La vida es magnífica. Es falso que la esencia de la vida es la muerte.



El verdadero artista es un creador de vida, es como un dios que maneja el cosmos en su pecho y en sus manos... Vamos a ver a Susana».

Mientras cruzaba las calles, se iba diciendo: «Bernardo en busca de Susana o el Marinero fantasma en busca de Loreley». Y pensaba en las primeras palabras de la reconciliación, esas primeras palabras que suelen ser más difíciles que los primeros pasos de un niño. Intencionalmente había dado cita a su amiga en el mismo café en donde se habían visto por última vez. Él sabía que Susana le quería aún, pues muchas veces le había escrito y había tratado de verle.

La prueba de que no se equivocaba la tenía ante sus ojos: Susana le estaba esperando desde antes de la hora convenida, y, al verle, se echó en sus brazos, desbordante de júbilo.

Todas las frases banales del mundo salieron de sus bocas. No hubo una sola frase inútil que se quedara escondida en algún rincón de la tierra.

Susana estaba en pleno apogeo. Bernardo la contemplaba encantado. Le parecía tan magníficamente mujer que no podía soltarla de sus brazos. «Esta es la mujer, es la mujer capaz de salvar a cualquier hombre; junto a una mujer así no hay peligros en la vida». Adivinaba su espléndido cuerpo, sus formas llenas sin ser excesivas y le entraban ansias de besarla ferozmente



allí, en presencia de las gentes, y gritarles: Esta es la mujer, señores. He aquí la verdadera mujer.

Su rostro era hermoso y de una simpatía tal, que multiplicaba la hermosura. Bernardo estaba conmovido. Ella le encontró un poco cambiado, seguramente envejecido, pero no quiso decírselo. Sin duda alguna, Bernardo sabía que había envejecido, sentía que había cambiado mucho, pero no podía precisar desde cuándo, tal vez desde solo unos tres meses. Recordaba sus días de optimismo o por lo menos de solitaria tranquilidad. En su recuerdo, ese tiempo terminaba en aquella noche en que escribió el catálogo de sus cuadros y la lista de sus libros; sin embargo, no hubiera podido asegurarlo, pues sus recuerdos eran imprecisos, eran más bien vagos, como si en esos tres meses hubieran pasado muchas cosas y su alma se hubiera llenado de innumerables objetos extraños.

Bernardo cogió las manos de Susana y balbuceó:

—Quiero viajar.

Iba a agregar: necesito viajar, pero un impulso secreto le hizo tragarse esas palabras.

—Quiero que vengas conmigo. Iremos al mar, a una playa lejana.

Susana palmoteó como una niña a la cual ofrecen un juguete codiciado. En un minuto olvidó todos los resquemores y todas las reservas que pudiera dictarle su





espíritu ante el maniático y voluble amigo de algunos meses.

—Iremos al mar. Nadaremos, mi Loreley, y nos tenderemos todo el día al sol, sin hacer nada y sin pensar en nada.

XIX

La primera semana en aquel pueblecito de pescadores fue realmente encantadora. Bernardo hacía esfuerzos inimaginables para llevar una vida de sport, violenta y sana. Salía por las tardes al mar con los pescadores, como un viejo compañero de sus aventuras marítimas. Se internaba con ellos en los pequeños barcos de vela detrás de las sardinas o detrás de los atunes plateados como guerreros antiguos. Por las noches escuchaba el mar estrellándose en las rocas, el mar que le hacía pensar cosas fuertes y estimarse a sí mismo. En las mañanas, tan luminosas, que llegaban a doler las pupilas, nadaba un rato con Susana y luego se tendía al sol, satisfecho como un cocodrilo sagrado.

Sobre todo no pensar en nada, se repetía. A veces estas palabras se las repetía con tal insistencia que se hubiera dicho que tenía miedo de pensar.

Y con razón tenía miedo.

Él mismo no supo cómo fue, cómo sucedió aquello.





¡Qué cosa extraña! Siempre cosas extrañas rodeando a los hombres, y especialmente a ciertos hombres.

Una mañana, cuando ambos estaban en la playa cerca de las rocas, el mar arrojó el cadáver de un pescador que se había llevado la resaca o una gran ola de fondo algunas horas antes.

La playa estaba llena de gente. Una mujer lloraba arrodillada sobre el cadáver de su hombre, una niña besaba las manos de su padre en el infinito de un mar sin fondo ni orillas. Su cabellera caía sobre el cuerpo inerte secaba las últimas gotas de agua como una pequeña Magdalena, las últimas gotas de agua tan diminutas y tan llenas de muerte, culpables de la muerte. Bernardo doblaba la cabeza. «Él debe haber pensado muchas veces: Vendrá un día en que no podré hablar a ningún hombre, ni a mi mujer, ni a mi hija. La voz no podrá nacer en mi pecho. No podré hablar a nadie, a nadie, ni a las raíces de la tierra».

Aquella noche Bernardo oprimía el cuerpo de Susana y deseaba que ella le oprimiera igualmente, cada vez con más fuerzas. Más fuerte, más fuerte. «Loreley, tu carne de agua dura». Contemplaba el pecho redondo, lleno, y le asaltaban ansias de niño hambriento. Sus besos recorrían los caminos más sinuosos sobre el cuerpo albo que a veces le parecía una sirena de conchaperla y otras veces la imagen en marfil de una santa desnuda.



Después recordaría muchas veces las últimas violencias de su pasión amorosa, aquella noche en que lo sensual y lo trágico se mezclaban en su alma como agua y vino, en aquel pueblecito de pescadores.

Al día siguiente Bernardo no habló en todo el día. Andaba adentro de una capa espesa de silencio. Ante sus ojos vivía de un modo atroz la imagen de un pescador muerto, tendido, semejante a un Cristo transparente en los brazos de la arena materna y una Magdalena de doce años secando con sus cabellos las gotas de agua sobre el cuerpo, como las lágrimas de un mar arrepentido.

Varios días pasó así en completa ausencia, taciturno y como pensando mucho y no pensando en nada. Eran vanos todos los esfuerzos de Susana por distraerle. Bernardo se había entregado vencido al pesimismo más absoluto. Por las noches escuchaba el ruido del viento triste y largo como el sollozo del mundo y empezaba a temblar sin saber por qué. El ladrido de los perros le hacía saltar en la cama. Si alguna vez, durante el día, una pequeña sonrisa se dibujaba en sus labios, revelaba más amargura que alegría.

Una tarde, cuando el ocaso empezaba a recoger la luz de la tierra, estaba recostado sobre la arena junto a su amiga, silenciosa como él, mirando con ojos perdidos el horizonte en donde un sol inmenso buscaba un sitio para caer más blandamente. En ese instante vino a



pasar frente a ellos la niña del pescador, la pequeña Magdalena de doce años. Los ojos de Bernardo tomaron una cierta firmeza, se fijaron en algo preciso y siguieron el movimiento de la niña que se alejaba. Susana, que estaba tendida en el suelo, no veía la playa; en cambio, observaba constantemente el rostro de Bernardo. Ella no había advertido la visión que pasaba, pero observó una mudanza en la actitud y en la mirada de su amigo.

— ¿Qué estás mirando? ¿Qué miras con tanto interés? —preguntó.

Bernardo se estremeció. De golpe la palabra sátiro llenó toda su cabeza.

Volvió el rostro duro frente a su amiga y rugió colérico:

—Dime lo que me quieres decir. Dímelo. Dime sátiro. Eso es, dime sátiro, gítame sátiro. Así son todas de imbéciles y de canallas.

Susana se incorporó de un salto; miraba a Bernardo perpleja, espantada.

No podía comprender. Le cogió las manos que él retiró violentamente.

—Pero ¿qué pasa? Bernardo, ¿qué tienes? No comprendo. Por piedad, dime qué te pasa.

—No te hagas la hipócrita, sabes muy bien.

—Te juro que no sé nada. No entiendo; por favor, no me desesperes — exclamó Susana con una voz



lamentable.

Bernardo apartó los ojos hacia otro lado y exhaló con tono de profunda repugnancia:

—Son todas iguales... Igualmente hipócritas, igualmente maliciosas, igualmente aburridas y perversas.

Susana escondió la cabeza en sus brazos tendida contra la arena. Sollozaba.

Apenas alcanzó a oír.

—Mañana regresaremos. Cada uno a su casa. Por fin, por fin podré estar solo.

XX

«Estar solo, este es el gran secreto de la vida» —se decía Bernardo, mientras paseaba por sus habitaciones.

En aquel instante los días que había pasado a la orilla del mar le parecían un sueño; algo lejano, como sucedido hacía mucho tiempo. Contemplaba sus paredes, sus objetos familiares, y se le figuraba percibir en ellos como un reproche. A veces creía que iba a sentir cierta hostilidad de ellos en contra de él y de él en contra de ellos, pensaba que si alguno le faltaba el respeto, lo cogería y lo haría trizas en el suelo o lo arrojaría por la ventana. Pronto este sentimiento se desvanecía y entonces experimentaba deseos de tocarlos uno a uno y acariciarlos largamente.



«No necesito de nadie —se decía—; puedo perfectamente vivir solo».

Esta idea le procuraba una gran tranquilidad y le sumía en una especie de beatitud. Vivir solo, no tener que salir a la calle. No ver a nadie. Allí, solo entre sus cuadros y sus libros.

«Puedo ser un hombre feliz —se decía—. No estoy obligado a conducirme como enemigo de mí mismo.

»¿Susana?, ¡bah!, que reviente por su lado. ¿Laura?, que se guarde sus ojos de aceituna iluminada y... y ¿qué? Y su voz de rosa tibia. ¡Ja, ja! ¡Qué ridiculez! Mujeres tendré cuantas quiera. Nunca me han faltado. Pero no quiero, no las necesito, no las deseo; las aborrezco. Serpientes».

Se paseaba de una pared a la otra, con un aire de fingida serenidad. Sin embargo, se le figuraba por momentos que había perdido algo.

«Hay algo incierto, algo lejano que he perdido en alguna parte».

Cuando pensaba esto, un pequeño ahogo le subía a la garganta. Bernardo se decía:

«En algún sitio del mundo, en alguna parte de mi vida, he perdido algo.

»Es preciso buscar lo perdido, buscarlo en mí mismo y fuera de mí mismo —esta idea le obstinaba el cerebro—. Nuestro cerebro. ¡Ah, demonios! La memoria





y la imaginación y la subconsciencia y la conciencia y ese piso tan alto y tan bajo de las ideas. Cuántos rincones. Y luego los sentimientos y el sótano de las angustias. ¡Qué cosa nuestro cerebro!».

Entró al primer compartimiento y encontró una tal cantidad de tumbas que salió espantado.

«¿No será que estoy comiendo poco? —se dijo—. Comer poco es malo para los nervios. Una comida abundante calma el sistema nervioso, y, desde luego, embota un poco la imaginación. Desde mañana comeré como un ogro. Las gentes me odian porque soy un hombre superior. Eso es, porque soy un hombre superior».

Sus pasos resonaban en el departamento. Se quedó escuchando, y se repitió varias veces:

«Tengo el mismo modo de andar de mi padre y de mi abuelo».

XXI

Si Bernardo Saguen escribiera su diario, habría tenido que anotar:

«Llevo dos días sin salir de mi casa. Y no me siento mal. Salvo la pesadilla desagradable de anoche, cuando soñé que mi abuelo me estaba ahorcando, y luego vi que no era mi abuelo o que ya no era mi abuelo, sino mi sobrina Juliana. Pero ¿quién no tiene a veces pesadillas?





Es evidente que todo el mundo sufre alguna vez un sueño desagradable. Ello es evidente y no es una particularidad mía, especial mía. Salvo ese corto sueño, raras veces he estado más tranquilo».

Abrió la ventana de su escritorio y miró al cielo.

«No, esto no es agradable, mirar el cielo de noche».

Y se retiró. Hay tantas cavidades de estrellas en el espacio. Y luego es difícil no sentir una especie de vértigo. Pero ahora no le tenía miedo a la muerte, sino más bien, al contrario, le habría espantado la idea de vivir eternamente.

Durante unos minutos, Bernardo se quedó de pie pensando en medio de la habitación:

«No hay ninguna razón para pasar los días encerrado en mi casa y sin hacer nada. No hacer nada es tonto y es peligroso; se llena la cabeza de cosas absurdas. Mañana escribiré y saldré a la calle como antes. Iré a las librerías; por las noches iré al teatro. No estoy castigado por nadie, nadie me obliga a quedarme encerrado. Lo malo es que no tengo nada que escribir; estoy completamente vacío. Esta mañana se me ocurrió algo y tuve pereza de anotarlo. Tenía ganas de escribir una cosa, algo más o menos como esto: “Pensar, más que pensar, sentir de un modo orgánico, total, que no debiera existir la existencia, sentir la necesidad de un absoluto vacío”. Esta idea, sobrecogedora, me vino una vez de repente, reflexionando



sobre la muerte y sobre la posibilidad de que la muerte sea solo transformación. Horror. Sentí la desesperación de no poder morir. ¿Qué sentiría un hombre si se le apareciera un dios y le dijera: No puedes morir; pasarán los años, los siglos, los milenios y milenios y no podrás morir? Horror, más vale no pensarlo. Horror pánico de la eternidad.

»Mañana escribiré y daré forma a esta idea. Ahora es tarde, es más prudente no pensar en estas cosas que hacen trabajar el cerebro y desvelan. Debo acostarme, pasar una buena noche para amanecer despejado y con el cerebro claro. No hay nada peor para los escritores que dormir mal».

Pero una vez en la cama, le fue imposible dormir. Miles de ideas, miles de imágenes le cruzaban la cabeza. Daba vueltas y más vueltas desesperado, encendía la luz, cogía un libro y ni siquiera podía leer. A ratos sentía miedo sin saber de qué ni por qué razón. Algo así como un presentimiento imperceptible vagaba en su alma. ¿Presentimiento de qué? Él no habría podido decirlo; lo único que sabía era que una gran angustia vagaba en su alma; a pesar de los optimismos que quería mentirse.

Esa crisis de terror y desesperación ante la idea de la muerte había pasado; por lo menos él así lo creía. Por momentos experimentaba la sensación de haber vuelto a un perfecto equilibrio interno. ¿O sería solo



la resignación ante lo inevitable? Tendido en la cama, miraba hacia el lado del espejo y recordaba las locuras de sus noches de crisis:

«Haberme contemplado muerto, haber sufrido y gozado en la contemplación de mi cadáver... Se necesita ser tonto. Y obligar a la pobre Laura a mirarse rígida, con las manos cruzadas, y luego, insultarla. Se necesita estar malo de la cabeza. Pobre Laura; es una mujer excelente, ¿por qué razón pretender hacerla víctima de mis manías absurdas? Y luego, Susana, molestar a la pobre Susana. Me quedaré sin amigos. Eso no importa; es mejor vivir solo, dejar que el espíritu ahonde en sus raíces y desarrolle sus pensamientos. Es mejor la soledad. Pobre Susana, fui demasiado violento, pero ella tuvo la culpa: miren que decirme sátiro... Estúpida. Eso es ponerse a la altura de una portera. ¿Yo sátiro? ¿Qué tengo yo de sátiro? A ver, dígame usted, doña Loreley, de carnes de agua dura, ¿qué tengo yo de sátiro? Es simplemente una imbecilidad y una maldad. Lo menos que yo tengo es de sátiro. Pobre Susana. Bueno, y por qué no digo: pobre Bernardo. Sería más lógico, puesto que yo no molesto a nadie, y los otros tratan de molestarme a mí. Pobre Bernardo sería más lógico. Pero es natural que me odien, los hombres superiores no inspiran simpatía. Esto he podido observarlo desde niño. Ni mi padre me quería mayormente. Mi madre sí, tal vez un poco más.



Mi madre sí me quería; claro está que me quería. Me sentaba en sus faldas y me besaba la cabeza.

Una vez me castigó y mi padre se rio a carcajadas. Otra vez vi, desde mi cama, en la pieza contigua y oscura, a mi padre que parecía peinarla, pasándole la lengua por los cabellos. Creí que se iba a convertir en caballo y que le comería toda la cabellera como alfalfa, y hasta la cabeza. Grité. Mi padre se enfureció y cerró la puerta. Yo quedé solo temblando de miedo. Pobre Bernardo. Las gentes comprenden bien poco. Y qué odio les inspiran los seres superiores. ¿Por qué razón gritarle sátiro a un hombre de alma limpia y elevada? ¿Por qué razón gritar con tanta facilidad algo tan grave? Decirle a uno sátiro o pensarlo siquiera es una villanía. Decirlo o pensarlo solamente, porque yo sé muy bien lo que piensan, yo veo los pensamientos. Ellos ignoran que hay hombres que leen los pensamientos de los demás sin mayor esfuerzo. Indiscutiblemente, los hombres son malos; tienen bajas intenciones, están llenos de suciedad. Por eso es mucho mejor vivir solo, no mezclarse con las gentes, ni permitir a nadie que se introduzca en nuestra vida... Pobre Laura, ¡qué sensualidad natural, fresca, de potranca! Es inimaginable, inimaginable esa mirada infinita de las mujeres en el amor, esa mirada eterna como la de ciertos muertos, esa mirada al otro lado del mundo».



Bernardo Saguen nunca ha recordado su niñez con simpatía ni con el más mínimo agrado. Tiene la sensación de que muchos peligros le asaltan y se le figura que si pudiera recordar con gusto los años de su infancia, no habría peligros para él.

«Los hombres que recuerdan su niñez con agrado — se dice—, no corren ningún riesgo en la vida».

Luego duda de su afirmación y se pregunta:

«¿Quién puede afirmar semejante cosa? Eso no es seguro. Es posible que así sea, pero no es seguro. Los hombres superiores siempre están asaltados por mil peligros, se les acecha, se les tienta, se les preparan mil trampas. Solo porque son hombres superiores y porque su alta calidad molesta como un desafío constante a los demás o como un testimonio diario de la futesa de los otros».

Es evidente que la persona de Bernardo Saguen creaba una atmósfera especial, elevada y triste a la vez, pero, sobre todo, misteriosa. El misterio inquieta y fascina a las mujeres; de ahí la facilidad de sus conquistas amorosas y esa atracción que producía en ciertos seres; de ahí, también, la repulsión, por lo menos, el alejamiento que tantos sentían ante él. Muchas veces Bernardo había visto trocarse la antipatía o la distancia que inspiraba, en gran amistad o en súbita comprensión y aun admiración. Y no es que su vida fuera misteriosa, sino que su alma



acaso lo era. Por otra parte, no hay que olvidar que es bien difícil vivir junto a personas excesivamente sensibles. Cuántas veces él se había dicho:

«Soy una catástrofe en marcha».

Experimentaba la sensación de ser una catástrofe, solamente porque nadie le comprendía. Ah, si alguien le comprendiera, si alguien alguna vez en su vida se hubiera acercado realmente al fondo de su espíritu. Otras veces le parecía que su verdadero destino era ser un vagabundo. Vagar, vagar por la tierra, por tierras siempre nuevas, desconocidas, y él mismo, no conocer a nadie y ser desconocido de todos. Recorrer países, subir montañas, perderse en la lejanía de caminos interminables. Vagar siempre, vagar en noches estrelladas, cuando nuestros ojos se pierden en el espacio y sentimos que el cielo tiene terror de sí mismo.

XXII

Al día siguiente Bernardo no pudo sentarse a escribir, no tenía ánimo para nada. Estaba terriblemente fatigado y todos sus buenos propósitos se desmoronaban como por encanto, o tocados por una mano diabólica. Sentía rabia contra sí mismo y ganas de burlarse de su propia



persona, de abofetearse, de pegarse contra los muros, hasta sacarse sangre.

Venciendo una enorme repugnancia, salió un momento a la calle. La ciudad había perdido toda su gracia. Era una ciudad seca, que parecía gozarse insultando a los pasantes. No, esta no era su ciudad, su ciudad de antes; esta ciudad hosca no era la misma. Alguien, por medio de un subterfugio infernal, la había cambiado por otra. Corrió a refugiarse a su casa.

«¿Por qué habrá tanta gente en el mundo, Dios mío? ¿Y qué monstruoso prestidigitador cambia de sitio las ciudades de la tierra?».

Bernardo se sentía terriblemente desgraciado. Le parecía que una mala suerte implacable le perseguía. Y, ¿por qué? ¿Qué había hecho para que la mala suerte le persiguiera de ese modo? Esto era injusto y la idea de esa injusticia le indignaba.

Evidentemente, un hombre es siempre víctima antes de ser victimario. La injusticia que creía vivir la irritaba y le desesperaba, porque él no quería ser victimario ni víctima de nadie, y porque no creía merecerla.

Él era un buen hombre, un hombre excelente, perseguido a causa de eso mismo, de ser excelente; perseguido por la incomprensión de todos. Así, sufriendo por cualquier cosa, cómo iba a acercarse a nadie, cómo alguien iba a querer acercarse a él. ¿Con qué derecho iba a hacer partícipes de sus sufrimientos a



los demás? ¿Por qué iba a hacer a otros víctimas de sus propias angustias? Él, un hombre excelente, perseguido por la mala sombra, sin razón alguna.

Se paseaba por su escritorio cuando llamaron a la puerta. En el acto se detuvo en seco y reprimió la respiración como si pudieran oírle respirar desde fuera de su casa.

«¿Quién será? —se preguntó—. Y a mí qué me importa. Sea quien sea no abriré. Estoy muy bien solo. No abriré por ningún motivo».

Se sentó en el sillón y tomó un libro. Al cabo de una página se dio cuenta de que había leído pensando en otra cosa. ¿En qué pensaba? Tampoco sabía en qué pensaba. Andando en puntillas, salió del escritorio, cruzó la sala y se detuvo al llegar a la entrada. Bernardo suponía que si alguien estaba allí, detrás de la puerta, en el descanso de la escalera, él lo sentiría.

«Ya se ha ido, ya no llamarán más».

De un tiempo a esa parte, el timbre eléctrico le ponía nervioso, siempre le sobresaltaba y le irritaba de un modo nada razonable. Se quedó un rato de pie esperando. El oído se le había aguzado increíblemente desde hacía algunas semanas; a veces le parecía que otro sentido mucho más sutil se había agregado a su oído.

«Si hubiera alguien detrás de la puerta yo lo percibiría, oíría su corazón y si no lo oyera, lo adivinaría».



Volvió al medio de la sala y permaneció un rato de pie, debajo de la lámpara, con el cerebro vacío y el pensamiento vago. Oyó voces en la escalera y reconoció los pasos de su vecino del departamento de arriba, un viejo elegante y guapo, que muy a menudo subía con muchachos hermosos, verdaderos Adonis de mirada tonta.

«Es el vecino de arriba, un buen hombre que saluda sonriente. Una vez le sorprendí en la escalera besando a un muchachote. A mí qué me importa. Yo no tengo que meterme en lo que hacen los demás. Cada cual hace lo que le da la gana y así como a mí no me gustan los intrusos ni que nadie se meta en mis cosas, supongo que a él tampoco le gustará que nadie se mezcle en sus asuntos, y mucho menos en asuntos tan privados como esos».

Su vecino de arriba le agradaba más que la vecina del departamento del lado, una cortesana retirada del servicio, que hacía marchar un gramófono prehistórico, durante toda la mañana, tocando los aires más gotosos de hacía treinta años o treinta siglos. ¡Ojalá fueran aires de hace treinta siglos! Esa vieja cortesana le era especialmente antipática, con sus peinados arquitectónicos y su gran nariz huesuda y corva como una rama rota y sus ojillos maliciosos siempre escudriñando.

«Me mete la nariz en el alma —decía Bernardo—.



Y la vieja empleada que la acompaña parece que me sopesara los bolsillos cuando me mira, para saber cuánto dinero llevo. Son realmente repulsivas. Bueno, y a mí qué me importa. No me voy a amargar la vida por dos lechuzas».

Cuando Bernardo pensaba en Laura o en Susana, le asaltaba una gran pesadumbre. Se arrepentía de haberlas maltratado y de sus durezas tan exageradas. A veces, le parecía que las odiaba, entonces trataba de recordarlas fuertemente, recreando sus figuras en la imaginación, reconstruyendo la voz, los gestos, las palabras de sus dos últimas amigas, y advertía que no solo no las odiaba, sino que creía amarlas muy sinceramente. Sabía que sus sentimientos eran contradictorios, se sentía un hombre lleno de contradicciones y se resignaba a ser lo que no podía dejar de ser. Él mismo pasaba periodos de su vida en que se detestaba y otros en que se amaba y se admiraba realmente. Varias veces estuvo tentando de ir a buscarlas y pedirles perdón. Un sentimiento, que él no podía precisar si era miedo o egoísmo orgulloso, le impedía hacerlo. ¿Quería a sus amigos? ¿Había amado sinceramente a alguna de sus mujeres? Casi siempre ignoraba el origen y el desarrollo de sus impresiones, así como su verdadero alcance y su realidad íntima. Frecuentemente flotaba en una especie de inconsciencia que ya le parecía su estado natural.



XXIII

Aquella noche fue algo horrible. Estaba en su cama quedándose dormido, en ese estado indeciso entre la vigilia y el sueño, cuando se despertó sobresaltado y temblando. Había percibido claramente una voz que le gritaba al oído: sátiro. No solo oyó la voz, sintió un aliento de fuego en su mejilla. Bernardo se incorporó espantado. «¡Vieja maldita, vieja maldita! —exclamaba —. ¿Es que ya no voy a poder dormir tranquilo?». Una mezcla de rabia y angustia le ahogaba el pecho. Sudaba frío. Desesperado, hundió la cabeza en la almohada. Las gotas de sudor y sus lágrimas se confundían.

«No, no es posible, no es posible. Una mala perra, una mala bruja no me va a envenenar la vida. No es posible, no es posible. Esto es injusto, es una injusticia. Son estas malas noches las que me están matando. Es esto lo que no me deja escribir ni hacer nada».

Paseó sus ojos por la habitación. «Es una pieza triste ¿cómo no me había dado cuenta antes de que esta pieza es muy triste?». Detuvo su mirada en un clavo que sostenía un cuadro. «Es un clavo demasiado grande para un cuadro como ese. Estaría bien para clavármelo en el pecho y quedarme colgado contra la pared como un murciélago».

Si un momento antes su pensamiento se habría



caracterizado por una gran lentitud, ahora Bernardo pensaba con una rapidez fantástica. Lo que experimentaba en este instante, todo el mundo de emociones que vivía, las sensaciones que lo cruzaban de parte a parte, le hubiera sido imposible expresarlas en palabras. No podía precisar qué era lo que le torturaba, su padecimiento le asustaba y al mismo tiempo le atraía como si su corazón estuviera enamorado de una desgracia futura. Algo se abría camino adentro de su espíritu, algo atraía su corazón como ese clavo atraía sus ojos en aquel instante. Miles de imágenes, miles de palabras y de frases sueltas pasaban por su cerebro sobreexcitado. Entre todas esas visiones se destacaba de pronto, y sin razón alguna, la palabra sátiro. Entonces él creía experimentar un dolor físico como una punzada en algún rincón del pecho y al mismo tiempo sentía cólera y luego un descanso en su tensión nerviosa. Luego tenía la sensación de que una batalla se estaba librando en sus entrañas, muy lejos al fondo de sus entrañas. ¿No sería al fondo de su cerebro? Cómo precisarlo, sería muy difícil, sería casi imposible. Más difícil que precisar por el eco de la noche el sitio de una batalla que se libra detrás de los horizontes. Bernardo tiene miedo al vértigo, siente terror a la idea de que puede verse cogido por un vértigo extraño.

«El espíritu está pronto, pero la carne es flaca — piensa—. Falso, falso. Es el espíritu el flaco y el peligroso,



el espíritu es demoníaco, la carne es bonachona, la carne es una pobre víctima de todas las celadas y las trampas del espíritu. El espíritu discute, el espíritu curiosear, el espíritu ordena y la carne acepta, obedece. El espíritu divaga, crea el vértigo, se aventura, se lanza audaz a través de selvas y mares; la carne, la pobre carne sigue como puede, lenta, obediente, y sale a flote o naufraga detrás de él. La pobre carne insultada calumniada, vejada; la víctima inocente de tanto sorpresivo asalto. Es un error creer que todos esos que llaman grandes santos lo fueron por el espíritu. No, mil veces no, lo fueron por la carne, lo fueron por que el espíritu fatigado o desilusionado dejó a la carne la supremacía, se abandonó, y la carne tomó el bastón de mando. No me cansaré de repetir: la carne es celeste, el espíritu es diabólico».

Bernardo se sentía plenamente satisfecho de sus elucubraciones. Poco a poco sus ideas fueron haciéndose más imprecisas y ya al amanecer cayó en una especie de sopor espeso que se fue transformando en sueño aparentemente tranquilo.

XXIV

El otoño trae estos días así en que alternan los nublados y el sol; dos horas de sol y de repente el cielo se nubla, dos horas grises y luego dos horas azules, casi como en



primavera. Bernardo se paseaba por su escritorio y de tarde en tarde contemplaba el cielo por la ventana.

Durante todo el día una obsesión ocupaba su espíritu, la de ser un hombre antisocial. Esta idea daba vueltas en su cabeza. «Decididamente yo soy un hombre antisocial y Pedro Almora tiene razón cuando dice que ser antisocial significa un desequilibrio y no estar bien constituido espiritualmente. Es una insuficiencia y por lo tanto es vivir expuesto a todo peligro. Pedro Almora había visto bien en el fondo de mi alma. El problema ahora es poder dominar por medio de un esfuerzo de voluntad mi naturaleza, mis repugnancias instintivas y ser un hombre corriente».

«Guerra al individualismo, guerra implacable al yo», se decía Bernardo, pero en lo profundo de su espíritu adivinaba que sería vencido en esa lucha contra sí mismo y que no solo sería vencido sino que apenas si podría esbozar la lucha.

Si algo caracterizaba a Bernardo Saguen, era una especie de ansiedad. Nunca estaba satisfecho, una exagerada inquietud formaba el eje y el gran motor de su alma. Ante una cosa bella pensaba inmediatamente en una cosa más bella, ante una mujer magnífica pensaba en otra que podría ser más magnífica, ante un admirable poema o un hermoso cuadro pensaba en un cuadro más hermoso y un poema más admirable, ante un paisaje o un



mar extraordinario, automáticamente pensaba en un mar y en un paisaje más extraordinarios. Amaba las obras de arte que poseía, más que por ellas mismas, porque le hacían pensar en otras superiores. «Todo lo que veo me sirve para saber que hay algo mejor o que puede haber algo mejor». Esto lo decía muy a menudo y era una de las frases más sinceras que jamás salió de su boca.

Se acercaba a la ventana y miraba el cielo. «No hay que ambicionar tanto —se decía—, el secreto de la vida consiste en vivir, o sea, gozar de cada cosa y de todas las cosas sin pensar en que pudieran ser mejor de lo que son. Ese cielo es magnífico así tal como está. ¡Qué me importa a mí hoy cómo será el cielo de mañana! Pero esto también es absurdo, esto lleva a la vida estática... Y sobre todo, no pensar demasiado. Hay que obrar, hay que entrar en la vida a todo vapor, hay que actuar, modificar la vida, darle nuestra parte de vigor, no de inercia. Pero qué estoy diciendo, la inercia no existe; pensar es mover a otros en un sentido y hacerlos obrar. No todos los hombres tienen el mismo rol en la existencia».

Volvió a pasearse por la habitación. «Debo emplear en algo útil mi etapa sobre la tierra, es preciso que mi periodo de hombre en el tiempo no sea solo una forma vacía que se pasea y se tortura sin razón y sin sentido. Antes decía a mis amigos y me decía a mí mismo: Mantén siempre tu espíritu preparado para las visiones



entre relámpagos. Está bien, pero no basta, es preciso además preparar los músculos para la acción. La vida nos reclama y castiga a los que no acuden a su llamado».

En su desgracia Bernardo no sabía a qué culpar de su situación y de sus inquietudes. A veces le parecía ver la razón de sus aflicciones, otras veces la razón se esfumaba, y se encontraba luchando en la obscuridad o perdido en la niebla. Entonces volvía a su leit motiv: «todo el mundo me odia porque soy un ser superior». Luego después se preguntaba: «¿Pero quién ha dicho que todo el mundo me odia? No es verdad, nadie me odia. Lo que hay es que soy un hombre antisocial, estoy así constituido. Es una injusticia de la naturaleza y ser antisocial es un grave peligro. Sí, es un grave peligro porque la vida nos reclama, nos llama y al que no obedece a su llamado la vida lo castiga, lo tortura, lo martiriza».

Bernardo pensaba que debía volver a su vida de antes. ¿De antes de cuándo? Sí, debe volver a su vida de antes y por de pronto lo primero es buscar a Laura y a Susana y pedirles perdón. Siente unos deseos locos de pedir perdón a todo el mundo, pedir perdón a gritos en las calles, en las plazas, en donde haya más gente. «Pedir perdón de rodillas a todos los hombres, a toda la humanidad.

»Debo ver a Laura y a Susana, debo pedirles perdón. Les escribiré inmediatamente; si me entretengo en



reflexionar, no lo haré; debo escribirles en el acto».

Se sentó en su mesa y escribió dos largas cartas a veces terriblemente literarias, a veces sinceras. Si hubiera tenido la cabeza un poco más firme y más clara, después de leerlas las hubiera roto. No lo hizo así e hizo bien. Se diría que es cierto aquello que afirman los novelistas de que el corazón de las mujeres es insondable o que posee razones que la razón no conoce. A Laura, después de muchas frases sentimentales y huecas, le daba cita para el día siguiente en un pequeño café que él sabía más o menos solitario. A Susana le decía que pronto iría a verla.

Él mismo salió a la calle y fue a depositar las cartas en cada casa. ¿Dudaba tal vez de que llegaran a su destino? Iba casi corriendo, como si tuviera miedo de arrepentirse y de volver atrás.

De regreso a su casa entró a un restorán y comió abundantemente, eligiendo el vino más fuerte. Después de la comida bebió varias copas de coñac. Se le ocurría que así dormiría bien. Y tenía tanto miedo a sus noches de insomnio.

Apenas llegado a su departamento, se acostó. Una sola vez le pareció que iba a oír la terrible palabra, entonces se dijo socarronamente: «estoy borracho». Se dio vuelta para el otro lado y se durmió.



XXV

Al torcer la esquina, Bernardo vio a Laura que entraba al café. Era un buen síntoma, llegaba a la hora exacta. De antemano ya se sabía perdonado. En el mismo instante sintió deseos de volverse atrás, empezó a andar más despacio, lamentando haberle escrito y haberla citado. Sin embargo, no se atrevió a retroceder; entró al café. Laura le recibió amablemente o fingiendo amabilidad como para indicarle con sus actos que no le acordaba mayor importancia. Entonces él sintió otra vez deseos de pedirle perdón. Ella como adivinando sus intenciones, suplicó:

—Nada de explicaciones, estoy muy contenta de verte.

Luego llamó al mozo:

—Claudio, tráigame un Cinzano. ¿Tú qué tomas?

—Lo mismo —respondió Bernardo entre dientes.

El mozo se acercó a la mesa con aire perplejo:

—Señorita, yo no me llamo Claudio, me llamo Antonio. ¿Han dicho dos Cinzanos, verdad?

Laura le examinó fijamente y exclamó:

—Qué barbaridad, llamarse Antonio y es un Claudio perfecto.

El mozo extrañado no sabía qué decir, o si reír o



enfadarse. Optó por reír.

Bernardo cortó secamente:

—Dos Cinzanos.

Laura clavó sus ojos en Bernardo y un sentimiento de profunda simpatía mezclado con tristeza se reflejó en su mirada.

—Estás muy cambiado, tienes algo tan extraño en el rostro, mi pobre Bernardo. Debes sufrir terriblemente.

Bernardo sintió un verdadero disgusto al oír las palabras de su amiga. No era para eso para lo que él había ido allí.

—No creo haber cambiado tanto, ni he tenido por qué sufrir.

—Es verdad, no tienes por qué sufrir, eres un ser tan raro, Bernardo. Ya sé que a los pocos días de nuestra separación partiste a una playa con Susana.

—Efectivamente, así fue.

—Sé qué pasaste unos días muy agradables. Pero ahora no eres feliz. ¿Quieres mucho a Susana?

—Sí, la quiero.

—Entonces ¿para qué me has llamado?

Ante la voz dulce y sin reproches de Laura, Bernardo sintió una honda ternura.

—A ti también te quiero.

—Comprenderás que yo no puedo creer eso, Bernardo.



—Y sin embargo, es así.

—Pero a una tienes que querer más o de distinto modo.

No se puede querer igualmente a dos mujeres a un mismo tiempo.

—Y sin embargo, es así. ¿Quién ha dicho que no se puede querer a dos mujeres al mismo tiempo, y a tres y a cuatro? Los que tal cosa afirman se equivocan.

—Pero entonces no es amor, Bernardo, es otro sentimiento.

—Es amor, puramente amor... Y puede adorarse hasta la locura a varias mujeres a un tiempo mismo. Puede un hombre dejarse despedazar, dejarse matar dos veces, tres veces por tres mujeres diferentes.

—En realidad no te comprendo.

—Sé que no me comprendes.

No había nadie en el café. Ellos eran los únicos clientes a esa hora de la tarde. Permanecieron un rato en silencio. Laura le cogió las manos. Se veía que su cerebro trabajaba y que trataba de encontrar una explicación.

—Siento que tus palabras son sinceras, Bernardo, pero no te comprendo.

Eres un ser tan extraño y estás cada día más extraño.

Bernardo retiró sus manos de entre las manos de Laura.



—No tengo nada de extraño —dijo con un gesto de disgusto—, lo que hay es que ustedes las mujeres no comprenden nada o son muy pocas las que comprenden.

Volvió el silencio. Pasaban gentes por la calle iluminada. Bernardo las seguía con los ojos. Otra vez experimentaba esa sensación de desaliento que le llenaba el pecho. Sentía ansias de irse, de estar lejos, quería despedirse y efectivamente se puso de pie y se despidió. Laura confusa se atrevió a preguntarle quién le esperaba:

—Nadie.

— ¿Entonces?

—No puedo, tengo que hacer. Me es imposible. Otro día nos veremos.

Ahora tengo que hacer y ya estoy en retardo.

¿Qué tiene que hacer? ¿Tiene que volver a su martirio? Tiene que sumergirse en su martirio. ¿Por qué ir a encerrarse en su casa en donde le espera la soledad, en donde le espera la palabra sátiro con un largo cortejo de terrores, en donde le espera toda su angustia? ¿O es que está enamorándose de su tormento?

* * *

Bernardo se pasea por la sala, contempla sus cuadros con ojos vagos. Siente un verdadero terror a la idea de



acostarse. Va al comedor y se bebe media botella de oporto. El oporto, el coñac, su panacea universal. Todo en vano, no le viene sueño y el terror persiste en su pecho. Afuera sopla un viento fuerte. Bernardo escucha pasar el viento que da la vuelta al mundo, y siente ganas de llorar amargamente sobre el pecho de alguien, sobre el regazo de su madre, sobre un regazo que no existe. Recuerda la muerte de su madre, él era tan niño entonces y, sin embargo, pensó: «Un muerto es un poco de eternidad en la casa». Recuerda que esa idea le distrajo y no lloró más en aquel día. Si un muerto es un poco de eternidad, con los muertos el tiempo retrocede un instante y se detiene.

«Nadie me quiere, nadie me comprende».

Sigue aullando el viento. Bernardo se pasea por la sala y al pasar junto al espejo se encuentra frente a un hombre desesperado de soledad.

Una idea horrible se le clava en el cerebro: «Estoy dejando de ser yo mismo». Su cuerpo tiembla como si comenzara a entrar en la agonía.

Apaga todas las luces de la casa y así a oscuras, como si tuviera miedo de mirarse el rostro, se acuesta en su cama resignado a todo.

Cuando la palabra sátiro surgió en su cerebro Bernardo batió la cabeza sobre la almohada con una ansiedad resignada. Él ya lo sabía, ya lo presentía. Era inevitable, no había modo de evitarlo. «Sé muy bien que



esa palabra me persigue y se me figura que de un tiempo a esta parte, todo lo que he hecho, lecturas, paseos, mujeres, viajes, solo ha sido para huir de ella. He querido dejarla atrás y no lo he logrado, no creo que sea posible lograrlo».

Bernardo abre los ojos desesperados en medio de la obscuridad y golpea las sábanas con sus puños. «Sí, lo lograré, no creo que sea imposible, no puede ser imposible. Es una injusticia, es una injusticia. Yo también tengo derecho a un poco de tranquilidad, tengo derecho a pasar una buena noche, a dormir como todo el mundo. ¡Ah, dormir, dormir un año entero, si yo pudiera dormir un año entero!».

Bernardo cree saber ahora que todo lo que ha hecho durante este último tiempo lo ha hecho solo por librarse de la terrible palabra. «Ah, poder dormir un año entero. No importa los sueños que se tenga, soñar con la muerte, sí, soñar y pensar en la muerte; no importa; tener miedo a la muerte, sudar frío de terror a la muerte, no importa. Que todos los árboles sean ataúdes, que cada día sea un ataúd, que cada semana sea un ataúd, que todas las camas y todas las mesas sean ataúdes. Por adentro de cada ciprés veo ascender al espacio una fila de muertos delgados, subiendo, subiendo, llevan el corazón mordido en la boca igual que una lámpara y van subiendo como los pescadores de perlas, que salen a respirar. Al llegar a



la copa de cada ciprés los muertos se deshacen en el aire con un ruido imperceptible, lo mismo que los globos de jabón se evaporan en el cielo. La muerte ¡qué dulce obsesión! Que pasen por mi cerebro todos los entierros del mundo... Cualquier cosa menos esa palabra abyecta, espantosa. Sátiro, sátiro, sátiro. Esta casa está embrujada. Sátiro, sátiro».

Bernardo se sienta en la cama con aire desafiante. Mira hacia todos lados, escruta la obscuridad. La palabra sátiro se desprende entre las otras, se destaca entre sus pensamientos. Ya lo ha visto, ya lo ha experimentado tantas veces. Ahora mismo acaba de constatarlo una vez más, la horrible palabra cobró de pronto algo así como un relieve, se condensó en piedra o en un metal brillante; luego se fue agrandando y llenó toda la pieza, acaso desbordó de ella y llenó todo el mundo.

Rendido de fatiga, dolorido, como si le hubieran apaleado, Bernardo volvió a echar la cabeza sobre, la almohada. Le parecía que la palabra fatal salía de sus sueños profundos, brotaba como un gran árbol del fondo más oscuro de su ser, de un rincón perdido en alguna parte de su alma. A veces le parecía oírla como una voz, otras veces le parecía verla como escrita en el aire ante sus ojos, y frecuentemente ni la veía ni la oía, la sentía adentro de su cabeza, la adivinaba presente en su organismo.



Se revolcaba en la cama y volvía a incorporarse.

«Sátiro, sátiro, regalando chocolates en la calle Valmont. Un gran paquete de chocolates. Inmundo sátiro».

Bernardo creía ver frente a él a la pequeña de la calle Valmont, que le miraba con ojos inmensamente tristes. Luego la niña se esfumaba ante su mirada atónita y aparecía en su sitio la Magdalena de doce años, hija del pescador ahogado. Bernardo se desesperaba. De pronto sus ojos se tornaban nebulosos, su cerebro se enturbiaba, luego se iba en medio de una neblina temblorosa, salpicada de flores. ¡Qué maravilla! Tenía la sensación exacta de ir viajando por una caverna o mejor por una gruta llena de laberintos. Bajaba, mucho y luego veía una luz al fondo de la gruta. Debajo de la luz, una niña de diez años le sonreía y le invitaba a comer chocolates a su lado.

¡Qué hermoso sueño! Si pudiera seguir soñando eternamente al fondo de esa gruta maravillosa.

XXVI

Bernardo se levantó muy tarde. Estaba intensamente pálido. En realidad, es espantoso pasarse toda la noche oyendo la palabra maldita, como si un demonio perverso



no quisiera permitirle un minuto de descanso y se empeñara en torturarlo hasta la locura.

Sin embargo, el pobre hombre despedazado no quería darse por vencido. Aún brillaban en sus ojos algunas resoluciones en medio de su tribulación. «Estoy dejando de ser yo mismo —se decía—. Estoy siendo otro, pero este cambio no me enriquece; siento, al contrario, que me voy empobreciendo día a día. Esto no puede seguir así. Es preciso que vuelva a mi vida habitual. No debo seguir viviendo en esta absoluta soledad. Soy un ser antisocial. Bueno. Hay que dejar de serlo. Todos mis males vienen de que vivo encerrado, pensando, dando vuelta mil cosas en la cabeza, rumiando ideas, frases, palabras, y sin hacer nada. Pensar y no obrar es tener el cerebro vivo y el cuerpo muerto, es, por lo tanto, vivir sobre un cadáver, envenenado por su podredumbre y envenenando a todos los que nos rodean».

Bernardo abre la ventana y respira fuertemente. «Todavía puedo luchar. Todo va bien. ¿Pero por qué debo luchar? ¿Contra qué debo luchar? Me paso diciendo tonterías... No son tonterías, siempre se debe luchar, siempre hay que luchar contra algo... Está bien. Lo primero es volver a mi vida de antes, es absolutamente necesario que vuelva a mi vida de siempre. ¿Qué puede impedirme volver a mi vida de antes? Nada, nada puede impedírmelo... Lo que yo necesito es una mujer de



cierta edad. No una vieja naturalmente, pero una mujer de cuarenta años».

Inmediatamente recordó a Ina, la viuda de un pintor más o menos conocido, una mujer simpática que una vez le había cogido la mano y se la había oprimido temblorosa. Ina era hermosa, tendría unos cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años, reposada, serena, y acaso enamorada de él en silencio desde quién sabe cuánto tiempo. A Bernardo se le figuraba en su angustia que una mujer de edad madura sería una mejor defensa y seguridad para su vida, tal vez a causa de la experiencia que tendría que poseer. Una especie de muro entre él y la desgracia. En su desesperación quería aferrarse a cualquier cosa. Estaba lleno de negros presentimientos.

«Ina, Ina, esa es la mujer ideal para mí. Debo verla hoy mismo; aún conservo su dirección. Hace como un año que no la he visto, pero la última vez que la vi, la invité al teatro y ella estuvo muy amable conmigo... y me cogió una mano. Debo verla inmediatamente, de lo contrario en cinco minutos más habré cambiado de opinión».

* * *

Ina estaba reclinada sobre un diván de terciopelo azul, rodeada de cuadros de su marido (todos los que aún



no había podido vender) como una pastora en medio de sus ovejas. Sus ojos reflejaban una gran bondad y mucha tristeza o aburrimiento. Era la estatua de la bondad esperando eternamente una maldad que le arrancara a su vida monótona y gris. En realidad, no era difícil advertir al contemplarla que toda la bondad del mundo se había refugiado en esa mujer y que no había quedado bondad en ninguna parte de la tierra. Los cuadros de su marido parecían velar la vida de la hermosa pastora como un rebaño de ángeles guardianes.

Frente a ella Bernardo era un niño envejecido, un niño al cual un terrible secreto doblaba las espaldas y apagaba los ojos.

—Hay tantas cosas que nos unen, Ina, tantos recuerdos. Estoy muy contento de verla. He pensado mucho en usted.

La mirada de Ina se iluminó un instante lo mismo que si un relámpago hubiera pasado al fondo de su cabeza.

—Yo también pienso a menudo en usted, mi buen amigo.

— ¿Recuerda esa noche que fuimos juntos al teatro?

— ¡Cómo no recordarla!

—Estaba usted encantadora.

Ina le cogió una mano y se la oprimió dulcemente. Bernardo sentía que su última frase sonaba a falso. Quiso corregirla.



—Es usted una mujer muy especial, posee una atracción suave, pero más real que cualquier atracción violenta.

Bernardo escuchaba sus propias palabras y empezaba a sentir vergüenza de lo que estaba diciendo. Se diría que se arrepentía del paso que había dado. No era que Ina no le gustara, al contrario, le agradaba mucho más de lo que pudo pensar al principio. No era eso, era un sentimiento que no podía precisar, algo así como una irritación contra su propia persona, como una rabia sorda por no bastarse a sí mismo y andar buscando apoyos y defensas como un niño desamparado.

El rostro de Ina se había puesto rosado, casi rojo. Oprimía la mano de Bernardo y se la llevaba a la cara como para refrescarse de un fuego escondido, a esa cara hermosa y triste que vivía esperando una caricia secreta, la llegada del misterio tembloroso. «Es preciso obrar y no pensar tanto», se dijo Bernardo, y la besó en la cabeza. Ella levantó el rostro lleno de infinito y murmuró apretando los dientes y con los labios henchidos:

—No hagamos locuras.

Bernardo le cogió la cabeza entre las manos y le cerró la boca con la suya. Se sentía contento de su triunfo. «Aún soy el mismo. Es indudable que yo debo poseer cierta electricidad especial que atrae a las mujeres y que les debilita la voluntad de defensa. Esto lo he pensado muchas veces... Es indudable...».



El aliento hirviente de Ina susurraba a su oído: No hagamos locuras. Pero sus brazos desesperados estrechaban ferozmente el cuerpo de Bernardo y sus ojos imprecisos se llenaban de inmensidad. Los ángeles guardianes se esfumaban en la pared, el rebaño de cuadros iba palideciendo y perdiéndose a lo lejos, muy lejos.

—No hagamos locuras, Bernardo —exclamó Ina y se desprendió de sus brazos.

—Tiene usted razón, tiene usted razón, ha sido un momento de extravío, perdóneme.

—No tengo de qué perdonarle, yo soy tan culpable como usted. — ¡Ah! Si usted supiera...

Bernardo cortó su frase en seco y miró como asustado alrededor de sí mismo, por las paredes del salón.

— ¿Qué iba usted a decir? —preguntó Ina. — Nada... que realmente no debemos hacer locuras.

Ina le observó un momento, le pareció advertir algo extraño en él, pero no se atrevió a decírselo.

—En realidad, ¿no le parece un poco feo, Bernardo, todo esto así tan de repente, después de tanto tiempo que no nos veíamos? Las cosas toman una apariencia un poco animal, ¿no le parece?

—Eso no, amiga mía, lo animal existe en el amor y es lo más hermoso del amor... ¿Qué estoy diciendo? Tiene usted razón, el amor no debe tomar ese aspecto de un simple deseo animal, demasiado súbito y exigente.



Ina se levantó y le oprimió las manos con ternura.

—No ponga esa cara compungida, no es para tanto.

Si quiere usted nos veremos mañana. ¿Qué le parece?... Muy bien, cenaremos juntos e iremos al teatro. La pasaré a buscar a eso de las siete.

Al despedirse, él iba a darle un beso en la frente y no se atrevió; le besó las manos. Ella en cambio le acarició las mejillas.

* * *

En la calle, Bernardo iba lentamente, retardando el paso. Experimentaba un real terror a la idea de volver a su casa, de entrar a su pieza, de acostarse; le asaltaban deseos de vagar toda la noche como si en su casa le aguardara el suplicio. En su imaginación veía su lecho como una de esas cámaras de tortura de la Edad Media.

* * *

«Valor, valor. Debo tener valor y volver a mi vida de antes... O crearme una nueva vida mejor. Entrar en el mundo, tomar contacto con la humanidad, mojarme en el agua de mi siglo. Soy un egoísta, un solitario, y esto no es posible. No es posible este vivir, como un buzo adentro



de una campana de acero impermeable y aisladora. Es preciso cambiar mi modo de vivir. Verdaderamente es ridículo. Mi vida; la vida de un misántropo absurdo

que tiembla ante la realidad, incapaz de soportar la vida real. Un pelele fácil a la derrota y al abatimiento, y más débil cada día por no afrontar los hechos, por huir, por vivir encastillado. ¡Ah!, es preciso matar en mí esta hipersensibilidad asquerosa. Y para ello es preciso cambiar de vida».

XXVII

La noche no había sido tan terrible como lo presentía. La imagen de Ina y de todo lo que había pasado y visto en casa de su amiga le ocupó largo rato. Luego sintió una dulce fatiga y se durmió profundamente. No era para menos después de tantas noches de insomnio, después de esas interminables horas de angustia de los días anteriores.

Despertó cerca del mediodía, y se vistió, sintiendo largas rachas de optimismo que le embargaban el alma. Pensaba que ante todo él era un escritor, que no debía olvidar que era un escritor, y especialmente, que debía volver a su vida de antes.

Se dirigió a su escritorio. Abrió grandes las ventanas.



«Que entre el aire y el sol, que barran todos los malos miasmas y los fantasmas de esta casa taciturna».

Ahí estaba sentado, frente a su papel, Bernardo, el gran escritor; ahí estaba debatiéndose en un mar de luces

fugitivas y difíciles de coger con las manos. No se le ocurría nada, no tenía nada que decir; nada.

«Soy un impotente, soy un fracasado —pensaba—. Mi vida de escritor: ni siquiera diez páginas. Es para morir de la risa».

Hizo un gesto tan amargo, que no tenía nada de risible.

«Bueno, bueno, no voy a desesperarme por tan poco. ¿Cómo tan poco? No voy a desesperarme ahora, no tengo por qué desesperarme todavía. Debo volver a mi vida de antes. Debo salir a la calle, debo ir a comprar cuadros, a comprar libros. Debo vencer esta especie de repugnancia que siento, esta antipatía estúpida a mis antiguas costumbres, a mis tiendas de cuadros, a mis viejas librerías. Es una antipatía bien tonta. Iré hoy mismo a recorrer mis anticuarios, mis librereros y mis baratillos».

No fue, no se movió de su casa en todo el día, hasta las seis y media de la tarde, hora en que se dirigió a casa de Ina. ¿Por qué iba tan temprano, cuando no comerían antes de las ocho? Verdaderamente, no sabía por qué



tenía tanta prisa por llegar a casa de su amiga, y no se le ocurrió preguntárselo. Acaso no había ninguna razón, sino solo que se aburría y no tenía otra cosa que hacer. Su pensamiento empezaba a ponerse nebuloso. Sintió miedo y apresuró el paso. Poco antes de las siete entraba

al departamento de Ina. Todo le pareció terriblemente lejano. La pastora estaba en medio de su rebaño, con un cayado invisible en la mano. Un perro debía ladrar sobre sus montañas. Bernardo se detuvo y oyó la voz distante, frente a la luna naciente:

—Sabes, he preparado la comida en casa para los dos. Cenaremos y luego iremos al teatro.

Estaba dándose cuenta de que Ina le había tuteado cuando esta le estrechó en sus brazos y le besó en la boca. ¡Cómo debían ladrar los perros en la montaña! Bernardo advirtió que su cerebro volvía a tornarse impreciso, turbio, que se le iba, que se le iba y que había que sujetarle. Era preciso aferrarse con ambas manos a la realidad. Un instante miró a la pastora y vio que estaba casi desnuda debajo de una bata de terciopelo verde.

«He aquí la bondad —pensó—, he aquí la virtud como una gran culebra escondida entre el pasto verde, acechando el paso del mal para no perder la oportunidad».

La besó con todas las fuerzas que le inspiraba una profunda lástima y el deseo de fijar su pensamiento en



algo absolutamente preciso. Sintió sus senos, sintió sus pestañas nerviosas y el palpitar desesperado de ese pobre corazón que salía a flote en medio de un mar de tinieblas, y desde el fondo de la resignación.

«He aquí que la pastora es un prado verde».

Bajo la luz de la lámpara el hombro desnudo de Ina,

asomando entre el cuello caído de la bata, tenía un reflejo especial, tal vez a causa del terciopelo verde; parecía un trozo de piel injertado para cubrir una herida rosada. Lo rosado se transparentaba y se veían también, por transparencia, las preciosas venillas azules.

«He aquí que la pastora es un prado verde».

Ina le apretaba entre sus brazos. Bernardo sintió ansias de tenderse sobre el prado, de morir entre los árboles del prado, estrujado por las raíces o las ramas de los árboles. Cogió todo el prado entre sus brazos y lo arrastró hasta el diván de la pieza vecina. La hermosa pradera verde en medio de la noche y del silencio. La hermosa pradera temblaba con pequeños sobresaltos, como si la tierra estuviera agonizando.

Cuando ambos despertaron, era pasada la medianoche. Entonces la pradera dijo:

—Si eres feliz, Bernardo, si estás contento de mí, seré la mujer más dichosa del mundo.

Pero ¿en dónde está Bernardo?



Bernardo oye y piensa:
«¿Mujer? Vaya, he aquí que el prado verde ahora se cree mujer».

¿Qué debe contestar?

—Claro que puedo ser feliz. Las praderas siempre me han encantado, y la sombra de los árboles y el rocío y el murmullo profundo del agua.

Ina llora dulcemente, evitando el más mínimo sollozo; llora en silencio, tal vez porque él ha hablado de rocío y de aguas profundas. Y porque ella tiene un corazón demasiado tierno o porque ha vivido en la soledad, durante tanto tiempo, y tiene ansias de salir de la soledad, o porque tiene miedo de salir de la soledad o porque hace muchos años que aguardaba a este hombre en silencio.

Bernardo busca con una mano la lamparita sobre el velador. Con su otra mano le acaricia la espalda desnuda y se queda pensando:

«No es un prado verde, es una mujer. Y esta no es mi casa, es la casa de Ina, y voy a pasar la noche en ella. Es una experiencia por hacer. Debería agradarme estar fuera de mi casa, y, sin embargo, no me agrada, siento que preferiría estar en mi pieza, expuesto a mis malas noches. Es bien absurdo, pero hay que confesarlo, es así. ¿Qué es lo que tanto me atrae en mi casa? Vaya uno a saber. Ina tiene un pequeño círculo en la espalda, un círculo



muy cálido, como una aureola diminuta, justo, detrás del seno derecho. Tal vez iba a ser monstruo y a tener el seno en la espalda. Ese es el sitio del pezón. ¿Cómo habría podido alimentar a una criatura? ¡Qué gracioso! Ina es buena, es una mujer excelente, me está arrullando y acariciando, como si fuera una madre..., desde hace cierto tiempo todas las mujeres se ponen maternales conmigo. Me arrulla como una madre, pero siento que preferiría estar en mi casa aun expuesto a mis horribles noches. Sátiro, sátiro. ¿Ves? Ya está, ya está, en todas partes es lo mismo; bastó que pensara en mis horribles noches y la palabra imbécil saltó. Todo es inútil».

Bernardo se estremeció. Ina, creyendo que sentía frío, le cubrió el cuerpo con las mantas y se echó sobre él. Bernardo pensaba que todo sería inútil, que aun debajo de la tierra la palabra fatal le asaltaría cuantas veces le diera la gana a ella, a la palabra misma, asaltarle y molestarle. Ina adivinaba físicamente que una ola nerviosa se paseaba y crecía adentro del cuerpo de su amigo. Sentía miedo por él y le entraban ganas de hablar en voz alta para ahuyentar algo, los sentimientos tristes, los pensamientos negros que presentía en el hombre su sensibilidad de mujer.

—Nuestras madres eran unas santas y nosotros no lo somos y nuestras hijas lo serán aún menos —murmuró Ina con voz doliente.



¿Por qué había dicho esa frase tan tonta y tan gratuita? Bernardo abrió los ojos, la quedó mirando y apagó la luz. Ella le besó la cabeza y siguió hablando.

—Te pregunté antes si eras feliz. ¡Qué tonta soy! Nadie en el mundo es feliz. Mi padre decía que había sacado la cuenta exacta; casi nadie es feliz más del quince por ciento de los días de toda su vida. En nuestra

familia fuimos desgraciados, nuestros padres no se entendían y la vida no era nada agradable entre nosotros. Mis padres se separaron cuando yo tenía catorce años y mi hermana mayor quince. Según mi madre, mi padre se había enamorado de otra mujer, según mi hermana se había aburrido del carácter de nuestra madre. Mamá decía que lo que había hecho papá era una injusticia. Yo pensaba para mis adentros: la palabra injusticia no tiene nada que ver en este asunto, no es aplicable a estas cosas. Si papá se ha enamorado de otra, ¿qué tiene que hacer aquí la justicia o la injusticia? Pero lo más absurdo en mamá es que quería castigar a papá por todo y a cada instante o en cada ocasión. Nos prohibió verle contra todos los derechos y contra toda lógica.

Bernardo oía como entre sueños el runruneo de Ina, pero se daba cuenta perfecta de todo lo que decía.

—Debe ser bien poco inteligente tu madre — irrumpió de pronto.



—Pobrecita. Acaso no era inteligente, pero era una santa. ¡Ah!, si hubiera tenido un poco más de prudencia, ella habría contado con su quince por ciento de felicidad.

—Estás equivocada, Ina, los seres que viven en una obsesión, que viven para vengar algún dolor o castigar a alguien o cualquier cosa por el estilo, son los únicos que sobrepasan tu quince por ciento y aun el veinte por ciento de la felicidad. ¿Y sabes por qué? Porque viven en la distracción, o sea, en la preocupación.

—Mi padre debió haber sufrido mucho, o tal vez no sufrió debido a su gran fuerza de voluntad, pero seguramente tampoco fue feliz. Después, cuando nosotras, ya grandes, quisimos verle, él no quiso, dijo que éramos unas infelices que nos habíamos dejado someter y dominar por órdenes canallas y que no valíamos la pena. Cada vez que pienso en nuestra mala conducta con papá, lloro y le pido perdón como si pudiera oírme. Nadie es feliz, Bernardo, unos por una razón, otros por otra, nadie es feliz. ¿Y sabes tú cuál es el secreto de todas las desgracias? Que no hay humildad, Bernardo, que no hay humildad. De incomprensión en incomprensión mamá iba alejando a nuestro padre de su lado, y luego nosotras, sus hijas, siguiéndola a ella, sin razón alguna, de incomprensión en incomprensión nos alejamos también de él. Ha hecho bien nuestro padre en



no querer vernos jamás. Realmente no valemos la pena de reanudar una intimidad cortada de un modo tan vulgar, por tanta incompreensión y por nuestra falta de carácter para haber dicho a mamá: no tienes derecho a pretender obligarnos a participar de tus odios. En el fondo de todo, amigo mío, solo había falta de humildad y siempre hay falta de humildad en el fondo de las desgracias. Pensar que por falta de humildad somos capaces no solo de envenenar las vidas ajenas, sino también nuestra vida. Y qué cosa más absurda que pretender castigar a alguien porque no nos quiere. Es inimaginable ¿verdad? Querer castigar a alguien porque no podemos entendernos con él, porque no nos comprendemos ¡es increíble! Yo sé que tú estás pensando que mi madre debe ser una tonta o un espíritu vulgar. No, no es eso, Bernardo, es una persona corriente, como todo el mundo, no es eso, es la vanidad, la terrible vanidad ¿comprendes?, la vanidad. Eso sí, pienso una cosa y es que el sufrimiento nos hace buenos. La felicidad puede hacernos malos. Yo sé que tú eres bueno y sé que eres bueno porque sufres.

— ¿Quién te ha dicho que yo sufro? —exclamó Bernardo, con voz apagada.

—Yo sé que sufres y que sufres mucho. Lo leo en tus ojos.

—Sufro y gozo como todo el mundo, no sufro más que cualquier otro.



Bernardo volvió a sentir el temblor frío que le recorría el cuerpo. Ina sin saber por qué, empezaba a llorar y le cubría de besos. Esto irritaba a Bernardo, que escondía el rostro bajo la almohada. Ina lloraba por lo que él debía sufrir y por lo que todos los humanos sufren. Sus lágrimas lentas caían sobre el universo que no tiene salvación posible ni puertas amplias hacia la luz del sol.

—Bernardo, mi buen amigo —murmuró Ina—, pasado mañana vendrá a verme mi hijita, vendrá del campo en donde vive con sus abuelos, los padres de mi marido, vendrá por una semana. Te suplico gran cuidado en no mostrar ante ella ni la menor confianza conmigo. Es increíble cómo los niños adivinan.

Bernardo salió de debajo de las ropas como del fondo de un horno.

— ¿Pero qué dices?, ¿tienes una hija?

—Creía que lo sabías. Tengo una hija que va a cumplir diez años.

—Tienes una hija. Puedes creerme que lo ignoraba. No tenía idea, no se me habría ocurrido.

Bernardo saltó de la cama y empezó a vestirse apresuradamente.

— ¿Qué hora es, Ina? Debe ser terriblemente tarde, mejor dicho, ya debe ser temprano... Ya va a amanecer sobre el prado verde.



Ina le quedó mirando con insistencia:

— ¿Qué te pasa? ¿Estás disgustado conmigo?

—Qué ocurrencia, qué ocurrencia. ¿Por qué voy a estar disgustado contigo? ¡Qué barbaridad! Ya pronto va a amanecer, y el teatro y nuestros proyectos, nada, nada.

Ina salió en bata a acompañarle hasta la puerta.

—Mañana iremos al teatro, Bernardo, ¿qué te parece?

—Eso es. Mañana sin falta iremos al teatro. Mañana a las siete pasaré a buscarte.

Una vez en la calle, Bernardo se fue repitiendo todo

el camino: ¡Qué cosa más absurda tener una hija! A quién se le ocurre tener una hija. Qué cosa más tonta. Pero qué estúpida, tener una hija.

En aquel instante sintió una especie de terror invadir todo su cuerpo, una especie de terror mezclado con un enorme pesimismo. Entonces advirtió que iba andando casi pegado a la pared, que se deslizaba como una sombra o como alguien que quisiera esconderse. En el acto se colocó al medio de la vereda. Anduvo vagando por las calles sin rumbo fijo y dos veces se encontró frente a la puerta de su casa y no quiso entrar.

Adivinaba que le esperaban momentos de angustia en su habitación, sabía que le sería difícil poder dormir o reposar siquiera unas pocas horas. Pero ¿por qué



experimentaba ese sordo rencor en contra de Ina? Y luego se repetía sin cesar:

«¿Por qué fui a casa de Ina? ¿Quién me obligaba a ir? ¿Fui a su casa impulsado por una necesidad espiritual o fue una necesidad física la que me impulsó a ir a verla? Estaba bien en mi casa, solo, solo como un perro en mi casa. ¿Por qué razón quise salir de mi tranquilidad?».

Andaba, andaba como un sonámbulo. Varias veces presintió que la gruta misteriosa, la gruta de los laberintos y las estalactitas luminosas que había visto tan palpablemente en sueños, pocas noches atrás, podía otra vez formarse de repente ante sus ojos o al fondo de

su cerebro. La gruta maravillosa con esa chica de diez años o con la hija del pescador sentada al fondo, en el último laberinto, comiendo chocolates y haciéndole señas debajo de una luz amarilla. Andaba, andaba como un caballo sonámbulo, perdido bajo la luna.

Bernardo sabía que una sola palabra o una frase pronunciada sin querer o una visión repentina, podía arrancarle al tiempo y al espacio, sacarle de este mundo de volúmenes y colores, burlar las leyes de la atracción y del equilibrio y transportarle a otro mundo infinitamente superior y más libre, pero también más peligroso que este.

Andaba, andaba como si sus pies tuvieran intenciones



que su cabeza desconocía. De pronto, se sorprendió exclamando:

«¡Dios mío!, ¿qué va a ser de mí?».

Le pareció tan insólita su exclamación que se detuvo un instante y contempló el cielo. Ya había aclarado y algunos primeros transeúntes cruzaban por las calles. Él seguía su ruta sin rumbo, su ruta de animal atormentado, de caballo sonámbulo, de perro suelto. De cuando en cuando oía su voz y se detenía como para oírse y comprenderse a sí mismo y para explicarse sus propias frases o mirarlas dibujadas en el aire.

«El esqueleto del invierno» —repetía y se paraba en seco como un ebrio que no quiere hacer zigzags en la

vereda. Luego se decía:

«Es preciso que arregle bien mi cama en la eternidad».

Sentía un terror frío que le bajaba por la espalda y volvía a apresurar el paso.

Las tiendas abrían con grandes estrépitos, abrían casi simultáneamente como si una varilla mágica tocara sus cortinas metálicas o como si una voz oculta hubiera lanzado al aire el misterioso Sésamo.

Bernardo pensó en Ina. «¡Qué absurda mujer!».

Algunos pasantes miraban extrañados a ese transeúnte solitario como si no le reconocieran o como si



no tuviera cara de ser uno de ellos, de ser un transeúnte de esas horas.

Él era el nuevo pasante, el extranjero de la mañana.

«¿Qué tienen que mirarme estos imbéciles? Impertinentes, curiosos. Que se vayan al diablo».

Vio una dulcería abierta y entró sin saber por qué. Compró un gran cartucho de chocolates. Solo al salir, y ya en la calle, se dio cuenta de su acto y recordó:

«Mañana llega la chica de Ina. Pobrecilla».

Le pareció sentir una gran pena en el fondo de su alma y advirtió que ahora marchaba resueltamente hacia su casa.

«Tener una hija, ¡a quién se le ocurre! Pobrecilla. Ella no es culpable, es la madre la culpable».

La portera barría la entrada de la casa. Al verla, Bernardo se estremeció involuntariamente y quiso esconder el paquete de chocolates. Dominó su gesto inconsciente y se dijo:

«No es un crimen comprar un paquete de chocolates».

La portera le saludó entre amable e inquisidora.

«¿Qué me mira tanto esta estúpida? No es un delito comprar chocolates».

Sentía una rabia feroz y habría querido arrojar el paquete al medio de la calle o, tal vez mejor, dar de golpes a esa intrusa hasta dejarla sin sentido.



«Yo tengo la culpa. ¿Quién se mete a comprar chocolates? Y sin ninguna razón y sin haberlo pensado siquiera, pues a mí no me gustan y no tengo a quién regalarlos. Vamos a ver, imbécil, ¿por qué has comprado hoy estos chocolates?».

—El señor tiene cara de enfermo —exclamó la portera con tono amable—, hace tiempo ya que le noto cara de enfermo.

«¿Qué me querrá decir esta hipócrita?» —pensó Bernardo.

—Pues no, no estoy enfermo. Estoy perfectamente bien.

—Ayer tarde estuvo un caballero a preguntar por el señor, y me aseguró que le habían dicho que usted estaba enfermo.

Bernardo apretaba el paquete contra su pecho, y sus ojos se tornaban indefinidos.

La portera seguía repitiendo:

—Debería ver un médico, señor Saguen. Debería ver un médico.

Bernardo se puso intensamente pálido, sus ojos parecían clavados en un punto distante. Oía las palabras monótonas de la mujer, como pronunciadas muy lejos, a leguas de distancia. De pronto, entre él y su portera se interpuso la gruta maravillosa. Se abrió la puerta del laberinto, de par en par, invitadora.



— ¿Qué tiene, señor Saguen? ¿Qué le pasa?

Bernardo sonreía en otro mundo muy hondo, muy hondo y muy bello, entre galerías de ónix y estalactitas iluminadas como llenas de estrellas interiores. La pobre mujer, espantada, le cogió de un brazo, pues le vio vacilar y creyó que iba a caer al suelo o que tal vez había bebido algo más de lo conveniente y se sentía mal. Así, del brazo, le ayudó a subir al primer piso y, luego de un breve descanso, al segundo. En el segundo piso, Bernardo se sacudió violentamente como despertando de un sueño, miró para todos lados, se desprendió del brazo de su portera y sin ni siquiera darle las gracias siguió subiendo hasta llegar a su puerta. Entró en su casa y al cruzar la sala lanzó sobre la chimenea el paquete de chocolates, lo lanzó con todas sus fuerzas, como si hubiera querido romper el espejo con una piedra. Llegó a su cama y se tiró sobre ella boca abajo, sollozando, convulso, ahogándose porque cien tenazas le oprimían la garganta.

XXVIII

Pobre animal desamparado, pobre ser sin defensa, cansado de luchar. ¡Ah!, tener un momento de reposo, andar como todo el mundo, dormir como todo el mundo,



comer como todo el mundo. Bernardo Saguen está decidido a vivir tranquilo, solo en su casa, absolutamente solo. Él no necesita de nadie y cada vez que ha ensayado hacer vida común con alguien, la experiencia ha fracasado. Naturalmente podrá salir a la calle, pero sin mezclarse con nadie y sin permitir a nadie que quiera mezclarse en su vida.

Bernardo medita sobre sí mismo, o cree meditar y se dice:

«Es una profanación meterse en la vida de otro. ¿Por qué quieren profanarme?».

Un pudor irritado se apoderaba de todo su ser cuando alguien pretendía abrir un tragaluz para mirar el más mínimo rincón de su alma. Está resuelto a vivir solitario y encastillado; sin embargo, tiene miedo a la soledad. La soledad le atrae y al mismo tiempo le asusta y esta es la lucha que se libra en el fondo de su alma. Para vivir en la soledad tiene allí una magnífica biblioteca, tiene magníficos libros en fila, esperando sus órdenes, a su servicio. La soledad no existe, piensa, cuando un hombre tiene riqueza espiritual. Se vive acompañado de un mundo de pensamientos, de ideas y de visiones maravillosas.

A pesar de todas sus reflexiones y sus intentos por convencerse de su preferencia por la soledad, Bernardo experimenta un secreto terror. Vuelve a sentir que algo



en él está muriendo, que algo cambia o se transmuta en otra cosa, siente que algo suyo se va y que no puede retenerlo. A veces experimenta la necesidad de palpar los muebles, de tocar las paredes, y en sus ratos de lucidez esta necesidad le espanta. Otras veces se sorprende exhalando frases cuyo sentido ignora:

«A las seis de la tarde debe tener ojos de seis de la tarde».

¿Por qué ha dicho semejante frase? ¿Qué significa esa frase? Otras veces exclama entre lágrimas:

«Qué esqueleto tan pequeño; me cabe en el bolsillo».

Entonces mira en torno suyo y se sonroja al pensar que puede aparecer como un infeliz trastornado a los ojos de cualquiera, si cualquiera le escuchara. Otras veces, cerrando los párpados y como dormido, repite sin cesar:

«Una llave como un cuchillo».

Se pone a pensar en una selva, una inmensa selva en el Brasil. Perderse entre los árboles, no encontrar un alma durante semanas y semanas, meses y años. De pronto los árboles empiezan a hablar y él comprende su lenguaje y no tiene miedo, porque los árboles son buenos, no son maliciosos ni ocultan intenciones contrarias. Los árboles hablan, hablan entusiasmados, hablan sin descanso, después de tantos siglos que querían hablar. Y él va solo, absolutamente solo, andando por la selva y siente el orgullo inmenso de su soledad.



Hay que vivir aislado y magnífico como un rey leproso.

Aquella tarde, después de muchas reflexiones, el solitario empezó a sentir la necesidad nerviosa de moverse, de hacer algo, de distraerse. Iba a la ventana y miraba largo rato el paso de las nubes o de algunos pájaros perezosos. Daba vueltas un papel entre sus dedos y lo doblaba en diferentes formas, cambiaba las sillas de su sitio habitual, corregía el nivel de los cuadros, contaba los automóviles que pasaban por la calle. Mil cosas inútiles y sin razón alguna, mil actos sin control. ¿O acaso quería olvidar que a esa hora precisamente debía ir a buscar a Ina, a quien había invitado al teatro por segunda vez? Si era eso lo que deseaba, logró su objeto, pues no recordó su invitación hasta ya tarde en la noche.

«Bueno —se dijo—, me ha esperado horas de horas, vestida en gran toilette, lista para salir. ¡Cuánto me alegro! Que espere, que espere hasta el fin del mundo». Dio una vuelta sin objeto por todas las piezas de su departamento, luego se acostó, y empezó la horrible lucha contra las tinieblas. Cada vez que acomodaba la cabeza en la almohada para dormir, surgía en su cerebro la palabra fatal:

«Sátiro, sátiro, eres un sátiro y sabes muy bien que eres un sátiro; en vano tratas de engañarte o de ocultártelo a ti mismo, eres un sátiro».



Cuando cerraba los ojos se encontraba en la gruta maravillosa, con las estalactitas iluminadas y la niña sonriente invitándole a comer chocolates a su lado. Se golpeaba la cabeza, jadeante, sudaba frío, se revolcaba en el lecho, gemía, se lamentaba, lanzaba tremendos insultos al aire y al silencio de la noche. Al fin caía sin fuerzas, hecho un harapo en brazos de la derrota.

Y así el alba aparecía, empezaba a levantarse en el horizonte como la bandera del universo sobre los cuerpos caídos, sobre el cuerpo palpitante del anónimo vencido, la víctima de la noche, respirando por todas sus heridas, sin conciencia de la realidad ni aun de su tragedia.

XXIX

Una gran timidez se había apoderado de su persona. Su mayor anhelo era no despertar curiosidad en nadie, deslizarse como una sombra, no hacer ningún ruido en el mundo, ser el silencio del universo.

La soledad no le contentaba, le parecía poco. ¡Ah!, si hubiera algo más desierto, algo más solo que la soledad, algo así como un eclipse total de la persona en un



corredor obscuro entre la vida y la muerte. Por momentos experimentaba un deseo intenso de morir y otras veces era tal su abatimiento que le parecía no tener fuerzas ni para anhelar la muerte. La fatiga de pelear contra las tinieblas es algo atroz. Había momentos en que creía que se iba a erguir como un atleta y a desafiar las tinieblas, y otros momentos en que deseaba abandonarse resignado a cualquier cosa y esperar que viniera lo que viniera. Hay que resignarse a todo, aun a lo más tremendo. Hay que resignarse a la resignación.

Tenía la sensación de ir andando a tientas. Ansiaba el silencio y la noche le cubría como una ola con un ruido extraordinario; le zumbaban los oídos y creía que iba a perder la razón, que ya pronto iba a volverse loco, y que él no se daría cuenta al entrar en la locura. Acaso ya estaba loco. ¿Cómo puede saber un hombre en qué instante pasa de la razón común a la locura?

¡Ah!, ir andando solitario por una selva del Brasil, oír cantar los pájaros, oír rugir mil peligros ocultos, estar al borde de mil trampas en medio de una selva. ¡Qué panorama ansiado! Todo, todo es preferible a esta lucha opaca con un fantasma que se escurre y se deshace.

Los proyectos de su vida de escritor, su ridícula vida de escritor, los proyectos de volver a una época apacible y corriente, sus amores de diez días, sus anhelos de viajar, de distraerse, todo se ha ido desmoronando como



al mandato de una voz diabólica. Hay instantes en que cree estar viviendo una pesadilla, instantes en que le sería imposible decir dónde empieza y dónde termina la realidad. No; mil veces no. No puede ser él esclavo de una alucinación absurda.

Durante días y días la pesadilla atroz no le deja un instante de reposo. Se le figura que va andando por el mundo como un ciego, como un sonámbulo con los ojos cerrados porque alguien le ha ordenado cerrarlos; y él, tan estúpido, obedece. El agujero de la cerradura de una puerta le parece un peligro horrible: por allí entrará la pesadilla, por allí se escapará la realidad. Sin embargo, hay otras horas en que cree amar su tortura, horas en que el reposo del alma le parece despreciable.

«Pero esto es ilógico, es irracional. No, no; que venga el reposo, un día, un instante de reposo. Sea como sea, que venga el reposo».

Entonces vive en espera de un milagro, de lo extraordinario que podría pasar, que debería pasar en cualquier momento. Por ejemplo, una catástrofe enorme, un terremoto y que se hundiera la ciudad con todas sus casas, sus paseos, sus habitantes y sus angustias. ¡Qué maravilloso! ¡Qué salvación y qué libertad de tanta emboscada y de tanta perfidia!

Pero ¿quién ha tendido esa gran cortina espesa ante sus ojos? ¿Por qué no ve sino obscuridad ante él y en



torno suyo? ¿Y por qué cambia con tanta facilidad, por qué se deja cambiar, por qué su alma pasa de un estado a otro con tal docilidad?

En sus momentos de lucidez le parecía encontrar algo nuevo en todas las cosas, un sentido imprevisto o no visto antes, como si fuera otra persona la que mirara por sus ojos. Entonces pensaba que le estaban matando, que alguien le asesinaba y tomaba su cuerpo y que debería morir en silencio y en el más apartado rincón de la obscuridad.

«Me están matando —se decía—, siento que me están matando y yo me dejo matar, más aun, creo que me agrada el sentir que me están matando. En las mañanas, el espejo me dice todo lo que va muriendo en mí, todo lo que murió en mí el día anterior».

* * *

Serían más o menos las cinco de la tarde cuando Bernardo salió a la calle. Había tenido que hacer un esfuerzo para despegarse de sus paredes, pero logró vencer. La portera se quedó mirándole alejarse y movió la cabeza en signo de desaprobación de algo que ella debía haber pensado o tal vez solo en señal de lástima.

A los pocos pasos que había andado, vio una gitana que se dirigía a su encuentro llena de cintas y chales



multicolores como si viniera arrastrando un arcoíris desde el fondo de lejanos horizontes y viejas leyendas. La gitana le llamaba con grandes gestos salidos de quién sabe qué siglos y qué regiones tenebrosas como sus ojos. Bernardo giró sobre sus talones y huyó acelerando el paso, volvió a su casa, a esconderse al fondo del último rincón. Sentía verdadero terror ante la presencia de aquella mujer, de aquella bruja sonriente y gesticulante. Era lo único que le faltaba: abocarse con una bruja.

Sin volver la cabeza por ningún motivo, desanduvo el camino recorrido y se metió en su casa como si le persiguiera el demonio en persona. La portera volvió a mirarle pasar y volvió a mover la cabeza en señal de lástima.

«¿Qué me mira tanto esa mujer idiota?».

Hacía días que Bernardo notaba que los vecinos le miraban con cierta curiosidad y con cierta insistencia. Esto le daba rabia y le ponía excesivamente nervioso.

En fin, ya estaba en su departamento. ¡Y qué bien se está solo entre sus paredes!

* * *

¿La angustia es una invención del hombre o el hombre es una invención de la angustia?



Bernardo sabía perfectamente que su amigo Pedro Almora no le habría permitido semejante pregunta.

«Frasas de hombre sin rumbo, de hombre escéptico y gastado, habría rugido Almora, frases de hombre aplastado por una sociedad injusta, desequilibrada y contradictoria». «Despierta, amigo —le habría gritado Pedro Almora—, despierta y marcha con nosotros, ven a luchar y sanarás de todos tus males, pues tendrás un inmenso ideal que servir y por el cual trabajar con entusiasmo, con ese único entusiasmo que produce el saber que se va por el camino verdadero».

Bernardo cogió el tomo primero de Los libros proféticos de William Blake, y lo abrió al azar. El azar le señaló con su dedo misterioso esta frase al comienzo de la página:

«Aquel que desea y no obra, engendra la peste».

Bernardo se quedó pensando, y una triste sonrisa afloró a sus labios. Maquinalmente su cerebro repitió varias veces la frase, modificándola un poco sin darse cuenta

«El que sueña y no actúa, engendra la podredumbre. El que vive en su torre de marfil es un muerto que respira».

¿Y qué hacer, qué hacer si no se tienen fuerzas para luchar, ni deseos de luchar, ni creencias fuertes para poder luchar?

«Estoy perdido —se dijo Saguen, y sintió al mismo



instante una infinita voluptuosidad al fondo de su ser. Luego se levantó como un autómatas y empezó a pasearse por su habitación, exclamando en voz alta—: alejaos, alejaos de mí; me estoy convirtiendo en el vacío».

XXX

Bernardo contempla el mundo con sus ojos fatales, y le parece que nada del mundo entra a él por sus miradas. Se siente hueco, tiene la sensación de haberse vaciado de pronto, sin saber cómo ni cuándo, y de irse vaciando más y más cada día. Está hueco, y el mundo en torno de él también se está vaciando. Solo una cosa persiste en su oquedad y en el vacío que le rodea: la terrible palabra, la terrible palabra que le persigue a donde vaya, y que le espera en su casa, y le llena los oídos, le llena el cerebro, le llena el pecho y le llena toda la vida.

«¡Eres un sátiro! Bueno, soy un sátiro. Sí, sí, eres un sátiro. ¿Qué ganas con querer ocultarte a ti mismo tu realidad? Ahora te haces el que la aceptas, porque crees que así vas a despistarla mejor. Es una táctica como cualquier otra, pero será vana como todas las que has empleado».

¿Cómo esconderse del mundo? El pobre hombre quisiera huir de todos y de sí mismo, esconderse del universo aunque fuera preciso para ello el suicidio.



«¡Ah!, ocultarse para siempre, huir de la batalla, de esta lucha implacable y cotidiana, ocultarse de cualquier modo en la más honda caverna submarina, meterse por una herida, meterse en cuatro patas como un reptil por una herida abierta y esconderse allí bien agazapado al fondo de las vísceras calientes, al fondo de una gruta maravillosa, esconderse de las miradas de los hombres, de los inquisidores, de los eternos perseguidores».

El pobre fantasma humano se siente desesperado como una bestia acorralada, y presiente todas las tragedias. En cualquier momento puede suceder algo horrible, inesperado, súbito. Se siente delirante, cogido por el vértigo de algo impreciso, pero que se va creando con imperiosas fuerzas indomables. Adivina que ya se agotan sus últimos intentos de lucha, ya en el límite mismo de la voluntad, junto a la entrega definitiva.

Ahora le gusta la obscuridad. Por eso está allí sentado en su sillón horas de horas lamentándose y quejándose. Otras veces en completo silencio, acechando las tinieblas. No se da cuenta del tiempo, no sabe que la medianoche ha pasado hace ya largo rato.

¿Quién hizo ese ruido seco y prolongado? ¿Era un mueble que crujía o era el paso de un fantasma impertinente?

Bernardo estaba sumido en sus profundidades, se sentía como adentro de un nudo. Una luz súbita entró



en la habitación. Seguramente el faro de un automóvil que pasaba por la calle. El golpe de luz desató el nudo y le arrancó de sus raíces hacia su periferia. Levantó la cabeza, sus ojos brillaban con un mal fuego.

«No» —gruñó su voz sorda.

«No» —repitió varias veces, como si respondiera a alguien, acaso a una insinuación secreta.

«No, jamás. No, no».

Su boca mostraba un rictus horrible y desesperado. Se puso de pie y fue a encender la luz.

«Qué ruido espantoso hace ese reloj».

Sabe perfectamente que lo mismo que le ha sucedido otras noches le volverá a suceder otra vez y siempre, siempre, eternamente siempre. ¿Para qué seguir luchando? Lo mejor sería dejarse llevar por la corriente, vaya donde vaya. Descansar tendido de espaldas sobre la corriente como un cadáver anticipado.

Después de un momento de vacilación, el pobre solitario se acercó a la ventana, pegó la cabeza contra los vidrios. No se veía nada al otro lado; una bruma espesa cubría el mundo y se extendía sobre las casas como un inmenso edredón.

«Lo que deba pasar existe ya en alguna parte».

Esto se lo ha repetido desde hace varias horas.

«Lo que deba suceder está allí, suspenso en el tiempo, como una fruta en la rama de su árbol, como esa



fruta que va a caer sobre la cabeza de ese señor que va a pasar por allí tal día, a tal hora».

Sin duda alguna, Bernardo vive en un mundo de alucinación y, tal vez, no lo ignora; lo malo es que se diría que en el fondo de su ser le agrada vivir en ese mundo, y que todas sus luchas parecen, por momentos, no ser sino comedias. Pero esto es inverosímil. ¿Cómo puede ser comedia la tortura, cómo pueden ser comedia sus gestos de desesperación? Cuando de repente se forma ante él la gruta misteriosa, y él la ve, la palpa, y a veces hasta descende por ella. ¿Cómo podemos suponer que sea su propia voluntad la que la haga surgir ante sus ojos del fondo de la nada?

A veces se coge la cabeza y grita colérico:

«Esta casa está embrujada. Esta maldita casa me va a volver loco».

¿Cuántas horas hacía que estaba sentado en el sillón de cuero de la sala? Él mismo no lo sabía.

Viviendo el silencio con los ojos clavados en la pared. Solo el reloj hacía un poco de ruido. Acaso su pensamiento... Sí, sí, su pensamiento hace un ruido que cae, otras veces un ruido que se levanta. Y esos ojos sombríos clavados en un punto fijo de la pared.

«Mira, ¿ves?, en este instante hay allí un barco en alta mar, se aleja, se va, se pierde detrás del horizonte. Ahora está allí, en ese punto del muro, el rostro de mi



madre, un día que me quitó un libro cuando yo era niño y lo arrojó al fuego, diciendo que era un libro peligroso. Ahora está allí la casa de campo de mi abuelo, y ladran los perros, porque se acerca un vendedor de frutas...».

A menudo le parece sentir que su pensamiento es tangible y podría tocarlo.

Su pensamiento está sobre la chimenea; podría detener el reloj.

Eran las cinco de la mañana. Bernardo se levantó y se fue a acostar. No ignoraba que el tercer acto de su tragedia cotidiana le esperaba en su dormitorio. Apenas en la cama, la palabra siniestra se le pegó en el oído. ¿No será el miedo, el horror que le inspira esa palabra lo que la hace nacer con tan satánica insistencia? Allí estaba la palabra odiada, de pie ante él, allí estaba creciéndole adentro de la cabeza, allí estaba llenando la noche y el universo y la eternidad. Bernardo experimentaba todos los signos de la angustia, se revolcaba en sus espinas, la boca seca, un dolor agudo en el pecho y la crispación horrible de todo su cuerpo. Sus manos batieron el aire indiferente, desconsolado de tanto luchar. Lanzó una mirada desesperada antes de abandonarse, una mirada de náufrago al cielo de la noche sobre el mar inmenso.

¡Nada más cruel que esa última mirada del moribundo que trata de aferrarse a algún objeto de la tierra!



XXXI

Semanas y semanas, meses y meses en la tortura, en la desesperación. Las manos atormentadas martirizándose inconscientes, los ojos de suplicio, en cuyo fondo empieza a aparecer un vago color inferno. Bernardo advierte que su sentido en el mundo se deshace o se transforma; aquello que él debía ser, su verdadero destino, empieza a desaparecer, y, en su lugar, va creciendo un pálido fantasma. ¿Y no será ese fantasma su más auténtica realidad? Es absurdo pensar que el fantasma suscitado por un error pueda ser su verdadero yo o constituirse en su ser real. No, mil veces no. Él no puede soportar ese pensamiento, le duele como una herida. Se encuentra perdido, aislado, hundiéndose en profundas aguas negras. Desorientado, levanta los ojos suplicantes... Perdido, perdido en medio del universo, como el profeta que sintiera de repente que Dios se ha retirado de sus labios. Realmente, sus ojos hacen pensar en el infierno.

La resistencia obscura que forcejeaba en el fondo de su alma iba desapareciendo. En ciertos momentos le parecía sentir que él era el espectador de su propio fantasma creciente. Algo en el fondo de su alma caía, caía irremisible y algo se alejaba amenazador. A



veces, una certeza de destinos le alumbraba el cerebro. Entonces retrocede, se contempla las manos y palidece mortalmente. El secreto se hace irradiante, siente que hay algo que está allí, en las sombras, a poca distancia de su corazón atribulado. Ese algo va a estallar, el suceso va a realizarse, pronto, muy pronto; el acontecimiento se acerca. Rápidos resplandores estallan en su conciencia y se desvanecen al punto. Vuelve a encontrarse perdido en el vaivén continuo de los sentimientos. ¿Qué es lo que va a realizarse, qué cosa es ese algo que se aproxima? Suele suceder que el pensamiento se le hace insoportable.

«Yo debo suicidarme. Eso es —exclama—, debo suicidarme».

Una esperanza se abre paso en su alma. La conciencia se hace presente. El pobre hombre exclama:

«Hay un poco de luz en una de las habitaciones de mi espíritu y aún brilla una pequeña estrella en cierta parte del cielo».

Bernardo siente que hay ese algo que lo amarra a las tinieblas. Sabe que su rostro, que su fisonomía ha cambiado y va cambiando aun, pero ¿desde cuándo va cambiando? ¿En qué momento sus ojos empezaron a modificarse y a coger ese brillo tan extraño? Entonces clama acongojado: «Oh, mi alegría de otros tiempos. —En realidad, nunca fue alegre—. ¿Dónde está mi alegría?».





Siente que si la alegría volviera a su corazón, estaría salvado, salvado de sus delirios, salvado de sí mismo, salvado de la obsesión, de la palabra siniestra y de los sueños tremendos. Lanza una mirada cándida, conmovedora, como la mirada de un cordero que oye a lo lejos la muerte de sus hermanos.

¡Qué extraño animal es el hombre! Es imposible que una palabra pueda contener tal poder mágico, tal potencia de trastorno. Y, sin embargo...

Parecemos ignorar que la palabra no es una cosa abstracta, ni es algo muerto. Las palabras viven, crecen, se desarrollan. Son extraordinariamente sensibles. La palabra se incorpora a nuestro organismo, y es un agregado vivo a nuestro ser, a nuestras células más finas, que son su campo de cultivo.

Bernardo se debatía en una lucha cruel, y en la desesperación de la lucha no se le ocurría pensar en nada que fuera válido para su defensa interna. Pasaba noches de delirio, días frenéticos..., y nada, nada; ningún recurso bien pensado.

«Ah, si volviera a mi alegría de antes. Tonterías; no volverás jamás a eso que llamas tu alegría de antes».

«No hay remedio posible. Es inútil clamar al cielo o al infierno. ¿Qué animal oscuro se agita en mi pecho?».





* * *

Durante toda una semana Bernardo se pasaba las horas del día encerrado en su casa, tocando los más bellos discos de su gramófono. ¿Creía que la música podría envolverle en un fluido de sólidas defensas contra la obsesión y las alucinaciones? Otra semana le dio por vaciar perfumes en sus habitaciones; todo el departamento olía persistentemente hasta hacer doler la cabeza. Vaciaba frascos enteros de diversos perfumes, acaso pensando, en su subconsciencia, que los perfumes pudieran tener ciertas virtudes para espantar fantasmas. Todo esto lo hacía porque sí, sin mayor reflexión, casi como un autómatas.

Habría sido curioso seguirle los pasos. Andaba como un sonámbulo. Pasaba horas recorriendo las calles, sin saber por dónde iba. Salía de su casa, se alejaba rápidamente por la calle, de pronto se preguntaba:

«¿Adónde voy? ¿Por qué he salido de casa?».

Entonces, una sorda angustia le anudaba la garganta. Y así pasaba toda la noche trotando calles, sintiendo

horror a la idea de volver a su casa y de acostarse.

«La noche es eterna —se decía—. ¿Por qué las noches son tan largas?... En realidad, yo debiera suicidarme».



* * *

Una noche iba por las calles perdido en sus sueños profundos. Se deslizaba pegado contra los muros, palpitante, afiebrado, latiendo como lo doloroso de una herida. Un extraño pensamiento le daba vueltas en la cabeza:

«Hay un río que me separa de mí mismo, hay una selva y una montaña que me separan de mí mismo. Sí, esto es verdad... Y solo la terrible palabra hace converger mis distintas partes, solo ella me vuelve a la unidad».

Esta absurda idea cruzó su cerebro como un relámpago y se perdió en la noche. Le pareció ver un rostro desconocido que surgía entre vapores oscuros.

«Siento un fantasma lejano, ¿oyes? —se decía a sí mismo—. Siento un fantasma lejano que viene andando en mis adentros y acercándose a mi hoy y a mi mañana».

En realidad, el pobre desesperado sentía que algo venía resbalando por la noche hacia su alma.

Su andar pesado de bestia herida resonaba en las tinieblas contra su voluntad. De pronto vaciló, se llevó

las manos a los ojos: La palabra sátiro salió de una puerta y se encontró con él a boca de jarro; él la cogió al vuelo y la rompió en mil pedazos, como una carta comprometedora. Le parecía que la noche no existía



fuera de él, que él llevaba la noche en su cuerpo. Seguía su marcha dolorosa, hundía la cabeza en las vueltas del gabán. La palabra sátiro estaba parada en la esquina; él pasó por encima, la pisoteó, la pateó. La luna le acompañaba en su marcha de taciturno delirante. Unos pasos más allá la palabra aterradora cayó de un farol y él la vio caer a sus pies y quebrarse en el suelo, como un espejo maléfico. Su estado de sobreexcitación y de espanto llegaba al paroxismo. Empezó a correr hacia su casa. Sabía que allí también encontraría en todas partes, en el techo, en las paredes, grabada con fuego, la palabra odiada. Sí, sí, esa palabra habita en su casa, pero ¿no habita también todas las calles por donde él pasa?

«¡Ah, el mundo está lleno de enemigos! —grita frenético—, todos se conjuran contra mí; el mundo está lleno de canallas y de envidiosos. Es preferible suicidarse que parecerse a todos esos idiotas. Claro está que suicidándose uno se parece a los suicidas, pero estos son los menos, son la excepción y, por lo tanto, son superiores a los otros».

Bernardo sentía que un impulso oscuro le empujaba y no quería dejarse arrastrar por aquello que le empujaba.

Creía que todo el mundo estaba preocupado de él, que todo el mundo le miraba el alma, aun los borrachos que pasaban a su lado. De pronto se tornó pálido y sus ojos se volvieron hacia adentro. No sabía en dónde estaba



ni si acababa de morir o si vivía aún por unos instantes. Seguía andando sobre la ruta de las amarguras, entre cielo y tierra, y empezó a sonreír. La marcha empezada en la calle se continuaba ahora, de repente, en su gruta maravillosa, en aquella gruta que una noche naciera en sus sueños, y que ahora aparecía ante él, estando despierto. Inclina la cabeza para no chocarse contra las estalactitas preciosas, pisaba con gran cuidado para no resbalar sobre puntas de ónix y levantaba las manos para cogerse a salientes de piedras casi cristalizadas.

Cuando un policía le tocó el hombro, Bernardo se estremeció, levantó la cabeza, miró para todos lados y se encontró junto al río, sobre el último puente de la ciudad, contemplando fijamente las aguas llenas de pequeñas luces y largos reflejos temblantes como flores caídas de otros planetas para sembrar el vértigo en el nuestro.

—Cuando se ha bebido demasiado vino, es malo mirar el agua —exclamó el policía, sonriente.

Bernardo se cerró el gabán sobre las orejas y se alejó, murmurando:

«Idiota».

En ese instante experimentaba ansias de encontrarse en su casa. Marchaba rápido, se sentía casi aéreo, incorpóreo e iba hablando solo, sin saber él mismo lo que decía:

«No me molesten. Me estoy muriendo en una



estrella lejana, tendido sobre olas de música. Qué cosa tan agradable y tan plácida».

XXXII

Ya no era un hombre, era un autómatas, un sonámbulo en marcha por las tinieblas del mundo y de su propio ser. Vivía adentro de una espesa niebla; todos sus actos sucedían en la bruma más absoluta. Muchas veces creía experimentar la necesidad de sufrir, de sufrir cada vez más profundamente, una especie de vértigo de sufrimiento. Otras veces le parecía sentir que su odio a los hombres se transformaba en odio a sí mismo. Se odiaba, se odiaba tan de veras que se estremecía de placer al pensar que un día, acaso muy pronto, se colgaría de una rama o de una viga con una soga al cuello.

La soledad tomaba para él un sabor material, la sentía orgánicamente, la paladeaba. Acaso hasta las torturas de su soledad se le habían hecho necesarias. Hacía algunos días que había despedido a su vieja sirvienta, y cuando una tarde la portera le pidió las llaves para subir a limpiarle un poco el departamento, Bernardo se las entregó con disgusto.

«Esta bruja quiere ganarse algún dinero más —se dijo—, o a lo mejor, solo quiere curiosear».

Seguramente la vieja sirvienta había hablado



largo con la portera, puesta esta le miraba de un modo escrutador y con una insistencia impertinente. Su misantropía se sentía atacada por estas mujeres intrusas.

«Yo no necesito de nadie, y para sacudir el polvo de mis muebles no es preciso que suba la portera. Yo también tengo manos. ¿Y quién ha dicho que hay que sacudir el polvo? ¿Y si a mí me gusta el polvo? ¿Y si me da la gana no limpiar mi casa? Nadie tiene que meterse en mis gustos. ¿Por qué le he dado las llaves? Ahora esta bruja podrá subir cuando le dé la gana».

Bernardo recordó que apenas había despedido a Emilia, escondió las llaves dobles de su departamento al fondo de un cajón, y que experimentó, al hacerlo, un secreto placer.

«Ahora esta bruja podrá asomar la nariz a la hora que quiera, y aun durante mi ausencia».

Esta idea le produjo verdadera irritación. ¿Por qué le había dado las llaves? Lo que más le irritaba era pensar que no se atrevería a quitárselas. Pero ¿por qué no se atrevería a quitárselas? Muy en el fondo de su alma, como algo muy lejano, le pareció pensar que no se las podría quitar, porque se haría sospechoso. ¿Sospechoso? ¿Cómo es eso, sospechoso? ¿Sospechoso de qué? ¿Acaso un dueño de casa no tiene derecho a dar y quitar sus llaves cuando se le antoje? ¿Había cometido un crimen? ¿Quién tenía derecho a sospechar nada de él?



«¡Bah!, tonterías, siempre las mismas tonterías».

El sol de las cuatro de la tarde pegaba confiadamente en su ventana. El sol sabía qué hora era y sabía que tenía derecho a pegar sobre cualquier ventana o sobre todas las ventanas a su antojo.

Bernardo cogió un libro, la Aurelia, de Gerard de Nerval, y empezó a leer:

«El sueño es una segunda vida. Nunca he podido trasponer sin temblar esas puertas de marfil o de cuerno que nos separan del mundo invisible».

Bernardo miró la ventana y pensó:

«Son las cuatro».

Al llegar a aquella parte en que dice: «me puse a buscar en el cielo una estrella que creía conocer como si ella tuviera cierta influencia en mi destino. Habiéndola encontrado, continué mi ruta, siguiendo las calles en cuya dirección ella era visible, andando, por así decirlo, al encuentro de mi destino y queriendo percibir la estrella hasta el momento en que la muerte debiera golpearme»... Bernardo sintió un extraño estremecimiento en todo su cuerpo. Arrojó el libro, casi con un gesto de horror, cogió su sombrero y se lanzó a la calle.

«¿Adónde vas? —se preguntó a sí mismo—. Hacia el Oriente. No, no, voy hacia el Norte».

Aquella tarde vagabundó durante horas y horas por las calles de la ciudad.



Iba curvado como si sintiera un fuerte dolor en la espalda o en la cintura. Por momentos le parecía oír los latidos de su corazón.

Varias veces se sorprendió, exclamando, en voz alta: «Es extraño, no hay ninguna estrella en el cielo y yo sigo mi camino».

Efectivamente, él seguía su camino y no podía haber estrellas en el cielo, puesto que aún no se había puesto el sol. Al llegar a un gran jardín, creyó oír a un vendedor de diarios, que gritaba:

«La terrible catástrofe ferroviaria. La terrible catástrofe. Setenta muertos, doscientos heridos».

Creyó oír esos gritos, lejos, muy lejos, entre árboles extraños porque en aquel momento se formaba ante él la gruta prodigiosa, y al descender por sus laberintos, se perdía del mundo, se alejaba de los ruidos y de las palabras humanas. Sus labios sonreían en un éxtasis delicioso, sus ojos se entornaban y casi parecían volverse hacia adentro.

Acababa de ponerse el sol cuando se encontró en su calle. La luz se hacía difusa, tibia y tenía cierto embrujamiento especial. Bernardo se acercaba a su casa con los ojos fijos, clavados en un punto del espacio. Le parecía que arrastraba un paquete pesado en su mano derecha o algo así como un perrito pequeño o un cordero. En la otra mano llevaba una hermosa muñeca de carey.



Entró en su casa precipitadamente y empezó a subir la escala siempre con los ojos clavados en un punto fijo, fijo allí, ante él. Ni siquiera vio que la portera y su sobrina se asomaban por la ventana de la portería y le miraban estupefactas; tampoco advirtió que en la escalera se había cruzado con sus vecinas tan odiadas y tan intrusas. Ya frente a su departamento, al abrir la puerta, le pareció percibir pasos que subían detrás de él y una voz que chillaba: «Señor Saguen, señor Saguen».

El departamento estaba sumido en la semiobscuridad del crepúsculo. Bernardo cruzó la entrada, pasó a la sala grande y se quedó de pie, junto a la mesa del centro, de pie, en medio del silencio, con sus terribles ojos clavados, como una estatua más fría que el silencio.

De pronto le pareció que le tiraban la manga, varias veces, muchas veces, creyó oír golpes en la puerta, creyó que otra vez le tiraban la manga y oyó ahora, claramente, una voz que decía:

«Mi muñeca, deme la muñeca que me prometió».

Entonces volvió lentamente la cabeza, miró su mano derecha tendida hacia atrás y vio que una hermosa niña rubia, cogida de su mano, le sonreía y le observaba entre curiosa y asustada. Bernardo tembló con todo su cuerpo, tan ferozmente, que creyó sentir crujir sus huesos. Al mismo tiempo golpeaban en la puerta. Sacudió la mano que daba a la pequeña como si se hubiera quemado, tiró



al suelo la muñeca que tenía en la otra y se frotó los ojos.

—Y tú, ¿qué haces tú aquí? —rugió, sintiendo que se ahogaba de cólera—. ¿Qué haces tú aquí? —gritaba a la pequeña, que empezó, a temblar y a llorar desesperadamente—. ¿Quién te ha traído aquí? ¿Quién te mete a seguirme? ¿De dónde has salido, tú, aborto del infierno? Vete, vete. ¿Qué haces aquí? ¿Quién eres tú, de dónde sales tú? Vete, te digo, ¿no oyes? Vete, vete.

La pequeña, espantada y sollozando, retrocedía hacia la puerta, sin atreverse a decir nada, con los ojos desorbitados, llenos de terror. Bernardo corrió a la puerta, la abrió de golpe y empezó a gritar como un loco:

—Vete, vete.

Detrás de la puerta aparecieron tres o cuatro caras. Bernardo no veía, no distinguía a nadie, ni se le ocurrió preguntarse qué hacían allí esas curiosas.

—Vete, vete, pequeña intrusa, mala pécora vete, vete —rugía, con voz ronca.

La portera apareció en el umbral, cogió a la niña que seguía llorando amargamente y se la pasó a otra de las mujeres que estaba más atrás. Luego dio un paso hacia adentro y empezó a balbucir palabras confusas:

—Señor Saguen... no se excite... Usted está enfermo... No está bien... Señor Saguen... sería bueno, yo le diría... sería bueno... un doctor... Señor Saguen, tiene usted unos ojos... puede pasar cualquier cosa...



Vaya usted a saber, señor Saguen...

Bernardo se pasaba las manos por los ojos, por la frente, que le ardía espantosamente. Las piernas le flaqueaban, creía que iba a desmayarse.

—Señor Saguen... un buen sanatorio... un buen médico... hace tiempo que usted no es el mismo...

—No tengo nada, no estoy enfermo, no necesito médico, ni a nadie.

Cerró la puerta de su departamento y exclamó:

«Que se vayan al diablo, todos al diablo».

Entró en la sala. Luego, como si hablara con alguien invisible, con alguien que estuviera allí realmente ante él, exclamó enérgicamente:

—Miente usted, señor, miente usted; yo no le he dado la mano, yo no la he traído de la mano. El pequeño monstruo me ha seguido, porque se le antojó; únicamente, porque se le antojó, o porque alguien, de malas intenciones, la indujo a seguirme para desacreditarme. Eso es todo. ¿Quiere usted saber la verdad? Eso es todo. Han querido comprometerme, desprestigiarne. Eso es todo.

Anduvo dos o tres pasos vacilante y se arrojó en el diván de la sala. No tenía fuerzas para llegar hasta su dormitorio.

Toda la noche la pasó delirando, presa de una alta fiebre. Los escalofríos eran tan violentos que su cuerpo



sentía lastimado, despedazado, como si hubiera recibido cientos de azotes. La obscuridad y el silencio reinaban en torno. Varias veces abrió los ojos, se incorporó y murmuró dulcemente:

«Agua, por favor, un poco de agua».

Nadie le oía, nadie respondía a su llamado. Volvía a caer en el delirio de la fiebre. Tenía la boca seca, agitaba la lengua áspera y amarga, un martilleo persistente le golpeaba las sienes.

Asomaban por el ventanal las primeras luces del alba, cuando volvió a abrir los ojos.

«Agua, agua, por favor, un poco de agua». Se incorporó, haciendo un gran esfuerzo y tambaleando como un borracho, afirmándose en la pared y en las sillas, llegó hasta el lavatorio. Bebió varios vasos de agua con verdadera delicia, hundió la cara en el agua fresca, se colocó un paño mojado sobre la frente y volvió a tenderse en el diván. Tiritaba de frío, daba diente con diente. Se cubrió con los cojines. No se le había ocurrido coger un abrigo o unas frazadas, o mejor ir a acostarse a su cama. Obraba como sin sentido, sin reflexión, sin ningún control de sus acciones. Volvió a quedarse dormido, ahora un poco más tranquilo, pero siempre angustiado por la fiebre.

Después de unas horas de sueño pesado, se sentó sobre el diván. Abrió los ojos y se quedó escuchando.



Había oído a dos personas que hablaban junto a él, o, por lo menos dos voces perfectamente distintas. Miró hacia todos lados, llamó, gritó:

— ¿Quién está ahí?

Silencio, silencio absoluto. Su cabeza fatigada volvió a caer sobre el cojín. Entonces oyó claramente, sí, claramente, estaba seguro de ello, oyó allí en la sala, junto a él, el siguiente diálogo que más tarde nunca pudo explicarse:

—Su violín está desafinado, señor juez.

—Es usted, mi amigo, que tiene mal oído; mi violín es excelente, a pesar de los siglos y de las lluvias.

—Así será, pero usted me acompaña muy mal.

—Porque su flauta parece comprada en una juguetería.

—Sepa usted que al son de esta flauta han bailado las más hermosas

aldeanas y los árboles más instruidos en todas las selvas de la tierra.

—En todo caso, es usted muy lento.

—Hay hombres lentos y hay hombres rápidos, señor juez; hay hombres francos y hombres astutos.

—Así lo cree usted, amigo. Yo creo que todos los hombres son un solo hombre... Sí, un solo hombre con ciertas diferencias tan mínimas, sabe usted..., a causa de lo que se come, de lo que se bebe, de lo que se oye, de lo que se lee.



—Y yo que los encuentro a todos tan diversos, con abismos de separación y de diferencias.

Bernardo se incorporó otra vez y paseó una mirada escrutadora y suplicante por la habitación.

«No hay nadie, nadie, y, sin embargo, esas voces... Las oigo, las estoy oyendo».

—Le voy a dar mate, señor juez.

—Imposible, amigo mío, imposible a mis años. Darne mate. Ja, ja, ja.

Darne mate a mis años.

—Olvida usted que yo me llamo Julio César.

—Y yo Lao Tse, o si usted prefiere, cualquier buen filósofo, o mejor, cualquier buen profeta.

—En ese caso, me inclino, sí, señor, me inclino respetuosamente..., pero no se olvide usted de la estrella.

—La tendrá usted esta tarde misma.

—Gracias, infinitas gracias por su amabilidad.

—Esta tarde tomarás el té conmigo en el Paraíso.

—Gracias, muchas gracias por su amabilidad.

Bernardo se golpeó el pecho, se golpeó la cabeza.

«¿Estoy despierto? Sí, estoy despierto. ¿Entonces? Entonces... No, no es posible, no es posible. ¡Cómo me arde la cabeza!».

Se oprimió las sienes con los dedos. Las voces habían callado, todo estaba en silencio, pero sus pensamientos marchaban a tal velocidad, que se imaginaba que el



mundo entero pasaba por su cerebro, como un torbellino o en un huracán, y sentía el ruido que las visiones y los pensamientos producían en su cabeza. Poco a poco las ideas se fueron haciendo más confusas, más inciertas; los párpados le pesaban terriblemente. Empezó a roncar de un modo ahogado, como sumido en un sueño inquieto.

* * *

Bernardo abrió los ojos; su mirada opaca anduvo tímidamente un instante por las paredes, por el techo y por los muebles de la sala; se detuvo en una silla, en la cual estaba sentada la sobrina de la portera.

«¿Por qué estaba ella ahí? ¿Quién la había llamado?».

Se le figuró que aquella muchachota gruesa, de rostro brillante, como aceitado, se sonreía de un modo irónico y sensual. Sintió ganas de insultarla y tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse.

«¡Ah, Dios mío!, tener que seguir viviendo en este mundo, rodeado de enemigos, de seres misteriosos, de sonrisas extrañas, de miradas inquietantes. Hasta cuándo, hasta cuándo».

La muchacha le observaba con curiosidad y seguía sonriendo.

—Ha dormido demasiado, señor Saguen, y ha tenido mucha fiebre.



— ¿Qué hora es? —preguntó Bernardo, secamente.

—Deben ser más de las seis de la tarde. Pero es bueno dormir mucho cuando se está enfermo. ¿Querría una taza de leche caliente?

—No, gracias. No quiero nada.

—Mí tía dice que usted debiera ver un médico, señor Saguen, y sobre todo, que usted debería casarse; dice que la soledad lo tiene enfermo.

En ese momento se sintió ruido en la puerta y apareció la portera. Traía un plato hondo, lleno de hielo. Al verla entrar, Bernardo sintió una oleada de sangre que le subía a la cabeza. Quiso darse vuelta hacia la pared y no pudo; las fuerzas le faltaron.

— ¿Va usted mejor, señor Saguen? No le hemos dejado solo un momento, nos hemos turnado mi sobrina y yo...

Bernardo la interrumpió:

— ¿Cómo dice? ¿Todo el tiempo, dice? ¿Anoche estaban ustedes aquí?

—Quiero decir, desde esta mañana. Anoche me pareció más conveniente dejarle solo.

Bernardo creyó oír que ella apoyaba la frase: más conveniente dejarle solo.

«¿Qué quiere decir esta estúpida?».

La portera abría y cerraba los ojos, como rezando.



—Será bueno que bajes a la puerta, Rosa —dijo a su sobrina—. No hay nadie abajo.

—Voy, tía. Disculpe usted, señor Saguen —exclamó la sobrina, como disgustada de irse—; disculpe usted —repetió al salir del departamento.

Bernardo pensaba:

«La pobre infeliz se siente dichosa de estar sola horas de horas en el silencio, al lado de un macho. Se va disgustada; le han cortado su placer secreto».

—Qué quiere usted..., le gusta cuidar enfermos —murmuró la vieja—. Toda mujer es un poco enfermera, decía mi marido, que era un hombre instruido. En paz descanse. Leía todos los diarios y las revistas que caían en sus manos. Le he traído hielo, porque durante su sueño se quejaba mucho y pedía hielo, señor Saguen. Sería bueno ver un médico. Señor Saguen, en estos tiempos los jóvenes toman cocaína o fuman opio u otras cosas peores. Hace tres meses la policía allanó un fumadero de opio, aquí, en la casa de al lado. Estas cosas no se practicaban en mi tiempo, y son muy malas, señor Saguen, son muy peligrosas, perturban el sentido.

Bernardo oía como un murmullo confuso la voz habladora, y sentía ganas de reír, sentía ganas de incorporarse, alzar la cabeza y lanzar una inmensa carcajada a la cara de su insoportable portera.

«Más de la seis de la tarde —pensó—. ¡Cómo he podido dormir tanto!».



—Le agradecería que me dejara un jarro con agua, un vaso y el hielo.

— ¿Va a seguir durmiendo, señor Saguen? —Sí, y sobre todo, le suplico... —Entonces querrá quedarse solo.

—Eso, precisamente, iba decirle eso mismo.

La portera se agitaba un poco molesta. No sentía recompensados sus desvelos, y más bien, al contrario, imaginaba cierta hostilidad en las palabras y los silencios de Saguen.

—Me retiro, señor Saguen, es mejor que duerma usted solo, pero me atrevería a aconsejarle que se acostara en su cama.

—Así lo haré... Tiene usted razón, estaré mejor en mi cama.

Apenas salió la portera, Bernardo se incorporó, quiso levantarse, pero le fue imposible. La cabeza le pesaba como si fuera una montaña. Se dejó caer sobre el diván y cerró los ojos. Una profunda angustia le oprimía el pecho. Mil pensamientos desagradables le asaltaban.

Solo se movía de cuando en cuando, para beber un poco de agua.

* * *



Dormía profundamente desde mucho rato. De pronto empezó a sentir que alguien se agitaba junto a él, casi encima de él. Iba a abrir los ojos, pero se arrepintió. Siguió inmóvil. Sentía una respiración agitada junto a su rostro, unos labios gruesos, fuertes, que se pegaban a los suyos ansiosamente. Entonces abrió los ojos. Rosa se retiró de un salto.

— ¿Qué hay? —murmuró Bernardo—. ¿Qué hacía usted?

— ¿Yo? Nada, nada señor Saguen... ¿Yo?... Yo le oprimía un poco la cabeza con las manos... Como usted se quejaba tanto... yo creí que le dolía la cabeza.

La muchacha temblaba, estaba encendida como si su rostro fuera todo labios, sus ojos brillaban de un terrible fuego.

—Sí, sí, la cabeza, me dolía la cabeza —respondió Bernardo, volviéndose hacia la pared.

Ella le lanzó una mirada de furor, se cubrió el rostro y salió escapada del departamento, cerrando de golpe la puerta.

«Vaya. Un enemigo más —pensó Bernardo—, y los tiempos no están para enemigos».

XXXIII

Estuvo cuatro días en cama. Durante esos días vivió fuera



del tiempo; a veces no sabía en dónde estaba, ni tampoco si vivía o si había muerto ya; no sabía si era un muerto que soñaba adentro en su ataúd. De tarde en tarde le parecía ver, como en niebla, a su portera, que se asomaba al dormitorio. (Él mismo se había arrastrado hasta su pieza y se había acostado, sin poder precisar cuándo ni cómo). Una mañana encontró un litro de leche y un gran pedazo de pan sobre su velador. Rosa no había aparecido más, ni una sola vez había subido a su departamento, y las visitas tardías a la portera le hicieron pensar, entre las nieblas de su cerebro, que acaso la sobrina le habría contado algo en contra de él, seguramente una calumnia. No sabía por qué había pensado esto, pero estaba seguro, absolutamente seguro, de que debía ser así.

«Tanto mejor —se dijo—, con tal que me dejen solo, dormir en paz, morir en paz».

Cuando al quinto día se levantó de la cama, las piernas le temblaban; apenas podía sostener su cuerpo, se le doblaban a cada paso, como a un convaleciente de una larga enfermedad. Sin embargo, le agradaba ese estado de sopor, esa languidez de convaleciente, esa imprecisión en los actos y ese vivir como en un dulce entresueño. Cuando trataba de recordar lo que había pasado antes de su enfermedad, no sabía si aquello era realidad o si lo había soñado.

«¿Cuándo he soñado todo esto?» —se preguntaba angustiado.



Días después, supo por ciertas alusiones de la portera que aquello no era un sueño, sino que había sucedido, había sucedido realmente.

Al principio todo se le confundía. Luego fue dándose cuenta más precisa de las cosas, y entonces supo distinguir y separar aquello que había soñado, de lo que había sido realidad. Pues había tenido muchos sueños extraños, de los cuales solo uno recordaba con exactitud. Ese sueño lo meditaba, lo repasaba, se lo repetía a cada instante, y pensaba que si algún día volvía a tomar la pluma, lo escribiría. Mentalmente ya lo había escrito varias veces, lo tenía grabado en su memoria y al recordarlo, se le figuraba soñarlo otra vez.

«He aquí que estoy soñando, pero no, no era así».

De pronto recordó que el sueño había empezado oyendo un zumbido vaporoso, potente y suave a la vez, como si mil violines tocaran en sordina o en un subterráneo, en las entrañas de la tierra. Nadaba en un lago de aguas pesadas, pero no nadaba sobre el agua, sino entre dos aguas, sin experimentar ningún ahogo. Veía un árbol luminoso al fondo del lago y un corcho, un extraño corcho, en forma de fetiche, flotando a algunos metros de su cuerpo. No sabía por qué razón debía apoderarse de ese corcho, debía alcanzarlo y salvarlo del agua. Hacía grandes esfuerzos y nunca podía llegar a cogerlo. Apenas si a veces lograba acortar un poco



la distancia. Innumerables plantas, que parecían vivas, plantas como pulpos se aferraban a su cuerpo y no le dejaban nadar libremente. Luego, venía a él una ola fría y envolvía todo su cuerpo, luego detrás venía una ola hirviente y le quemaba las carnes, y así se sucedían unas detrás de otras las olas heladas y las olas quemadoras. Y el corcho seguía flotando, y él se desesperaba, porque no lograba alcanzarlo. Miraba angustiada hacia el cielo y veía inmensas nubes de piedra, como clavadas en la atmósfera, y al fondo de las aguas, siempre el mismo árbol luminoso, como si fuera de vidrio o de un metal blanco y fosforescente. De pronto, sin saber cómo, el corcho era arrojado por una ola a la orilla. Entonces él también salía del agua y se sentaba sobre la tierra, al lado del corcho. Y he aquí que él se deshacía, ya no era él, se convertía en una hormiguita, se veía y sabía que era esa hormiguita.

«Yo soy esa pequeña hormiga. Voy andando por la tierra, andando, andando. Llevo un peso enorme sobre mis espaldas, llevo un clavo de acero, apenas puedo arrastrarlo. ¡Qué cansancio! Andando, andando. ¿Y para qué me sirve este clavo? Por fin llego a mi agujero y me meto por él. Miles de hormigas salen a recibirme, aplaudiéndome y gritándome entusiasmadas; me ayudan a llevar el clavo hasta el fondo de la tierra.

»Esto, claro está que es un sueño —se dice Bernardo—. Esto no ha sucedido, ni podido suceder



nunca, es algo irreal, es un sueño. Es curioso, pero la potencia de lo irreal es absolutamente real. Esto era un suelo. Pero lo demás, ¿cómo pudo suceder?».

Empezó a recordar la terrible cosa con todos sus detalles, pero se le figuraba que no era él, que era otra persona que se había metido adentro de él, la que obraba de ese modo.

«Estoy perdido —se dijo—. En ese estado podría cometer un acto cualquiera sin darme cuenta de lo que hacía, podría robar, podría matar, podría suicidarme, sin saber que me quitaba la vida, hasta el momento de encontrarme, de repente, en el otro mundo. Soló allí sabría lo que había hecho, si es que hay otro mundo..., y como no lo hay, no lo sabría jamás. Me mataría sin saber que me mataba. Verdaderamente, todos mis actos suceden adentro de una nebulosa, en el fondo de una espesa bruma».

Bernardo sentía toda la angustia de su martirio, y esas ataduras con las sombras que él no podía romper, que acaso nunca podría romper.

«Ah —exclamaba—, si no hubiera pasado por esa calle esa mañana... O si esa maldita bruja no hubiera estado acechando a la puerta de su casa para envenenar el mundo con su ruindad».

En algunos momentos, como si buscara una puerta de escape a su desesperación, pensaba que todo aquello no había sido sino un sueño.



«¿Pero estas cosas me han sucedido o las he soñado? Siempre me pregunto lo mismo o más o menos lo mismo. Mi vida es un molinillo de repeticiones, es una vida giratoria, es un carrusel tonto entre copas de jerez o de coñac».

Desgraciadamente, él sabía que no las había soñado. A menudo siente que algo crece en el fondo de su ser, siente como si un árbol estuviera desarrollándose en su alma:

«¡Cómo crece, cómo se desarrolla el muy maldito!».

Se cogía la cabeza que le ardía terriblemente.

«Es evidente que me estoy convirtiendo en otro ser. Otro ser se sustituye a mí por medio de un subterfugio diabólico».

Recordaba que una vez, durante su delirio, se había preguntado si él amaba u odiaba a los niños. ¿Por qué se había preguntado esto? En el pequeño parque, cerca de su barrio, los niños jugaban todos los días hasta las seis o siete de la tarde. En la popular calle de C., los niños jugaban durante todo el día, sueltos como diablos. Varias veces se había sorprendido dando grandes vueltas para no pasar cerca de ese parque ni de esa calle; sentía horror a acercarse a esos sitios. ¿Por qué razón? Esto probaría que él odiaba a los niños. Sin embargo a veces sentir una inmensa ternura a la vista de las pequeñas y los pequeños, jugando con sus risas abiertas y sus ojos



confiados, luminosos de vida nueva. Él siempre había amado a los niños, sobre todo a los niños pobres. Por lo menos, así había sido antes. Ahora le parecía tenerles cierta antipatía, a veces hasta odiarlos. Pero ese que odiaba a los niños no podía ser él. ¿Cómo iba a ser él, un hombre dulce, sin malas pasiones, un hombre suave, de tan buen carácter? No era él, era otro, era ese otro que quería sustituirse a él. Bernardo creía volver a delirar. Ah, esa terrible fiebre.

Aquella mañana, al contemplarse en el espejo, tuvo la sensación exacta de que no era el mismo. No, no era su rostro el que estaba mirando allí, frente a él.

«Ignoro en qué momento me he convertido en otro. No obstante, sé perfectamente que no soy el mismo, ya no soy el Bernardo Saguen de antes, de hace solo algunos meses. Ahora Laura debería cambiarme el nombre, podría, con razón, ejercer sobre mí su absurda manía de cambiar los nombres».

Una sonrisa amarga vagaba por sus labios secos.

«A cada rato siento que algo mío me abandona. Mi cabeza me abandona, mis ojos me abandonan. Esto lo he sentido de un modo impreciso al principio, ahora lo siento cada vez con mayor precisión».

Experimentaba una mezcla de cólera y de dolor. Quería burlarse de sí mismo y de todo el mundo. Estaba allí clavado, frente al espejo, contemplándose,



observándose, haciendo gestos y tratando de estructurarse a sí mismo, hasta el fondo de los ojos. De pronto sintió una gran compasión de su persona, y una especie de resignación fatigada y altiva a la vez. Exclamó una voz alta:

«Señor Saguen, señor Bernardo Saguen, adiós».

Iba a lanzar una gran risa, cuando se detuvo, y se quedó un momento en suspenso, como en el aire. Pero su voz, ¿era esa su voz?

«¡Ah!, también se ha ido mi voz. Bueno, que se vaya; buen viaje. En cuanto a mis ojos, eso ya no hay duda, esos no son mis ojos, hace rato que me he dado cuenta. ¿Adónde se han ido mis ojos? ¿En dónde están ahora mis ojos? ¿Qué están mirando mis ojos en este instante? Pobrecillos, vaya uno a saber en dónde estarán. ¿Y mi boca? ¿Y mis labios? Esta no es mi boca. También se fue la pobre desgraciada. Bueno, que se vaya si le da la gana. Buen viaje, y que no vuelva, o que vuelva si se le antoja».

Con paso vacilante, Bernardo se dirigió a su escritorio y se sentó en el sillón de cuero, de espaldas a la ventana. Quedó largo rato sumergido al fondo de su propia alma. Cuando levantó la cabeza, sus ojos parecían más húmedos, y un gesto doloroso a la vez que sonriente dominaba en su rostro.

«Todo me abandona, todo lo mío se va —pensaba tristemente, pero con una obscura voluptuosidad—.



Todo me abandona... Como las ratas cuando el barco va naufragar. ¿Por qué he pensado algo tan imbécil? Yo no soy barco y no pienso naufragar. Lo que se va estará mejor en otra parte».

Volvió a quedar un rato como sumido en un sueño, y luego volvió otra vez a levantar la cabeza y a mostrar sus ojos húmedos, sombríamente húmedos.

«Se me va ese recuerdo de mi infancia. ¿Cuál? Ese, ese. Que se vaya al diablo. Buen viaje.

»Se me va ese rincón de mi alma en donde vivía la casa de mi niñez. Que se vaya. Buen viaje.

»¿En dónde está el jardín de mis primeros pasos, aquel jardín que tambaleaba y hacía tambalear el cielo?

»Se va esa pedazo de mi memoria, en donde algo cantaba entre lágrimas, por la primera novia perdida. Bueno, que se vaya. Buen viaje.

»Se me fue hasta la fecha de la muerte de mi madre. Adiós, que se vaya.

»Se me va un sentimiento de admiración que yo tenía por los árboles en la tarde... ¡Ah! Tonto romántico. Que se vaya enhorabuena.

»Se me van muchos muchos recuerdos. Pronto el alma quedará llena de aleros vacíos. Pero yo quisiera saber qué es lo que ocupa y ocupará ahora esos sitios vacíos. Siento que hay algo que está ocupando el lugar de los desplazados. He ahí lo que sería interesante conocer con certeza».



Exasperado de la insistencia de sus pensamientos, Bernardo se puso de pie y se paseó por la habitación. Pronto se fatigó y volvió a dejarse caer en el sillón.

«¿Qué se ha hecho mi vida? —se pregunta—. Y, ¿cuál es mi vida?».

Se diría que buscaba su vida con los ojos angustiados como si fuera un objeto perdido.

«Se me ha quedado atrás en el camino o se me ha adelantado. Tal vez se ha ido muy lejos y ya no piensa en mí. ¿Qué está haciendo mi vida en este instante? Es preciso hacerla volver y expulsar al intruso, este arbolillo que quiere ocupar toda mi persona, crecer como en terreno propio».

XXXIV

Para un hombre el pasado es una mujer o un accidente o un negocio o un día de sol o una muerte, así como el pasado del mundo son las pirámides. Para Bernardo el pasado era un coleccionista. Un coleccionista de cuadros, un coleccionista de libros, de mujeres, de emociones, de sensaciones, de ideas. Un refinado coleccionista atravesando el mundo con ojos coleccionadores. Eso había sido, eso era y estaba contento de serlo. Eso era



hasta que un día todo se le puso sombrío, trágico, y él, terriblemente susceptible. ¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¡Ah, sí, a causa de sus enemigos, a causa de la maldad de las gentes! Le habían insultado, insultado sin razón alguna. A él, que lo único que quería era vivir solo, amar al mundo, sentir la vida maravillosa del universo, desde su rincón solitario. Algo así como un astrónomo, un sabio lírico detrás de su telescopio y de su microscopio, arrodillado de admiración en la soledad, trémulo, cantando en voz baja.

Todo se había ido por tierra. La injusticia, la más atroz injusticia había derrocado todo. Ahora su vida era una larga angustia, un continuo sobresalto. La inseguridad constante en medio de la exasperación y la ansiedad.

Empezaba el invierno, y sin saber por qué se le había metido en la cabeza la idea de que el invierno sería su salvación. ¡Vaya qué cosa más extraña! Recordó que al empezar el otoño había pasado lo mismo. Y, sin embargo, el otoño no le había traído nada, no había solucionado nada. Bernardo sonrió con esa terrible sonrisa suya de los últimos meses, esa sonrisa que parecía como si le pusieran una corona de espinas en los labios.

«El otoño me deshojó completamente».

Pero el invierno, el invierno no sería lo mismo. ¡Ah, sí, el invierno sería su salvación!



Bernardo sentía que estaba herido. Cayó allá lejos bajo las balas, en un campo de demonios. Se le figuraba ser como un soldado que vuelve de la guerra arrastrándose penosamente.

«Me han herido —se dice—, me han herido. Es preciso que la llaga se cicatrice pronto, de lo contrario estoy perdido. Y esto es lo grave: la llaga no se cierra, vive, palpita al fondo de mi ser. La herida agranda sus bordes vivos en lo más hondo del alma».

Acaso esa herida ocupa ya la mayor parte de su ser recóndito. Lo irremediable, lo irresistible aparece entonces al fondo de su espíritu. Un pensamiento subterráneo se levanta. Difuso, incierto, empieza a tomar cuerpo y forma imperiosa.

En esos estados de ánimo, cuando se siente vecino a la desesperación, a veces se le ocurre que lo único positivo que le queda es el tormento. Entonces se afirma en su melancolía, pero la mayor parte de las veces la melancolía le disocia el espíritu. No le queda otra cosa que esconderse en sus venas, diluirse en sus tinieblas enfermas.

En sus momentos más lúcidos se le figura que su presencia no actúa, que no tiene peso. Cree estar seguro de que desde hace algunos meses sus pensamientos más importantes mueren al nacer, todo se le ahoga en un agua imprecisa.



Ahora él sabe que esto pasará porque ahora viene el invierno. Lo siente venir como la llegada de un amigo. El invierno viene hacia él con los brazos tendidos.

Bernardo se levanta, se estira. Por primera vez después de su convalecencia, después de su fiebre y sus delirios, siente hambre y hasta ganas de salir a la calle. Había pensado pedir por teléfono su comida al restorán. No, es mejor salir. Irá al restorán y volverá temprano. Le servirá de paseo, un paseo corto, un tomaoxígeno, un espantafantasmas. Un poco de aire, por hoy basta. Mañana será otro día... y ya viene el invierno.

* * *

Durante los días se sintió más liviano, más seguro de sí mismo. Iba al restorán, leía los periódicos, entablaba conversación con el mozo que le servía y regresaba a su casa. Dormía un poco mejor.

«Mi vida —pensaba—, se resume en ir a vagar por las calles, entrar en algún café o un restorán, como si la imaginación no me diera para más o como si cualquier otra diligencia ofreciera graves peligros».

El tercer día se quedó en casa, leyó algunas horas, contempló largo rato su sombra en la pared de la sala. Movía las manos, observaba los efectos de la sombra. En un ángulo del muro había una especie de pilar en relieve



que subía hasta el techo. De pronto se le figuró que ese pilar era un fantasma, ese pilar tenía vida, tenía vida y sangre y latidos adentro. Ese pilar era él, era él mismo, allí de pie, con sus pensamientos, con su corazón. Era él haciéndose un poco de noche, pegándose a los rincones para verlo todo sin ser visto; era él volviendo a sus condiciones primitivas, geológicas. Él, cosa de la tierra, objeto del universo. Pasó las manos por la pilastra, se acarició a sí mismo.

Esa noche sintió un cierto vértigo y volvió a delirar.

Al día siguiente, desde que se levantó, decidió que en la noche iría al teatro. Esta idea le sacudió agradablemente y le levantó el ánimo, que ya empezaba a decaer otra vez.

Tomó una buena butaca junto al pasillo del centro y más o menos en la mitad de la sala. Hacía un calor sofocante, el aire estaba electrizado. El espectáculo era alegre. A él le gustaban las revistas. Una música tonta, engomada de antemano como los sellos, para que se pegara en los oídos. Frente a él, en un palco, había una mujer extraordinaria, de rasgos tan curiosos, que parecían colocarla fuera de todas las razas conocidas. De una palidez tan rara, que no se podría decir si era blanca, verde o amarilla. Una palidez al último extremo de la palidez, pero con cierto oriente como una perla muerta, a la cual hubieran querido dar otra vez su brillo



frotándole un fósforo violeta. Parecía que tenía una luminosidad entre la piel. Una sirena de la luna caída en la tierra, petrificada en el camino. Tal era su actitud hierática y como fuera del mundo. Sus ojos minerales tenían un brillo tan lejano como esas piedras mojadas que advertimos en la noche al fondo de las playas.

«Es una estatua de sal a media luz —pensó Bernardo, y esta frase se le clavó en el cerebro con tal insistencia, que sus labios empezaron a murmurar —: Una estatua de sal con una pequeña luz adentro».

El espectáculo había dejado de estar en el proscenio para Bernardo, cuando de pronto aparecieron las bailarinas de la «Leyenda submarina». Veinte muchachas con cabelleras de algas y cubiertas de escamas de oro, bailaban en el fondo del mar. Bernardo fijó los ojos en el proscenio. Las veinte bailarinas evolucionaban, desfilaban, saltaban a un ritmo perfectamente uniforme y disciplinado. Bernardo advirtió que su corazón empezaba a palpar de un modo extraño. Sus ojos se nublaban y se iluminaban alternativamente, su respiración se hacía penosa. Se le figuró que sentía un viento de remolino en torno de su cuerpo. Se aferró a la butaca. Estaba seguro, perfectamente seguro: los rostros de las bailarinas iban cambiando. No eran los mismos que vio al mirarlas por primera vez. Se iban haciendo infantiles, angelicales. Eran todas niñas de diez a doce años a lo sumo. Niñas



perdidas en el fondo del mar, huyendo en remolinos vertiginosos de ese monstruo de enormes fauces que las perseguía. Era evidente que el monstruo se movía. El mismo monstruo que al principio estaba como clavado entre las piedras submarinas. Bernardo se oprimía la cabeza y cerraba los ojos.

En ese instante sucedió una cosa horrible. La mujer del palco, la mujer de perla muerta, la hierática, la estatua de sal a media luz, se puso de pie y gritó, mejor dicho aulló:

—Va a temblar, va a temblar.

Bernardo saltó de su asiento ante las miradas asustadas de los espectadores que se agitaban de un modo extraño, saltó de su asiento y corrió hacia la puerta. Algunas personas corrieron detrás de él, otras se reían y hablaban a media voz. Cuando Bernardo desembocaba en la calle, se oyó un ruido espantoso en el cielo. Un relámpago iluminó las nubes negras. Empezó a llover a cataratas. Luego retumbó otro trueno fuerte. Las luces del teatro se apagaron. Se oyó una gritería desesperada que salía del interior.

— ¿Está temblando? ¿Ha temblado?

—No, señor, ha sido un rayo que cayó sobre la cúpula del teatro.

— ¡Qué escapada! —murmuraban algunas voces jadeantes—. Seguramente estaba malo el pararrayos.



—Extraordinario, milagroso. Yo digo milagroso —
repetía una voz temblando.

Bernardo no oyó más. Le pareció ver parada bajo la lluvia, al medio de la calle, a la estatua de sal a media luz. Bernardo corría, corría sin saber hacia dónde iba. Sentía que debía huir de allí, que algo le empujaba, algo le hacía huir lejos de aquel sitio.

Le habría sido imposible decir la hora en que llegó frente a su casa, ni cómo entró, ni cómo subió la escala. El hecho era que se encontraba en su departamento, de pie, temblando en medio de su pieza y con las ropas mojadas que chorreaban gotas sobre el piso.

Del mismo modo inconsciente como había llegado a su casa, sin saber por dónde había andado ni cuánto tiempo había tardado, así con gestos de sonámbulo, se desnudó, dando diente con diente, y se echó a la cama. La visión de la extraordinaria mujer del palco no se apartaba un momento de sus ojos. Allí estaba ante él la perla muerta, la estatua de sal a media luz, con esa desagradable y terrible luz interior. ¿Quién era esa mujer? ¿De dónde había salido esa mujer? ¿Y por qué él había obedecido a su voz cuando ella había lanzado ese alarido profético? Él había sentido algo más fuerte que su voluntad que se apoderaba de todo su ser. Estaba seguro de que algo oculto se había establecido entre él y esa mujer, un lazo subterráneo, un lazo de tinieblas. Pero



¿quién era esa mujer?, ¿por qué él había huido de ella? Porque en realidad él no había huido de la catástrofe sino de la perla muerta. ¿Y por qué razón había sobrevenido la catástrofe ese día que él estaba en el teatro, en el preciso momento en que él estaba allí sentado en su butaca? ¿Era acaso porque él atraía la catástrofe y lo extraordinario?

«No cabe otra solución, yo soy un hombre fatal, llevo la fatalidad pegada a mi persona».

¿Cómo saber cuándo la casualidad es casual?

«Empiezan los signos —se dijo—, se esbozan los anuncios. ¿Anuncios de qué? ¿Signos de qué?».

Bernardo pasó una noche horrible. Oía el roce de su angustia en las paredes muertas. El vértigo de sus pensamientos y de sus visiones le envolvía por dentro y por fuera todo su cuerpo. ¿Aquella mujer era un ser real o era un fantasma suscitado por su imaginación enferma? Se hacía un vacío imponente en torno de él. Ya apenas podía respirar. Miles de lucecillas como fuegos fatuos giraban ante sus ojos desesperados, y al mismo instante se sintió naufragar en un agua profunda, entre torbellinos que silbaban en sus oídos.

XXXV

Muy entrada la mañana se despertó espantosamente



fatigado. Su cuerpo y sus huesos estaban tan quebrantados, tan adoloridos como si hubiera combatido contra un ejército entero. Decidió no levantarse de la cama, y aún en ella no hacer el menos movimiento; quedarse tendido, marmolizado como esas estatuas dormidas encima de las tumbas.

«¿Y qué otra cosa soy yo sino una estatua sobre una tumba?».

Sentía náuseas y una especie de mareo. Flotaba en un vaivén de mar, y ninguna idea se precisaba en su cerebro. Sin embargo, se diría que buscaba en su alma un espacio con un poco del sol y aire para no asfixiarse.

Apenas una vez, por un minuto, recordó a la extraña profetisa del palco. «Pero se equivocó: en realidad no tembló. Fue solo una tempestad como muchas otras... con un rayo un poco más brutal». Estaba tan fatigado, que a cada instante se le cerraban los ojos y se quedaba en largos entresueños. Había pensado vagamente que aquella mujer iba a convertirse en una obsesión. Pero no había sido así, no se había creado la obsesión. Pensaba en muchas cosas a la vez y no pensaba en nada con continuidad.

«Es evidente, soy un hombre rodeado de signos, un hombre que atrae lo extraño porque no ha sido capaz de vivir de un modo natural ni crearse una voluntad contra su debilidad; un ser misterioso, flotando en medio del misterio».



Como a eso de las cinco de la tarde llamaron a su puerta. Sonó el timbre. Bernardo se sobresaltó en la cama. Volvió a advertir que desde hacía algún tiempo, cada vez que sonaba el timbre de la puerta su corazón se agitaba terriblemente, sus nervios temblaban como ante un peligro inmediato. Sabía que esto era estúpido, que no había ninguna razón para asustarse. Entonces sentía rabia contra sí mismo, pero sobre todo contra el que había llamado a la puerta. Por eso, de pura cólera, jamás abría, ni siquiera iba a preguntar quién llamaba.

Seguramente tenía fiebre. Se bebió toda el agua de la jarra que dejaba sobre su mesita de noche. Escondió la cabeza debajo de las sábanas. Así permaneció largo tiempo, y luego se durmió profundamente.

Debía hacer frío afuera, pues los vidrios estaban empañados.

El invierno no se presentaba muy riguroso. El sol entibiaba los días con una dulzura verdaderamente maternal.

Bernardo salía todos los días a la hora del sol y se iba a sentar en un banco del jardín público de su barrio. Siempre elegía el banco más apartado, en el sitio más solitario. ¿Por qué decidió aquel día cambiar de sitio e ir a sentarse a la orilla del río? ¿Y por qué, una vez en la orilla del río, se le ocurrió tomar uno de los vaporcitos que llevan a pasear hacia las afueras de la ciudad? Nunca



se lo pudo explicar. ¿Y cómo sucedió aquello? Tampoco nunca después se lo supo explicar. El hecho es que iba en el vaporcito lleno de gente, cuando de pronto un chiquitín que estaba afirmado en la borda, de rodillas sobre su asiento, cayó al agua. Un grito desesperado resonó en el aire. Luego cien gritos, un clamoreo ensordecedor. El barco vino a detenerse como a cuarenta metros más allá del sitio en donde había caído el niño. Bernardo no comprendió en qué momento él se había lanzado al agua. Se encontró nadando con todas sus fuerzas hacia el pequeño remolino donde ya se iba hundiendo la cabellera imprudente. Al instante se sumergió detrás del remolino, y unos segundos después sacaba la cabeza y luego una mano que levantaba de los cabellos el cuerpo del pequeño hasta medio pecho fuera del agua. Así se quedó un instante como agarrotado, como paralizado por la fuerte emoción. Un silencio de piedra parecía también haber paralizado todo en torno de él, a causa de la misma emoción. Luego se oyó un tumulto de voces. Los pechos se soltaron, los labios se descongelaron. El barco retrocedía y llegaba junto a Bernardo, que se sostenía a flote nadando con una mano, de un modo absolutamente automático. Tuvieron que subirlo al barco. Él no hizo menos esfuerzo para cogerse de las cuerdas que le habían arrojado, ni para asirse al borde.

«¿En dónde he leído yo esto o algo parecido? ¿O lo había pensado o soñado yo mismo antes?».



Estaba por completo paralizado. Una vaga sonrisa aparecía como burilada en el cobre opaco de sus labios. La madre del chico lloraba y se retorció histéricamente entre dos gruesas señoras, una de las cuales tenía al niño en los brazos y lo ponía boca abajo para hacerle arrojar el agua.

—Está salvado, está salvado. Respira perfectamente bien. El corazón está apenas un poco agitado.

Cuando vio a Bernardo, a quien un caballero de barba blanca ofrecía una copa de coñac, la madre se lanzó de rodillas a sus pies, cogiéndole las piernas y besándole las manos, sin poder proferir ni una sola palabra.

Bernardo sonreía como una estatua lejana, muy alta, encima de las nubes. ¿No sería él una estatua de sal a media luz?

—Merece una medalla —chilló una voz resuelta.

—Merece una medalla —repitió el capitán del barco, levantando la gorra y rascándose la cabeza como todo auténtico capitán de barco al decir algo importante.

Bernardo sonreía, de pies sobre una estrella muy remota que seguía bogando en el celeste océano.

«¡Qué medallas ni qué ocho cuartos!».

¿Pero oía siquiera lo que hablaban en torno a él? ¿Se daba cuenta de las atenciones y de la ternura de que era objeto? Estaba tan lejos, allá arriba, en esa estrella, tan lejos... Y acaso en esa estrella había también una gruta encantada, una profunda caverna mágica.



* * *

Tres horas después, Bernardo paseaba por su habitación, meditando en las injusticias de la vida.

«Soy un hombre bueno, no cabe duda. Solo un hombre de corazón tierno expone su vida y se lanza al agua para salvar a un chico desconocido. El barco iba lleno de gente y nadie intentó lanzarse a salvarlo. Únicamente yo entre todos podía hacer ese gesto noble. Soy un ser excepcional, un excelente corazón. Tengo un pecho sublime. Pasta de héroe. Y a lo mejor cualquiera de esos cobardes se hubiera atrevido a insultarme o a creerse mejor que yo. Es preciso tener el alma muy vil para calumniar y perseguir a un hombre como yo. Solo una bruja canalla y corrompida puede insultar a un hombre bueno, probadamente bueno como yo. ¿Pero había soñado que me iba a suceder esto? ¿O había leído una escena semejante en algún libro? Qué cosa más rara. Tengo la sensación de que esta escena exacta estaba presente en mí desde antes, mucho antes de haberla vivido».

XXXVI

Estaba optimista, tres días de perfecto optimismo. Ya sabía que el invierno sería su salvación. Sin



embargo, el señor del piso de arriba, el señor que besaba a los muchachos en la escalera, le lanzaba miradas llenas de doble sentido y las vecinas le escrutaban inquisidoras al cruzarle en los pasillos.

Hacía mucho tiempo que no frecuentaba a nadie. Ni sus amigos ni sus amigas venían a verle. Había tenido la habilidad de espantar a todo el mundo de su lado y buscar la tranquilidad en la vida solitaria. Solo pensar en sus pasadas amistades le producía horror.

Miró el reloj; eran las cuatro de la tarde. Se puso el gabán, cogió el sombrero y salió a la calle. Sus pasos le llevaron a la orilla del río, donde tres días antes había sido héroe, había sido aclamado, donde le habían besado las manos y le habían mojado de lágrimas las rodillas. En uno de los muelles esperó el vaporcito y diez minutos después estaba instalado sobre la cubierta baja, en el banco de popa, junto al timón. Miraba el agua y miraba el cielo. No hacía ningún caso de los bullangueros grupos que le rodeaban con canastos de comestibles y botellas de vino. Bernardo sonreía, una alegría fogosa le dilataba el pecho, reía y hasta canturreaba en voz baja.

«Aquí fue —se decía—, aquí fue. ¿Ven ustedes cómo soy un buen hombre? Todas son calumnias, viles calumnias de mis enemigos. En el fondo soy un hombre excelente. ¡Ah, si alguien pudiera ver mi corazón!».

Su sonrisa iluminaba el río. Se acercó al timonel y le



tendió un rollo de billetes. El hombre abrió tamaños ojos y le quedó mirando un instante, luego se sacó la gorra y le dio las gracias.

Cuando el vapor se detuvo en el último muelle, en las afueras de la ciudad, Bernardo saltó a tierra en medio de los pasantes. Tomó un sendero en pleno campo, por donde nadie transitaba, y se alejó entre los árboles. Contemplaba las piedras amorosamente, acariciaba los troncos y las ramas bajas con una ternura y una piedad que parecía en éxtasis.

«Soy un buen hombre. Daría mi vida por salvar a cualquiera de la muerte.

Nadie puede dudar de que soy un buen hombre». Se tendió en el pasto y se quedó mirando el cielo durante media hora.

«Por fin ha comenzado el invierno. Bendito sea».

En el último vapor regresó a la ciudad. Un hambre devorador le acuciaba las entrañas. Entró a un restorán de estudiantes, donde sabía que se comía bastante bien. Tomó parte de las conversaciones de sus vecinos. Escuchaba arrobado todo lo que se hablaba.

—Lo que yo sostengo —gritaba un estudiante—, es que se debería coger varias parejas de monos al nacer y operarles el cerebro, darles la forma de caja craneana del hombre. Esta operación se repetiría con los hijos de estos monos, y así en tres o cuatro o cinco generaciones. Estoy



cierto de que se obtendrían resultados sorprendentes, se llegaría a fabricar otra especie de hombres. Yo haré esto un día. ¿Comprenden ustedes ahora por qué digo que seré uno de los más grandes hombres de la humanidad? Seré más que Platón, seré más que Cristo, más que Colón, más que Leonardo, más que Shakespeare, más que...

—Serás Dios —gritó un muchacho grande y fuerte, estrechándole en sus brazos—, a menos que el cerebro de tus monos no se llene de agua.

—Es posible que sea posible —exclamó Bernardo—. Acaso hemos oído de la voz de un precursor.

Luego pensó:

«Quizás ese estudiante un día... ¿Por qué no? Es posible que sea un genio».

Estaba encantado con la idea de aquel muchacho, estaba entusiasmado. Sus nervios se agitaban y su imaginación se dilataba de un modo increíble.

En otra mesa discutían sobre problemas sociales.

—Yo afirmo —exclamaba un joven de ojos penetrantes—, afirmo rotundamente que hoy día un hombre inteligente, un hombre superior de verdad tiene que ser comunista o por lo menos simpatizante de la revolución. Es imposible que un hombre de mirada profunda que contemple el mundo sea antirrevolucionario. Yo no me entregaría en manos de un médico anticomunista, no daría a construir mi casa a un



arquitecto anticomunista. Me producirían una terrible desconfianza. No creo en un escritor ni en un pensador antirrevolucionario, no creo en un ingeniero antirrevolucionario, no creo en un sabio antirrevolucionario. Tiene que ser un hombre mediocre, un hombre que se opone a que la humanidad suba de rango, tiene que ser un idiota; un hombre satisfecho del caos, de la mugre, de la injusticia que le rodea, tiene que ser un imbécil y un mal hombre.

En aquel momento un viejo esbelto con patillas recortadas al estilo de otros tiempos, se acercó al grupo con una copa en la mano y prorrumpió en grandes ademanes.

—Generosidad, generosidad. Son ustedes demasiado jóvenes y su generosidad les hace sentar premisas exageradas y adoptar ciertas soluciones como las únicas posibles.

—No se trata de generosidad, señor mío —respondió el estudiante que acababa de hablar.

—Se trata de lógica, de razón pura —gritó otra voz.

—Y de alta moral —añadió otro.

—No me interrumpáis —chilló el viejo—. Si yo fuera comunista lo sería por caballerosidad, por hidalguía. La nobleza de mi corazón... ¡No rían ustedes!, mi caballerosidad me impide explotar a nadie. Créanme, señores, los explotadores se visten de caballeros, pero



no lo son. ¿Cómo puede ser caballero un hombre que mantiene a otros hombres en la pobreza, en la ignorancia y aun en la desesperación? Un hombre que se aprovecha de la miseria, que se enriquece a costa del sufrimiento ajeno y de rebajar a otros hombres, no puede ser noble. Mi hidalguía me obliga a desaprobar la miseria y la esclavitud. Un verdadero hidalgo está siempre con los desheredados.

—Una copa por el hidalgo —rugió uno de los muchachos.

—Pueden ustedes reír... Cada cual es como es —exclamó el viejo—. Mi dignidad me impide ser feliz sabiendo que hay otros que viven en el tormento y la desesperación —un hipo cortó su frase—... en la ignorancia y en el hambre, hambre del cuerpo y hambre del espíritu.

El estudiante de los grandes ojos penetrantes chocó su copa con la copa del viejo.

—Pero usted comprenderá, señor, que la humanidad no va a esperar en la hidalguía y la caballerosidad de sus congéneres. Tenemos derecho a desconfiar de esa caballerosidad y de esa hidalguía. Creo que la historia nos da pleno derecho para no esperar nada de esos señores.

—Porque, desgraciadamente, joven, no hay hidalgos ni caballeros. Un hidalgo, sabe usted, es un justiciero,



es un hombre que tiene un hondo sentido de justicia y un gran respeto del hombre.

—Para nosotros el problema de la revolución es un problema económico y social, señor mío. Se trata de levantar a la humanidad, se trata de realizar al hombre. Esto lo lograremos por la revolución, basándonos luego en un mejor sistema económico... Sin explotados ni explotadores, sin clases sociales diferentes. Nosotros no podemos esperar la hidalguía de los caballeros ni la caballerosidad de los hidalgos.

—No se trata —interrumpió otro estudiante—, no se trata de hidalgos, de nobles, ni de obreros, ni de..., etc. Se trata del hombre. ¿Comprende usted?

—Te equivocas, amiguito, se trata justamente de burgueses y de obreros, de ricos y de pobres —corrigió un muchacho sentado apaciblemente en un rincón—.

Después nacerá el hombre.

Bernardo se agitaba en su asiento y pensaba que si hubiera sentido su tiempo, si hubiera obedecido al momento histórico y dado a su vida un objetivo y se hubiera entregado a trabajar de lleno como revolucionario, nunca habría corrido graves peligros ni vivido en ese desconsuelo interno en esa misantropía tan hueca y tan triste.

«Una vida inútil —pensó—; jamás he podido dar a mi vida un alto objetivo».



Bebió copiosamente, y, ya muy entrada la noche, se dirigió a su casa.

Estaba seguro de que con unos cuantos días como el que acababa de pasar, ya podría volver a escribir. Se acostó solo, gesticulando, en largos movimientos sueltos, casi aéreos.

«A la cuarta o quinta generación de monos operados debería mezclárseles con seres humanos. Tal vez antes sería preciso mezclar todas las razas de monos más semejantes al hombre; orangutanes con gorilas y chimpancés y gibones».

«Por lógica, por moral, por hidalguía, todo hombre debe ser hoy un revolucionario... Hay que empezar una vida nueva, esta noche voy a dormir bien».

Pero una vez en la cama, no pudo dormir. La excesiva alegría empezó a acongojarle. Varias veces se alzó ante él, aunque algo difusa, la figura de la mujer del teatro. La estatua de sal a media luz se dibujaba un segundo y se deshacía en las sombras. Crujió un mueble en alguna parte cerca de su dormitorio, su corazón latió con más fuerza. En ese momento preciso pasó ante sus ojos la silueta de aquella portera de la calle Valmont. Bernardo lanzó una carcajada estridente.

«Al diablo la bruja, al diablo la puerca. Yo sé que soy un buen hombre».

* * *



Hacia algún tiempo que la palabra fatal, la horrible palabra no había sonado a sus oídos. Pero eso no podía tranquilizarlo por completo. Un temor vago venía a enturbiar sus alegrías. Bernardo presentía que la palabra vivía cerca de él, que le acechaba en las tinieblas.

No había pasado muy mala noche, pero no tan buena como había esperado al acostarse, después de un día de felicidad y hasta de satisfacción de sí mismo. Otra vez se sentía fatigado como si algún sueño devastador que no recordaba hubiera agitado su espíritu y aun sus nervios durante la noche. Mientras se rasuraba, ya pasado el mediodía, pensaba que sus optimismos podían ser falsos, que acaso eran solo pretextos creados por él mismo, salvavidas inventados por las ansias de su imaginación.

Esta idea enturbió su corazón por largas horas.

«Pretextos, optimismos falsos, puesto que yo ya no soy el mismo; mis ojos no son estos ojos, esta no es mi nariz, ni mi boca. Yo estoy quién sabe dónde... Y aquí está quién sabe quién...».

En la tarde, venciendo cierta repugnancia, se decidió a salir. Iría a recorrer sus viejas librerías. En efecto, pasó y repasó varias veces frente a las vitrinas de algunos libreros. Pero le era imposible cruzar el umbral y entrar como antes a registrar en los estantes, a consultar los ficheros de las novedades. Cansado, aburrido, derrotado, volvió a tomar el camino de su casa.



Al pasar por una calle, vio dos hombres que charlaban junto a su reverbero. Le pareció que al verle venir se hacían un gesto y que uno le señalaba con el dedo y profería ciertas palabras en voz baja. Bernardo se volvió para insultarles, pero ningún sonido salió de sus labios.

Continuó su camino con paso decidido. A poco andar, advirtió una sombra que venía de lejos en sentido contrario. En el acto y sin saber por qué, se le clavó en la mente la idea de que aquel señor que se acercaba lentamente era el actual poseedor de sus ojos. ¿Por qué? No habría podido explicarlo.

«Pero sí, claro está, ese señor trae mis ojos, mis ojos de antes, mis ojos verdaderos, los que se me habían ido hace tiempo, ahí vienen. Ahí vienen mis ojos. Ya los encontré. Ahí vienen mis ojos».

Se detuvo un instante bajo la luz.

«Aquí podré verlo bien».

El señor se acercaba, pasaba junto a él.

«Yo podría arrebátárselos, arrancárselos, puesto que son míos. Pero no, no son mis ojos. Los míos eran verde gris, y esos son oscuros, negros. No son mis ojos».

Tristemente siguió andando sin sentido, luchando contra las tinieblas, con la espada rota, con el cuerpo roto, con el alma rota. Vencido, cansado, anhelante como siempre, buscando el horrendo refugio de su casa.



XXXVII

Una neblina espesa había caído sobre la ciudad, y se arrastraba por las calles. Bernardo había abandonado su departamento impulsado por un deseo súbito de vagar sin rumbo. Sus pasos le llevaban por diferentes sitios, y él no sabía por dónde iba ni para qué seguía andando. No se veía nada a través de la bruma. Solo junto a los halos de luz de los faroles se dibujaban los transeúntes en sombras sigilosas. Por momentos se sorprendía apurando la marcha, como si huyera de alguien, como si quisiera distanciarse a un ser invisible o como si pretendiera dejarse atrás a sí mismo. Iba rápido, rápido a pesar de la niebla. Minutos después se detenía, miraba hacia todos lados como un buzo en el fondo del mar, se acercaba las manos a los ojos y las alejaba, calculando la distancia de la visión. Andaba lento, muy lento durante algún rato. Luego volvía a apresurar el paso. Le sobrecogía oír voces que no sabía de dónde procedían, voces martirizadas por el aire espeso y ciego. A menudo se detenía creyendo que iba a estrellarse con alguien que venía en sentido contrario.

Andar, vagar, oír resonar sus pasos a la deriva y pensar o no pensar en nada. Andar como un árbol, salir a buscar su alma por todos los rincones de la niebla, vagar horas y horas por esos laberintos de algodón.





La humedad penetraba los poros de la ropa y los poros de la piel. Los ruidos parecían también esmerilarse, resonar opacos como el aire. Ruidos llenos de humo blanco, ensordecidos a pesar de su insistencia para despertar a la muerte, a la novia muerta que semejava la ciudad.

Bernardo pensaba que su esqueleto se llenaba de agua, que pequeñas gotas de agua empezaban a brillar sobre sus huesos. Al estrecharse la visión a causa de la bruma, sucede que los otros sentidos se ensanchan, y así la ciudad se hace inmensa, crece, se dilata, se presiente infinita y llega un momento en que no se sabe si uno va por su ciudad natal o si, salvando las distancias en la ceguera de los órganos del tiempo, vamos andando por una ciudad de Marte o de la Luna. Por ejemplo, si en este instante yo pudiera asomar la cabeza fuera de la neblina, ¿en dónde me encontraría?

Bernardo experimentaba un tal crecimiento de todos sus sentidos a expensas del visual, que por momentos creía que iba volando, bajando, bajando no sabía por qué abismos de espacio, planeando lento, sin mover las alas. Luego aterrizaba, se detenía un minuto y volvía a andar con trancos pesados y cautelosos.

«Un hombre excelente —repetía—, un muy buen hombre».





¿Por qué había salido de su casa en un día semejante?
¿Qué iba buscando entre las nieblas?

En una calle, que no debía ser muy ancha, un largo rebaño de autos bramaba en sus bocinas de un modo ensordecedor. Los focos horadaban la oscuridad confusa, dibujaban pequeños arcoíris en la bruma, se cruzaban, se separaban, saltaban unos por encima de otros. Bernardo apretó el paso y torció por la primera esquina para alejarse del ruido y del tumulto. Varios bultos pasaban en sentido contrario. Cruzó la calle y se encontró con que había desembocado en uno de los puentes principales del río. Chocó con un fantasma que le pidió perdón y le echó un fuerte tufo a vino en la cara. Dos sombras se despidieron a su lado, y se oyó un beso. Siguió andando. Iba ya por la mitad del puente, cuando sintió pasos a su lado, unos pasos que tomaban el mismo ritmo de los suyos, unos pasos iguales a los suyos. Su corazón empezó a palpar angustiosamente. Alguien le rozó, y una voz casi imperceptible repitió a su oído:

«Sátiro, sátiro, sátiro».

Bernardo sintió el hálito tibio debajo de la oreja, vio de reojo brillar los dientes venenosos durante un segundo; luego el bulto se alejó, se perdió en el humo húmedo, pero sus pasos siguieron resonando algunos instantes sobre la vereda del puente. Abajo se oía el rumor vago del río. Bernardo se llevó las manos a la



cabeza, creyó que iba a desplomarse al suelo, que se mareaba, que todo giraba en torno suyo. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, echó a correr hacia el extremo del puente. Le temblaban las piernas. Al llegar al reverbero de la salida del puente, se detuvo, miró hacia todos lados.

«¿Qué? ¿Qué dice ese imbécil?».

Siguió andando, dominando el temblor de sus piernas, escrutando las sombras de reajo. Al divisar la luz de un café, lanzó un suspiro, corrió hacia la puerta iluminada y se metió entre las mesas buscando el sitio más solitario. Allí arrinconado, con ojos de animal herido, lanzando miradas de odio al mundo, se bebió casi media botella de coñac.

Varias veces el mozo se le acercó, creyendo que le llamaba con señas o que le hablaba. Tal debía ser su agitación, que seguramente gesticulaba solo y pronunciaba frases en voz alta.

Tarde en la noche regresó a su casa tambaleándose como un ebrio. La niebla se había despejado casi por completo; apenas un ligero tul pálido flotaba sobre los faroles entumecidos.

XXXVIII

Bernardo Saguen había pasado dos días horribles. Encerrado en su departamento, meditaba toda clase de



venganzas contra sus enemigos. No había podido dormir ni una hora y la tortura constante del insomnio añadida a la tortura de sus obsesiones, le habían reducido a un estado de harapo humano. Su miedo a la oscuridad aumentaba por minutos y, sin embargo, no se atrevía a salir de su casa.

«Siempre he sido algo tímido —se decía—, siempre he sido fácil presa del terror, pero no como ahora. Esto excede todos los límites».

Sufría desvanecimiento y también recordaba haberlos sufrido antes, más o menos a menudo. Pero no como ahora, no como ahora. Pasaba tendido de un diván en otro, recorría todos los sofás de la casa. Solo tomaba café, mucho café y algunas copas de vino o de jerez. Tenía la sensación de que desde hacía algunos meses había ido subiendo una cuesta abrupta y pesada, y que ahora empezaba a bajar por el otro lado.

En aquel momento estaba tendido de espaldas en el diván de la sala grande. Recordaba escenas de su vida pasada. Cosas que creía no haber recordado nunca, revivían de pronto en su memoria. Rincones oscuros del fondo de su alma se iluminaban con súbita luz. La imagen de su madre perdida en las sombras de su niñez, aparecía ante él con una claridad increíble. Su madre le miraba arrobada. Observaba largamente al niño meditativo, tan quieto, tan fino.



«Serás un santo» —le decía, y besaba en la cabeza.

Creía oír su voz: «Serás un santo». Recordaba el día en que su padre volvió del cementerio, le sentó en sus rodillas, le estrechó y le acarició como nunca lo había hecho, y como no volvería a hacerlo.

Bernardo sentía una angustia indescriptible. Hubo un momento en que creyó llorar y se frotó los ojos. Profirió algunas palabras sueltas y tal vez sin sentido. Sus palabras admiraron el silencio.

Se levantó y empezó a pasearse por la sala. Solo entonces se dio cuenta de que no se había vestido y que llevaba dos días sin vestirse, cubierto el pijama de dormir con una gruesa bata de lana. Se paseaba de un lado a otro, se hablaba a sí mismo como delirando y lamentándose de su propia vida y de su porvenir. Buscaba desesperadamente algo a que asirse, buscaba y rebuscaba en su cerebro, en su espíritu dolorido y no encontraba nada. Sus labios murmuraban palabras y frases al aire.

«Pobre Bernardo, pobre hombre destrozado, deshecho. ¿Qué porvenir te espera?».

Contemplaba los objetos de la pieza. Luego repetía con voz sorda:

«Estás perdido, estás perdido».

«No, señor, no estoy perdido se equivoca usted. Soy un buen hombre... Además, el invierno..., sí, el invierno, ya verá usted... Aunque a lo mejor... Vaya uno a saber.



Evidentemente ya no soy el mismo..., mis ojos se han ido, mis manos se han ido mi cabeza se ha ido. ¡Pobre Bernardo!».

Se detuvo en seco, clavó los ojos en el suelo.

«¿Es esta mi voz?».

¿Cuántas veces se había hecho la misma pregunta? Se quedó un instante en suspenso. Levantó los ojos, empuñó las manos y gruñó con ferocidad:

«Esto es absurdo, no hay nada más absurdo; me estoy lamentando sobre mí mismo, como si yo fuera otra persona, estoy llorando sobre mi propia tumba».

Sus pasos resonaban en la noche.

«Un hombre verdadero no se lamenta, busca soluciones y siempre las encuentra..., y en último caso, en último caso... el suicidio. No es tan terrible el suicidio..., es una buena cosa, una gran solución. Y para suicidarse se necesita cierta nobleza, cierta dignidad. Hay que ser un buen hombre. No todo el mundo puede suicidarse».

Sintió que se sofocaba. En realidad la atmósfera estaba espesa, no había abierto las ventanas en dos días.

«Falta aire, necesito aire».

Se dirigió a su escritorio, abrió la ventana, acercó al balcón el gran sillón de cuero y se sentó pesadamente a contemplar la noche.



Así permaneció durante un largo tiempo. No sentía frío ni se daba cuenta del correr de las horas. Sus pensamientos se embrollaban, sus congojas se apaciguaban, se hacían dulces y su rostro se transfiguraba como si le embargara un éxtasis violento. Empezaba a flotar o a vagar por otros mundos, por sus mundos, suyos, privados, únicamente suyos. Todo desaparecía alrededor; el cielo, la tierra, dejaban de existir. Sonreía terriblemente. La gruta mágica se erguía ante él. La gruta de los mirajes llenaba sus ojos, su cerebro y le rodeaba por todas partes. Se internaba y se perdía en sus laberintos en medio de una luz indecisa y fría, una luminosidad de nieve encendida. Y allá al fondo, muy al fondo, aquella niña de diez años que le sonreía y le llamaba, aquella niña buena que le comprendía y solo aspiraba a adorarle de rodillas. ¡Cuán lejos estaba de las miserias de la tierra y cómo palpitaba su corazón en esas profundidades! Esa era la vida verdadera. Nunca había sentido un placer tan violento. Sonaba una campana remota, allá escondida, detrás de los horizontes, allá Cuando Bernardo empezó a agitarse en el sillón, un rictus doloroso y feliz se marcaba en sus labios. A pasos medidos iba saliendo penosamente de la gruta. Subía lento y fatigado a la superficie. De súbito se encontró en su escritorio, sentado junto a la ventana, en el sillón de cuero.



«Pero ¿cómo? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?» — se preguntó angustiado.

Se levantó de su asiento y se dirigió al lavatorio. Se mojó las sienes, se miró al espejo. Sus piernas se doblaban, se estremecía entero, estaba pálido, desfigurado, y los labios le temblaban. Permaneció un instante clavado allí de pie contemplándose. Sintió miedo y una tal pena de sí mismo, una tristeza tan profunda, tan entrañable, que empezó a llorar de compasión por el Bernardo Saguen del espejo.

XXXIX

Examinando ciertos momentos de calma los acontecimientos de los últimos meses de su vida, Bernardo llegaba, como otras veces, a la conclusión de que era víctima de una injusticia odiosa, absurda, puesto que era incapaz de hacer mal a nadie. Esta injusticia que le perseguía, que gravitaba sobre él como algo tangible, orgánico, algo que llegaba hasta doblarle la cabeza y curvarle las espaldas.

«¿Por qué razón doy vueltas en mi cerebro estas imbecilidades? ¿O es que siento placer en torturarme?»



Acaso me he creído un personaje de novela... Eso es. De ahí vienen mis males, seguramente me he creído un personaje de esas novelas atormentadas, sordas, trágicas... Yo, solo yo, soy mi mayor enemigo. Tiene razón mi portera: es peligroso vivir en la soledad y leer tanto. He leído demasiado en mi vida. Estoy enfermo; es preciso ver un buen médico...

»¿Pero soy un personaje real? ¿Y si yo no fuera un personaje real, si fuera solamente la creación de un ser tan potente que me hace creer en mi realidad? Acaso no existo... No soy una realidad, estoy viviendo una novela, una novela monótona, exasperante de monotonía, una espantosa novela. ¿Qué autor desesperado me está haciendo cruzar su mundo de horrores, me está haciendo vivir su desesperación, se está librando de sus angustias y sus monstruosidades por medio de mi persona?... ¡Horror!... ¡Qué absurdo!... ¡Qué espantoso abismo! Un paso más y la locura completa».

El aire denso le ahogaba como en la noche anterior y decidió salir a la calle.

«Son las seis de la tarde. Además, para ver un médico hay que salir, es forzoso salir, no hay otro remedio que salir».

La idea de ir a ver al médico le dio un poco de valor. Buscó el más grueso de sus gabanes y se lanzó a la calle. Se deslizaba pegado a los muros, como si esto fuera ya



una vieja costumbre. Poco a poco su marcha empezó a hacerse lenta. Una gran prudencia se había apoderado de él en los últimos tiempos. Una prudencia como de ciego que puede precipitarse a un hoyo o invadir terrenos vedados.

«No puedo tener placer en torturarme, en no dormir, en ser víctima de fantasmagorías. Es preciso ver un buen médico. ¿Pero quién ha dicho que son fantasmagorías?».

Contemplaba con odio a las transeúntes que pasaban a su lado y lanzaba de soslayo miradas llenas de furor. Sentía ansias de pararse en medio de la calle, de violentar su prudencia absurda y de insultar a todo el mundo. Se diría que una valentía repentina y desafiadora se había apoderado de su corazón. En aquel momento iba andando por el medio de la calle. Oyó una carcajada seguida de una frase brutal. Inmediatamente empezó a temblar y experimentó deseos de volver a su casa. Hizo esfuerzos para dominarse y siguió andando.

«Es bueno andar para calmar los nervios... porque indiscutiblemente estoy enfermo».

Media hora después iba otra vez deslizándose pegado a las paredes.

Dio vueltas por varias calles. Dos veces se encontró que cruzaba la calle Valmont. Había olvidado el médico y el objeto de su salida y andaba vagando sin son ni ton. Poco antes de las ocho, entró en un restorán que no



conocía. Le sirvieron una comida inmunda, pero el vino era bueno. Bebió casi una botella entera. Luego pidió tres copas de coñac, pagó y salió a la calle dispuesto a volver a su casa. Entonces sucedió algo que tenía que aumentar la excitación de sus nervios hasta el martirio.

Pasaba por una calle oscura, cuando una mujer que parecía observarle venir desde lejos, se acercó a él y le interpelló al pasar.

— ¿A dónde vas, amigo, tan de prisa? —Hágame el favor, no me moleste.

La desconocida seguía andando a su lado y sonreía burlona. Bernardo la miró un instante y creyó reconocer sus ojos. «¿En dónde he visto esos ojos terribles?». La mujer iba vestida con sencillez pero con corrección y aun con cierta originalidad. Bernardo apretó el paso.

«¿En qué pesadilla he visto esos terribles ojos?».

—No me moleste. No tengo dinero.

—No se trata de eso, amiguito, contigo no es cuestión de dinero; me atraes, me atraes increíblemente —murmuró la desconocida casi a su oído—. Siempre he amado el dolor, el dolor me atrae.

Bernardo se detuvo, se quedó contemplándola un instante. Empezó a temblar.

«¿En dónde he visto estos ojos?».

Ella llevaba un abrigo de lana verde oscuro y escondía las manos en el abrigo.



—Hágame el favor, siga su camino y no me moleste.

Sin embargo, sentía que algo le atraía en aquella mujer y no le habría gustado que se hubiera alejado tan pronto. Ella le cogió el brazo y le dijo casi en secreto:

—Como usted va camino del infierno y yo también, pensé que podríamos hacer un trecho juntos.

La voz de la desconocida parecía venir de más allá del último horizonte.

Bernardo sentía batir su corazón con tal violencia que le dolía el pecho.

— ¿Qué quiere usted de mí? ¿Quién es usted? ¿Con qué derecho me interpela en la calle? ¿No pasaban muchos otros por allí?

— ¡Qué tontos son los hombres! Se enojan cuando una puede salvarlos..., cuando una puede hacerles tanto bien. ¡Qué tontos y qué ciegos!

Ella había apoyado la palabra ciegos. Bernardo lo notó y la miró de soslayo. Ya no sonreía; su cara aparecía espantosamente triste y atormentada.

Llegaban frente a la casa. La desconocida había vuelto a coger el brazo de Bernardo y este no lo había retirado. Ella le oprimía dulcemente la mano y susurraba de un modo extraño:

—Pasaban muchos, pero pasabas tú solo. Tú solo. Yo que podría... ¡Ah!, si tú supieras... Pero eres ciego. Dios mío, si te hubieras visto los ojos. Iban subiendo la



escala. Bernardo sacaba la llave de su departamento y se preguntaba por qué no la había despedido, por qué no la despedía ahora mismo, por qué no podía despedirla, gritarle: vete, vete, ¿qué haces aquí?

—Solo tú podías interesarme, tú solo valías la pena. Creo que mis ojos te asustaron... Pero si hubieras podido ver los tuyos.

Entraron al departamento. Ella paseó su mirada por los muros llenos de cuadros, se dirigió al centro de la sala y se sentó al borde de la mesa. Luego con movimiento lento y como cansado se sacó el pequeño gorro que cubría su cabeza y lo guardó en un bolsillo de su abrigo. Bernardo permanecía de pie ante ella.

— ¿Qué quiere usted? —exclamó, reprimiendo sus nervios y su cólera—. ¿Qué pretende usted?

La desconocida con una calma como si fuera una reina entre sus súbditos, seguía examinando la habitación.

—Es extraño, pero yo estaba segura de que era usted un artista o algo por el estilo... ¡Ah! Y esa puerta, mejor dicho, ese arco, que separa esta sala del corredor de la entrada, ese arco como de atrio; es alto, es suficientemente alto. Padece usted de ciertas obsesiones, amigo mío. ¿No es verdad?

Bernardo la miraba mudo. Sentía un escalofrío que corría por su columna vertebral. Quería hablar y no podía.



«Qué sortilegio ejerce esta mujer, qué embrujamiento se desprende de toda su persona».

—Es muy malo sufrir obsesiones. Es muy peligroso ser fácil a la obsesión —repetía la desconocida—. ¿Qué busco yo aquí? Nada. El dolor me atrae.

Bernardo hubiera querido gritar, cogerla de un brazo y echarla a rodar escalera abajo. Pero había algo en aquella mujer que imponía.

—Era mejor pensar en la muerte —exclamó ella levantando los ojos al cielo—. La obsesión de la muerte sería menos desesperante.

—¿Qué dice usted? —murmuró Bernardo, haciendo un esfuerzo extrahumano para despegar los labios.

—Digo que el viento de la noche trae cosas muy bellas y recuerdos erguidos en grandes estatuas, como si viniera de un cementerio. Es peligroso el viento de la noche. Y cuando trae lluvias y deja caer esas gotas monótonas, isócronas, interminables.

Bernardo dio un paso atrás y abrió enormes los ojos como si así pudiera comprender mejor. Se golpeó las manos.

—¿Qué dice usted? —repitió. —El olor del sufrimiento me atrae.

—Como la muerte a los chacales —le lanzó Bernardo casi en tono de desafío—. Como el cementerio atrae a las hienas.



—Precisamente. Una vez seguí a un hombre, me atraía más que un imán.

Hablé con él toda una noche. A los tres días se suicidó.

Las pupilas de Bernardo se dilataron hasta hacerle mal y luego clavó una mirada fría en su interlocutora. Un gran terror de apoderaba de él y no sabía cómo deshacerse de ella; quería echarla y no se atrevía. Buscaba desesperado un pretexto para cortar esa absurda entrevista. Ella proseguía hablando como sumida en sueños.

—A los tres días se suicidó. Se colgó de un gran clavo que él mismo colocó sobre la cornisa de una puerta, una cornisa como esta, ve usted, esta sobre el arco que separa su sala del corredor de la entrada, no más ancha ni más alta que esta.

Bernardo creyó percibir que ella hablaba con cierta satisfacción y que le espiaba para observar el efecto de sus palabras.

—Por favor, cállese usted —rugió con voz trémula y retorciendo las manos nerviosamente. Estaba pálido y parecía que iba a desmayarse.

La extraña mujer le miraba fijamente como soñando. De pronto exclamó:

— ¡Oh! ¡Qué horror!

— ¿Qué horror? ¿Horror de qué?



En ese instante ella se arrojó a sus pies y los besó.

—Es verdaderamente lamentable. Es horrible.

—Levántese —exclamó Bernardo imperativo.

— ¡Qué camino doloroso, qué horrible camino está trazado para estos pies!

—Levántese, le digo. No me haga escenas de novela..., o aprendidas en el teatro. Miente usted, mi camino será como el de cualquier hombre. Es usted una novelera, una de esas histéricas con manía de hacerse misteriosa.

—Quizás... Vaya una a saber. Todo es posible, pero es triste ver que ninguno comprende.

La desconocida se levantó y quedó un momento de pie ante él como una estatua fatal. Sus labios no se movían, y, sin embargo, hablaba. Se oía su voz lejana.

—Me atraen, me atraen. Olfateo la angustia. El martirio, el espanto me atrae... No comprende, no comprende, yo pido piedad, quiero piedad para usted, para su destino. Estoy llorando sus angustias futuras. Ninguno sabe los horrores que lleva adentro, las posibilidades fatales que pueden desarrollarse en su espíritu en el momento menos pensado.

—Pero ¿quién es usted? ¿De dónde ha salido este monstruo? —gritaba Bernardo, casi delirante—. ¿Cómo se llama usted?

—Yo no me llamo.





Bernardo creyó que el techo de la habitación se abría y que veía la noche inmensa sobre su cabeza.

—Es curioso —exhaló apenas—, no podría decir de qué color tiene usted los ojos.

—Mis ojos no tienen color —respondió ella siempre en su actitud de estatua.

—En realidad. Es difícil... Tienen color mar de noche.

—El horror me atrae, me atrae la desesperación. Si usted supiera, mi amigo, aquellos que no tienen ninguna esperanza. ¿Sabe usted distinguir a aquellos que no tienen ninguna esperanza? ¿Ha conocido usted a alguien sin la menor esperanza? ¿Puede usted concebir un hombre sin la más mínima esperanza?

Bernardo se frotaba los ojos y se golpeaba la cara y el pecho.

—Cállese. ¿Qué sabe usted de mí? Usted no me conoce.

—Hombre loco, nos conocemos desde hace millones de años. Naufragamos juntos en el mismo río antes de que existiera este miserable planeta que habitamos ahora.

Los ojos de la terrible desconocida parecían infinitos, hechos a medida de la eternidad. Bernardo respiraba jadeante. No podía contener sus nervios. Buscaba una manera de hacerla salir de su casa. No se atrevía a expulsarla. Aquella mujer le inspiraba un terror sagrado.





Pensó que lo mejor sería salir con ella y dejarla en la primera esquina. Sacó el reloj y miró la hora.

—Disculpe usted —prorrumpió entre dientes—. Tengo un compromiso.

—¿A esta hora? —Ella la miraba irónica. —Sí, con mi amiga. Me aguarda en su casa.

La desconocida se levantó. Bernardo se puso el sombrero. Cuando salían, ella le miró profundamente y exclamó con gran dulzura:

—Lo mismo que el otro... No me comprenden, me detestan. El dolor no comprende nada. ¡Qué falta de humanidad hay en la humanidad! Pensar que con un poco de bondad todos los problemas se resolverían tan fácilmente... Yo solo pido piedad para todos los hombres, para estos sonámbulos vagando entre vértigo y vértigo.

Mudos, bajaron las escaleras. En la calle, Bernardo la observaba de reojo y experimentaba una verdadera angustia. Ella andaba con pasos lentos, algo majestuosos. La mirada en un punto remoto. Su voz parecía más remota que su mirada.

—El otro era tan joven. Estaba tan fuertemente atado a su estrella. Tal vez su hubiera sido menos orgulloso... Pero no comprendió. No pudo comprender. Es a causa del dolor, ¿sabe usted? No vio mis tijeras..., mis tijeras, las únicas que podían cortar todos los lazos más fatales.



Es falso que el dolor nos torna más comprensivos. Pobrecillo; estaba tan atado...

Bernardo la interrumpió con brusquedad. — ¿Por qué me habla usted de esas cosas?

—Le hablo de estas cosas, únicamente porque soy una soñadora.

—Créame usted, no veo la razón, no la veo.

Ella cerró los ojos.

—A veces tengo fiebre, y conozco que tengo fiebre por las cosas que veo y por las cosas que digo.

Del pecho de Bernardo se escapó un ¡ah! De alivio.

—Ya. Ahora comprendo.

—No, no, amigo mío, no crea usted... Usted también tiene fiebre y parece no saberlo... Y no ve nada.

Hubo una breve pausa, durante la cual ella parecía buscar algo al fondo de la noche. Luego exclamó:

—Usted fue un buen creyente y un joven piadoso, ¿verdad?

—Sí, hasta los dieciocho años.

—Usted cree en Dios.

—Es posible... No sé, no he pensado...

—Sí, si cree en Dios. Todos los hombres como usted creen en Dios. Si no creyera no podría hacer..., no podría tener..., si fuera ateo no podría pensar así... es decir, no podría hacer...

— ¿Hacer qué? ¿Hacer qué?



—Bueno, las probabilidades están de su parte —respondió ella, como si quisiera desviar la conversación—. Los caminos pueden entrar en la selva o subir montañas o...

—Basta de tonterías —irrumpió Saguen, con verdadera cólera.

Siguieron andando en silencio.

Al llegar a la esquina de una calle ancha, Bernardo se apresuró a despedirse. Ella le tendió la mano y se alejó después de lanzarle una última mirada tan llena de ternura que Bernardo sintió una emoción indecible.

Se quedó un momento viéndola alejarse. Tenía la impresión de que aquella mujer se llevaba algo suyo. Hubiera querido seguirla, sintió impulsos de hacerlo, pero una vaga sospecha, quizás cierta repugnancia, se lo impidió, y más bien experimentó deseos de huir, de huir a la carrera en sentido contrario. Tampoco lo hizo. En ese instante todo era vago en su alma. Un minuto bajó los ojos al suelo, y se quedó como hipnotizado por un reflejo sobre una piedra. Al volver a levantarlos ella había desaparecido como tragada por la noche. Entonces miró para todos lados, giró sobre sus talones y echó a correr hacia su casa.



XL

Pasó una noche penosísima, en medio de una agitación espantosa. No sabía en qué momento se había pasado largo tiempo de un lado a otro de la habitación.

Al despertarse, se encontró vestido sobre la cama, con el mismo sobretodo que se había puesto para salir de su casa. Tampoco se había quitado los zapatos y se veían las manchas del barro sobre la colcha.

«Esto no puede seguir así. Bueno. ¿Y qué voy a hacerle?».

Bernardo pensó que era preciso ir al médico ese mismo día. Se bañó, se cambió de ropa y salió a la calle. Pero aquel día tampoco fue a ver al médico y advirtió que una vez en la calle, siempre olvidaba el objeto principal de su salida. ¿Cuál era la razón que le hacía olvidar ese

objeto? ¿Qué tenía que temer? ¿Qué podía descubrir en él el médico que no fuera de su agrado? No tenía nada que ocultar.

Una extraña emoción le embargaba los sentidos y le dilataba el alma. Miraba a los transeúntes que pasaban junto a él y se decía lleno de compasión, desbordando de ternura:

«¡Cómo sufren estas gentes! ¡Cómo se pinta el dolor en estos pobres rostros!».



Sus pasos le llevaban hacia el jardín público, ese gran jardín que algunos vecinos consideraban, orgullosos, como el parque del barrio. Bernardo sentía ganas de detener a las gentes, unas ansias incontenibles de detener a los pasantes y gritarles:

«Pídanse perdón los unos a los otros, estréchense llorando los unos en brazos de los otros, abrázense y lloren en vez de martirizarse y torturarse como enemigos implacables».

Se detenía un momento y contemplaba a las gentes para examinar el efecto de sus palabras, como si realmente las hubiera pronunciado.

«¿Por qué no se piden perdón? ¿Por qué no se aman? ¿Por qué llevan el odio en sus ojos? Se miran como criminales, se miran como enemigos. ¡Ah! El día en que los hombres se miren como hermanos, la humanidad se habrá salvado. ¡Qué bello será vivir! Todo se habrá salvado, yo me habré salvado. ¡Qué hermosa será la vida!».

A pasos miserables, seguía su marcha hacia el jardín. Algo en él debía atraer la curiosidad, pues muchos se volvían a mirarle. Acaso sus ojos desorbitados, acaso el movimiento constante de sus labios y los gestos de sus manos. En el jardín se sentó en un banco rústico a la sombra de un árbol. Su pensamiento parecía entretenerse en las cosas pequeñas. Analizaba las sombras dibujadas por el árbol en el suelo y buscaba luego en las ramas



a qué parte correspondía cada sombra, cada línea, cada forma. Su mirada registraba entre las arenillas del suelo, por ver si encontraba hormigas. Las hormigas siempre habían sido una de sus preocupaciones y de sus distracciones favoritas. Eran algo así como un teatro en miniatura, un diminuto teatro patético y cuajado de elementos inesperados.

De cuando en cuando, levantaba la vista al cielo. Luego volvía a buscar a sus amadas hormigas entre las piedrecillas. En esto advirtió que en un banco frente al suyo estaba sentado un señor de luto que parecía observarle con atención; por lo menos así creyó él. Esto le sacudió los nervios con cierto desagrado y una vaga inquietud. En aquel momento las sombras de las ramas temblaron en el suelo, debido a un poco de viento que soplaba. Respiró con una sensación de voluptuosidad y siguió buscando hormigas sobre la arena brillante. Inclina la cabeza muy cerca del suelo, cambiaba la postura y volvía a inclinar la cabeza con obstinación como si temiera levantarla y encontrar los ojos del señor de enfrente.

Sin saber por qué razón precisa, empezaba otra vez a sentirse presa de una excitación excesiva. Percibía la aceleración de su pulso y los fuertes latidos de la sangre en las sienas. Tenía sed y durante un rato permaneció como sugestionado por el ruido del agua en un arroyo cercano. Hizo un esfuerzo de voluntad y se irguió, se



echó para atrás y se acomodó apoyando un brazo en el respaldo del banco. Así permaneció algún tiempo con la vista fija en un punto del espacio. Una visión pasó ante sus ojos y al mismo momento sus labios se agitaron como murmurando algo.

«Tenía unos ojos desencarnados —pensó—. Tenía una mirada de fantasma, una mirada sin cuerpo».

Le pareció que el señor de luto espiaba furtivamente. Bernardo cambió de postura y se apoyó en el otro brazo, dirigiendo sus ojos hacia los bancos más cercanos. No había nadie alrededor. Lejos se oían murmullos de voces y risas de muchachos y muchachas, de seguro estudiantes que se paseaban a esa hora.

De pronto se le ocurrió que ese señor tenía sus orejas, las orejas suyas propias, que se le habían ido hacía algunos meses, dejándole un par de orejas postizas, ridículas, extrañas a él y a su cuerpo auténtico.

«Ahora comprendo por qué ese señor me mira en rápidas ojeadas y como ocultando la cara. No quiere que yo reconozca mis orejas».

En vano Bernardo escudriñaba, no lograba ver las orejas de ese terrible vecino. Tosió fuertemente. Entonces el señor levantó la cabeza... Por fin.

«No son mis orejas. ¡Ah!, no... No son las mías esas orejas de cartón, mal formadas; no son las mías».

Sus manos se sacudían en movimientos breves



y nerviosos como independientes del control de su cerebro, semejantes a las colas cortadas de las lagartijas. Sus labios vibraban solos, se removían solos, se agitaban trémulos. Escudriñaba con prudencia la actitud del señor luto. Volvía a levantar los ojos al cielo y volvía a mirar de pasada hacia el banco de enfrente. Un largo escalofrío le estremecía el cuerpo.

«¿Había alguna razón para que ese señor estuviera allí? ¿Por qué no se había instalado en otro asiento, habiendo tantos desocupados?».

Por tercera o cuarta vez, Bernardo volvió a cambiar de postura.

«¿Sufrirá ese pobre señor? ¿Habrà perdido a algún deudo querido?».

Sentía pena y cólera al mismo tiempo. Sentía ganas de llorar y ganas de gritar. Una gran compasión se iba apoderando de su espíritu.

«Pero si ese hombre sufriera una intensa aflicción, no me estaría espiando, no estaría preocupado de mí. Y es evidente que me observa y hasta me contempla con un aire de superioridad».

Bernardo esbozó un gesto desdenoso. Estaba seguro de que aquel señor le observaba con una sonrisita burlona.

Ya no podía contenerse, le era imposible dominarse. En efecto, saltó de su asiento y se precipitó hacia el señor de luto que abrió tamaños ojos, y hasta pareció ponerse en guardia.



—No, señor, usted se equivoca, yo no estoy loco — exclamó Bernardo llegando junto a él.

El señor de luto, con una voz suave y persuasiva, respondió sin parecer alterarse:

—Disculpe usted, caballero, pero yo no le he dicho que estuviera loco, ni lo he imaginado siquiera.

Bernardo se retorció las manos, se oprimía los dedos. El señor de luto miraba hacia todos lados como si buscara alguna ayuda y se veía que trataba de dominar cierto miedo. Sin duda alguna estaba perplejo y atemorizado.

—Yo nunca he pensado nada contra usted, caballero, ni tenía por qué pensarlo. Claro está que usted no tiene nada de loco. ¿Quién puede pensar semejante cosa?

El pecho de Bernardo se dilataba bajo una inmensa emoción. Dobló la cabeza sobre el hombro y pronunció con voz temblorosa algunas palabras sueltas. Luego irguió la cabeza.

—Es preciso tener compasión del mundo, señor. Yo le perdono, sí, le perdono. Perdono a usted y perdono a toda la humanidad. Solo perdonando se comprende a los hombres y se comprende la vida.

Hizo una breve pausa, ahogado por la emoción. El señor de luto le miraba atónito.

— ¿Por qué no se arroja usted de rodillas ante mí? —continuó trémulo Bernardo—. ¿Por qué no me pide perdón? Los hombres debieran pedirse perdón.



Pídamme perdón. ¡Ah! Usted no sabe. Usted no sabe. ¡Qué hermoso sería! Usted no sabe.

Súbitamente, como si hubiera recibido una orden imperiosa, volvió las espaldas a su interlocutor desconocido y se alejó murmurando:

«Y para qué explicarle si no va a comprender».

En el camino a su casa, Saguen compró una botella de jerez, y aquella noche se la bebió casi entera.

XLI

Aquello era inesperado. Bernardo parecía haber olvidado las angustias de sus tres últimos días, sus pesadillas y sus aventuras. Se despertó optimista, y aunque ello parezca extraño, se vistió canturreando en voz baja.

«No solo iré al médico —se dijo—, sino que iré a ver a mis amigos. Iré a ver a Mario Viner. Tanto tiempo que no sé de él. Quién sabe qué cosas pensará de mí. Aprovecharé para pasar a saludar a su vecina, mi buena amiga Laura Valmont. ¿Qué será de ella? Iré a visitar a Pedro Almora y acaso hasta me pondré a sus órdenes y trabajaré con él. Veré a todo el mundo, a todos mis amigos. Me gustaría ver a Laura y decirle: Es usted la única mujer que he querido en estos últimos años, puesto que es la única que he odiado un poco».



Ocupó algunas horas en ordenar sus libros y limpiar el polvo de la biblioteca. Luego pasó a la sala, la sala que otras veces llamaba pomposamente el hall, y sacudió la tierra de los cuadros. En verdad, hacía falta un poco de limpieza en su departamento, en especial esa limpieza de manos cariñosas para los objetos preferidos.

Un momento antes de levantarse había tomado un medicamento, porque le dolía un poco la cabeza. Ahora estaba contento y veía pasar el tiempo con gran satisfacción, como si a medida que corrían las horas se fuera descargando de un peso interno. Bebió varias tazas de café.

Terminando su trabajo de aseo y orden, se sentó en su escritorio a esperar las seis de la tarde, hora que había decidido para sus visitas. Para no perder el tiempo, se le ocurrió empezar a traducir uno o dos poemas de Hoelderlin. Hacía tiempo que había pensado traducir una selección de poemas del gran poeta alemán, sobre todo le interesaban aquellos del periodo de la locura o la llamada locura del poeta. Traducía lentamente y con amor.

Vista

El día abierto es claro para el hombre y en imágenes, cuando la verdura de una extensión lejana aparece, antes que la luz de la tarde se incline hacia el crepúsculo y que los reflejos dulces atenúen el sonido del día. A menudo el mundo interior está brumoso y cerrado, el sentido



del hombre se llena de dudas y se irrita la naturaleza espléndida ha regocijado sus días y la duda se queda lejos con sus preguntas sombrías.

Repasó el texto y lo corrigió cuidadosamente. Parecía tocar las palabras y acariciarlas entre los dedos. No le agradaba que la palabra sombrías fuera consonante de días. Pensó poner obscuras, pero esa no era la palabra exacta. Buscaba afanoso el modo de corregir el último verso. En esto miró la hora y vio que faltaban diez minutos para las seis. «Seguiré esta noche». Se levantó y saltó para ir a casa de Viner.

Mario Viner no estaba en su casa. Llamó varias veces y nadie respondió. Pasó al departamento de Laura. Allí una empleada le abrió la puerta, y le dijo que la señora andaba de viaje, y que no volvería hasta dentro de ocho o nueve días.

Bajó las escaleras disgustado. Este pequeño fracaso le entristeció.

«Iré a ver al médico» —se dijo, una vez en la calle.

Se dirigió a casa del doctor T., uno de los médicos más célebres y conocidos de la ciudad. Había andado algunos minutos cuando pensó que el médico vivía algo lejos. Cogió un automóvil de alquiler y le hizo detenerse unos cien metros antes de llegar a su destino. Pagó y siguió a pie. Una vez frente a la puerta de la clínica, y en el momento en que iba a llamar, se detuvo.



«¿Y para qué vengo a ver a este célebre doctor cuando no tengo nada? Estoy perfectamente bien. Se va a reír de mí. ¿Qué necesidad tengo ahora de ver ningún médico?».

Volvió las espaldas a la puerta y empezó a alejarse a pasos presurosos. No disminuyó el ritmo de su marcha hasta encontrarse a una buena distancia de aquella calle.

«Me hará mejor comer algo que visitar médicos. Tengo hambre. Luego volveré a trabajar, me sentaré en mi escritorio y trabajaré toda la noche».

Es muy posible que Bernardo pensara en su fuero interno que después de dedicar un par de días a traducir poemas, se sentiría más apto para volver a sus trabajos personales y seguir escribiendo la obra que había proyectado hacía tantos meses y que tenía completamente abandonada.

Poco después de la ocho de la noche estaba en su escritorio y traducía otro poema de Hoelderlin.

La mirada

Cuando en las lejanías va la vida habitante, de los hombres, allá en el horizonte donde brilla el tiempo de las viñas, presentes están también los campos vacíos del verano y aparece con su sombría imagen la selva.

Que la naturaleza agregue a la imagen del tiempo, que ella dure y ellos rápidos se deslicen. Proviene de la perfección; y las alturas del cielo brillan para el hombre, al mismo tiempo que el árbol está coronado de flores.



Se sentía inquieto. Se levantó y dio algunos pasos por la pieza. Fue al comedor y bebió el resto de la botella de Jérez que había quedado de la noche anterior.

«¿No sería mejor traducir otra cosa?».

Volvió a su escritorio, tomó un libro de la biblioteca y se sentó a traducir un poema de Emily Brontë:

El sueño no me trae alegría;
el recuerdo no muere jamás
mi alma está entregada al misterio
y vive en los suspiros.

El sueño no me trae reposo;
mis ojos del despertar no pueden ver
las sombras de los muertos
rodear mi lecho.

El sueño no me trae esperanza,
en el más profundo sueño ellas vienen
y con sus dolorosas apariencias
ahondan las tinieblas.

El sueño no me trae fuerza,
ninguna nueva potencia de desafío
yo cruzo solamente sobre un mar más salvaje
una ola más sombría.

El sueño no me trae amigo,
para calmarme y ayudarme a sufrir
todos me miran con tal desprecio



y yo desespero.

El sueño no me trae ningún deseo que conmueva
este corazón abrumado;
mi único anhelo es olvidar
en el sueño sin fin de la muerte.

Bernardo tiró la pluma.

«Esto era lo único que me faltaba... Echarlo a perder
todo. No, no. No estoy ahora para tales traducciones. Esto
no sirve. Hay que buscar otra cosa, otra clase de cosas».

Reflexionó un momento y decidió que lo mejor sería
acostarse.

«Voy a echar a perder mi día con estos poetas
siempre tan melancólicos.

Vaya, ¡qué tonto! No se me ocurrió ir a ver a Ina. Mañana
iré a ver a Ina».

XLII

A pesar de que había pasado una noche excelente,
Bernardo se despertó muy tarde, y si no hubiera sido
por aquel sueño, acaso no hubiera despertado hasta
después de mediodía. No recordaba el sueño, únicamente
recordaba el final. Soñaba que un muchacho en bicicleta
iba y venía por las calles de la ciudad con una verdadera
torre de cajas de sombreros sobre el hombro, una torre
tan alta que sobrepasaba los tejados y cortaba las nubes.



El muchacho, vestido con el uniforme especial de los repartidores de tienda, buscaba su casa. Por fin después de muchas vueltas y revueltas llegaba ella. Subía las escaleras, tocaba el timbre. Bernardo oía entre sueños el llamado, lo oía de un modo tan patente que se despertó y corrió a la puerta. No había nadie. Miró hacia abajo, sospechando que el que había llamado podría haberse marchado aburrido de esperar. Nadie bajaba la escalera. Volvió a su cama. Haría apenas cinco minutos que se había metido en ella, cuando sonó el timbre de la puerta.

«Bueno, ahora no cabe duda. Estoy bien despierto» Se echó encima la bata y fue a abrir la puerta. Cuál no sería su asombro al encontrarse frente al repartidor de una tienda con uniforme rojo, gorra y botones dorados. Traía para él una caja de sombrero. Bernardo protestó del error diciendo que él no había comprado sombrero alguno. El muchacho insistía, mostrándole que la dirección escrita en una etiqueta indicaba bien la casa, el piso y el departamento. Pidiendo disculpas, el botones se retiraba. Bernardo, que ya iba a cerrar la puerta, volvió a abrirla y, avanzando un paso en el descanso de la escalera, detuvo al muchacho.

—Oiga. ¿Venía usted en bicicleta?

—No, señor. He venido a pie.

— ¿Pero no traía usted muchas otras cajas como esta? El repartidor le miraba desconcertado.



—No, señor, traía solamente esta para usted..., pero usted dice que es un error.

Bernardo entró en su departamento y cerró la puerta con suma lentitud, con aire pensativo, como ausente.

«Otra vez los misterios, las cosas extrañas. Se multiplican los signos. ¿Los signos? ¿Signos de qué? De nada, de nada, sino de mi propia estupidez, de mis nervios tragicómicos, mis ridículos nervios».

* * *

Bernardo estaba soñador, y como el verse soñador le inspiraba ciertos temores recónditos y cierta desconfianza, decidió salir a dar un paseo antes de ir a casa de Ina.

En la calle, después de haber andado un rato, advirtió que una tranquilida de extraña embargaba su ser. Iba impasible. Se sentía rodeado de una calma de algodón. Le parecía que ya nadie se ocupaba de él. Por fin puede descansar y respirar a sus anchas. Su alma era un niño tendido sobre dulces y plumones. Pasó de intento y con aire desafiador por la calle Valmont y hasta se detuvo un momento ante la vitrina de la dulcería, en donde había comprado aquellos chocolates para dárselos a la pequeña, cuando la mala bruja le insultó, ¿cómo olvidarlo?, le insultó de un modo tan villano.





Con la cabeza erguida, sacando pecho, siguió su camino. En un café pidió un vaso de leche con unas gotas de anís y se dirigió a casa de Ina. Entrada la tarde, llamaba a la puerta de su olvidada pastora.

Ina le recibió afectuosa aunque con cierta reserva. Estaba de viaje, mejor dicho, abandonaba aquella casa para irse a vivir con su hija al campo. Pensaba partir en tres o cuatro días más. Ya no era la pastora en medio de su rebaño de cuadros. (Los muros estaban pelados). Ahora era la pastora en medio de un rebaño de maletas y paquetes.

Bernardo reflexionaba:

«Qué casualidad, los viajes están de moda entre mis amigas».

Luego exclamó con voz lenta y afectuosa:

—Tanto tiempo sin vernos, Ina. Tenía vivos deseos de venir.

—Es usted un hombre tan raro. Yo le quedé esperando... Y luego pensé que recibiría una carta de excusa.

—No soy un hombre raro. Cualquiera puede enfermarse. Ina, cualquiera puede sufrir una indisposición.

Ina se llevó las manos a la cabeza como para acomodarse los cabellos.

Sonrió entristecida.





—Ahora ya me voy... Usted lo ve. En pocos días más seré una perfecta campesina.

—Una verdadera pastora. Magnífico. Sentada en las tardes frente a las puestas de sol.

—Recordando y esperando la muerte.

Ambos se miraron a hurtadillas y permanecieron un rato en silencio.

—Veo que no se va usted muy contenta.

— ¿Contenta? Sí, porque voy a estar al lado de mi hija. Sabe usted: mi padre murió hace dos meses.

—Aunque tarde, reciba usted mi condolencia. Pero creo que usted me había dicho que estaba mal con él por excusa de su madre.

—Me perdonó y murió en mis brazos. Le aseguro que era un hombre excepcional. No fue comprendido y era quizás demasiado orgulloso. Mi madre quiso verle, pero él no la dejó entrar. Se sentía demasiado ofendido por ella. En realidad mi madre era injusta por temperamento y demasiado exagerada. Creí que iba a dejarla entrar, yo veía que vacilaba, que quería perdonar. Pero el orgullo pudo más y no la permitió pasar su puerta.

«Si ella se estuviera muriendo —me dijo—, y me pidiera perdón, no la habría perdonado».

»¡Qué cosa horrible oír a un agonizante hablar así!... Pero entonces comprendí que mi padre adoraba aún a mi madre. Esa violencia brutal me hizo adivinar



un inmenso amor. Mamá tiene poco sentido humano, muy poco sentido de la vida, es rencorosa, es estrecha de espíritu... Es provinciana. ¿Se ha fijado usted que las provincianas tienen poca humanidad? Se diría que poseen almas encerradas, estrechas, apagadas como las ciudades de provincias».

—Creo haberle dicho a usted, Ina... Sí, sí, recuerdo haberle dicho que las gentes son desgraciadas por orgullo. Deberían pedirse perdón todos los días los unos a los otros.

Bernardo se detuvo en seco. Dio algunos pasos con muestras de una viva agitación interior. Consideraba que no debía haber venido a esa visita.

«¿Por qué he venido? ¿Qué se gana con estas visitas?».

Se levantó para despedirse balbuciendo palabras sueltas.

— ¿Qué dice usted? Está como rezando. ¿Qué hombre extraño es usted? ¡Bernardo! ¿Sigue mal de los nervios?

—Mis nervios están perfectamente. Nunca he estado mal de los nervios. Ignoro la razón de mi visita, no sé por qué he venido a verla, y si he de decir verdad, detesto las visitas.

—Le encuentro toda la razón, no hay nada más tonto que esos convencionalismos. Solo la sinceridad,



solo el verdadero afecto puede disculpar esos protocolos absurdos.

Bernardo permaneció un instante confundido y como esperando.

—Ríase usted de mí. Aunque le parezca raro, ayer y hoy he estado de visitas. Ayer fui a ver a Mario Viner y no lo encontré. No tuve el gusto — añadió irónico.

—Pero hoy ha tenido el gusto —respondió Ina, con el mismo tono irónico.

—Ya lo ve usted. Desgraciadamente, tengo que hacer y debo despedirme —le tendió la mano—. Pero volveré a verla con más tiempo.

Ina le acompañaba a la puerta.

—Le enviaré una tarjeta del campo, y esperaremos algún día su visita.

—Tendré mucho gusto, amiga mía, y hasta entonces, adiós.

Mientras bajaba las escaleras, Bernardo se iba repitiendo:

«Imbécil, imbécil, no puedo dejar de hacer tonterías y de dar pasos en falso. Echarme a perder mi día».

La calle le pareció triste, con una tristeza de corazón cansado, pero no sin esperanzas, opaca como las ventanas miopes de los días brumosos, pero aguardando al sol.

Dos sombras se despidieron en una esquina, a unos cincuenta metros de Bernardo, que observaba fijamente



al que venía acercándose hacia él. Una idea súbita le estremeció entre perplejo y sonriente. Se quedó clavado en el suelo sin poder dar un paso.

«Ese hombre tiene mis manos. Lo sé lo siento. Mi corazón lo sabe y lo siente. Ese hombre tiene mis manos. ¿Por qué las tiene? ¿Con qué derecho? ¿Por qué lo han preferido a él?... Y si yo me atreviera..., y si diera un salto sobre él y se las arrancara... Ladrón, ladrón. ¡Ay!, me ahogo».

Se llevó la mano al cuello de la camisa y la tiró con fuerza como para ensancharla. El señor que traía sus manos llegaba junto a él. Bernardo le miró de soslayo, le apuntó los ojos a las manos.

«No, no son mis manos, ¡qué van a ser las mías esas manos de criminal típico, de vulgar asesino! No son las mías felizmente».

Lanzó un suspiro de desahogo y luego una risa nerviosa le sacudió al vientre.

Ya no iba por las calles con la cabeza tan erguida y con ese aire desafiador.

«Compraré huevos, compraré jamón y cenaré en casa».

A esta idea lanzó una carcajada.

«Cenaré en casa y me echaré a dormir como un perro».

Volvió a sentirse contento. Sus pasos se hicieron livianos.



Era evidente que ya nadie se ocupaba de él. Ya nadie lo miraba por la calle.

Esta conclusión le llenó de seguridad.

* * *

Al otro día volvió a despertarse muy tarde.

«Estoy durmiendo bien —se dijo—. Llevo varios días durmiendo bien».

Y así era; por lo menos, en aquellos dos últimos días le había entrado un sueño espantoso. Dormía como una marmota, y si tenía sueños o pesadillas él no lo sabía. Al despertarse, no recordaba nada.

Eran las dos de la tarde y aún no se había levantado. Leía tendido en la cama un libro de viajes por el centro de África.

Estaba decidido a no moverse de la casa y a pasar el día ocupado en cosas que le distrajeran y le mantuviesen en un estado más o menos neutro y de calma absoluta. Ya caía la noche, se le ocurrió entretener el tiempo volviendo a sus traducciones de Hoelderlin. Escogió cuidadosamente un poema y se puso al trabajo.

Grecia

Tanto vale el hombre y tanto vale el esplendor de la vida, los hombres a menudo son amos de la naturaleza, para ellos la tierra hermosa no está escondida, sino que con dulzura se desnuda mañana y tarde.



Los campos abiertos son como en los días de la siega, alrededor se extiende espiritual la vieja Leyenda, una vida nueva vuelve siempre a nuestra humanidad, y el año se inclina aún una vez silenciosamente.

Releyó el poema tres y cuatro veces, verso por verso.

«Esta es mi vida —decretó Bernardo—. Sí, señor, esta es mi verdadera vida: mi verdadero oficio: ser traductor de mis poetas preferidos, por ahora... Y mañana ser autor, un autor concienzudo, fino, profundo». Repasó todas las traducciones que había hecho y luego, como si temiera excitar sus nervios, volvió a la lectura del libro de viajes. Antes de las veinte páginas, los párpados empezaron a ponerse pesados y se acomodó para dormir. Dormir, ¡qué palabra maravillosa para ciertos hombres que han conocido los más trágicos insomnios! Cerrar los ojos, echar el mundo lejos y a dormir. Detrás de esa gran muralla, dormir.

Y si la gruta mágica se presenta en los sueños. Bendita sea la gruta y sus estalactitas y sus luces misteriosas y su voz de niña recóndita y sus llamados ocultos y sus colores movientes como esos espejos que encandilan a ciertos pájaros.

«No haya miedo ni a lo real ni a lo irreal, ni a la vigilia ni al sueño, ni a la verdad ni a los fantasmas. He aquí la gran panacea: el valor, la voluntad erguida valientemente».



XLIII

Aquella mañana, Bernardo Saguen se levantó contento, tan contento que, por primera vez desde hacía muchos meses, sonrió a los cuatro muros de su habitación, a esos muros antes tan hostiles y tan cuajados de insistentes fantasmas. Sin embargo, se diría que su satisfacción era más bien inconsciente. Por lo menos así lo habría advertido cualquier observador avisado.

A las diez, Bernardo se peinaba ya frente al espejo y en ningún momento se le ocurrió decir que su rostro no era su rostro. Por la ventana de la habitación veía alejarse dos gruesas nubes a velas desplegadas como si acabaran de abandonar el puerto.

Sus torturas parecían haberse disipado para siempre. Bernardo contemplaba alejarse las nubes y casi sacó un pañuelo para decirles adiós. Seguramente sus ojos se habrían embarcado en ellas si no hubiera sido porque otra idea le retenía. Pensaba salir en pocos minutos más.

En efecto, a las once de la mañana salió de su casa en dirección a los barrios del río. Iba a recorrer las librerías.

Su andar denotaba al hombre despreocupado. Ya no era el mismo de antes. La cabeza altanera, el paso seguro y suelto, la firmeza del cuerpo muy recto, no parecían pertenecer a la misma persona que solo pocos días atrás se deslizaba como sombra temerosa, pegada a los



muros de los edificios, tan precavido, tan excesivamente prudente. No cabía duda de que aquel era un hombre despreocupado, a pesar de que ciertos movimientos de cabeza podrían haber indicado que iba discutiendo consigo mismo.

En una librería le presentaron una primera edición de la Justine, del Marqués de Sade. No la compró porque ya poseía un ejemplar excelente de ese gran libro. Pero compró una vieja edición inglesa del Fausto, de Marlow.

A las doce regresó a su casa.

«Seré un excelente traductor —proyectaba mientras se servía de almuerzo un poco de carne fría y una especie de ensalada rusa que él mismo había preparado—. Traduciré entero el Hyperion y también La muerte de Hépédocles, de Hoelderlin. Traduciré algo de Kleist. Traduciré los admirables cuentos de Achim von Arnim...».

A eso de las dos de la tarde se sentó a leer el Fausto, de Marlow.

Leía mal. Estaba terriblemente impaciente. De pronto sintió una gran fatiga, un sopor pesado se apoderaba de él. Se levantó y fue a tenderse al diván de la sala. Allí permaneció largo tiempo tratando de dormir y logrando a veces un agradable entresueño.

* * *



A las cinco de la tarde volvió a experimentar la misma impaciencia. Se arregló un poco y salió a la calle. Su gesto desafiador del día anterior, su ademán altanero de la mañana se habían trocado en una extraña indiferencia, una indiferencia activa. Parecía ir siguiendo un ensueño, pero sin ese aire ausente de otras veces. Notó apenas que la pierna izquierda se le había doblado dos veces en su camino y que se quedaba atrás, como cansada o desobedeciendo a sus músculos. Se frotó suavemente la rodilla. Todos sus movimientos eran calmados, serenos. En verdad no se sorprendió mucho al encontrarse en medio del jardín donde jugaban los niños. Se sentó en el primer banco que encontró vacío, y sus ojos sonreían siguiendo los juegos infantiles.

Al poco rato advirtió que su mirada seguía con especial interés el ir y venir, entre saltos y carreras, de una chiquitina fresca y graciosa como un diablillo o un ángel flamenco. Tendría aquella chica unos diez años. Sus ojos pequeños, pero en extremo vivos, llamaban la atención, bien clavados bajo una frente alta y en un rostro redondo, rosado como una pequeña Eva de Rubens.

La chica miraba a Bernardo y sonreía maliciosa. Se acercaba y se alejaba en rápidas carreras como un perro travieso, detrás de una mala pelota de trapo.

Una vez que la pelota cayó casi entre los pies de Bernardo, este la llamó.





— ¿Te gustan los chocolates? —le preguntó. —Ya lo creo. ¿A usted no le gustan?

Bernardo contemplaba arrobado la expresión codiciosa de los ojos de la pequeña. Metió la mano al bolsillo y sacó un billete.

—Toma —le dijo—, anda a comprar chocolates. ¿Sabes dónde venden? Allí en el quiosco o en esa dulcería de la esquina.

Bernardo le señalaba una tienda del otro lado de la calle.

—Sí, la conozco; allí compré el otro día unas galletas de miel —respondió la chica con tono desenfadado y resuelto—. Allí he comprado muchas veces.

—Anda, cómprate un gran cartucho de chocolates..., y me convidarás algunos.

La niña salió corriendo y volvió a poco con un paquete en la boca llena.

Apenas podía hablar.

— ¿Cuántos para usted? —Uno.

Bernardo hizo el ademán de tomar el paquete. La chica lo escondió, sonriendo, con un movimiento rápido de los brazos.

—Yo se lo daré.

Le tendió uno y añadió:

—Sabe, será mejor que usted me los guarde aquí, porque, si no, en un momento me los comerán los otros niños.





—Tienes razón. Yo te los guardaré y no tocaré ni uno solo más.

—Usted es grande y a los grandes les gustan más los cigarros que los chocolates. Yo un día probé uno de un tío mío, un cigarro muy gordo, y estuve escupiendo, escupiendo... ¡Ay, qué cosa más mala!

La pequeña se alejó y se perdió un instante entre los árboles, donde se oían los gritos de los otros niños. Bernardo se quedó pensativo.

«Todas eran estupideces. Yo puedo regalar chocolates a una chica y ello no prueba nada. Lo hago y lo haré cuantas veces me dé la gana... Todo eso no son sino imbecilidades».

La chiquitita venía corriendo hacia Bernardo, que insistía en sus reflexiones:

«Mis enemigos no me van a cambiar el modo de ser. Mis enemigos no me asustan, y tener muchos enemigos es prueba de ser superior».

— ¿Por qué está triste ahora? —le preguntó la pequeña con un tono tan acariciador que le hizo estremecerse.

— ¿Yo triste? Al contrario, estoy muy contento.

—Deme más chocolates.

—Toma el paquete, son tuyas. Las gentes son malas, porque no tienen imaginación para ser otra cosa.

La niña le miraba con una expresión curiosa y se podría decir perpleja.



—Son malos, porque pelean en vez de jugar —
exclamó la chica—.

Cuando son grandes no les gusta jugar.

Bernardo le acarició los cabellos.

— ¿Qué prefieres que te regale, una muñeca o una
pelota de goma?

—Una pelota de goma. A mí me gusta jugar todo el
día en el parque. No juego a las muñecas. Y mi pelota es
muy mala, no da bote, no salta, es muy mala.

En los ojos de Bernardo brillaba una valentía mortal.

—Ven conmigo. Vamos a comprar una linda pelota
de goma.

La pequeña palmoreó de alegría y se cogió de la
mano que le tendía Bernardo.

Atravesaron el jardín, tomaron por una calle ancha,
torcieron una esquina. Bernardo sentía la marejada de sus
pensamientos y de las emociones que subían y bajaban
en su alma. Al doblar por una calle, advirtió que la chica
volvía varias veces la cabeza como si tuviera miedo de
ser vista por alguien de aquellas vecindades.

—No tengas miedo —murmuró Bernardo, con una
voz que le sorprendió

—. Yo mismo volveré a dejarte. No tengas miedo.
Sentía que su corazón palpitaba de un modo atroz.

«¿Por qué le habré dicho que no tenga miedo? ¿No
habría sido mejor dejarla marcharse? Sí, sí, echarla,



soltarla de mi mano, echarla lejos de mí. ¿Quién la mete a aferrarse a mi mano? ¡Cómo se aferra! ¿De dónde saca tantas fuerzas? Que se vaya, que se vaya y que no la vea más, que no se me acerque más en la vida. ¿Por qué se aferra a mí?».».

Llegaban frente a una juguetería. Se detuvo como para volverse y echar a correr. Entraron. Bernardo sentía que el mundo comenzaba a huir en una carrera loca, y luego bajaba dando vueltas vertiginosas como una hoja en un remolino de viento. Hacía un esfuerzo para mantenerse en pie en medio del torbellino.

La chica escogió una hermosa pelota de colores vivos. Bernardo fue a la caja como si le arrastraran y pagó. Cuando había dado algunos pasos hacia la puerta oyó una voz muy lejana que le gritaba:

—Señor, olvida usted el vuelto.

Con un gesto mecánico volvió sobre sus pasos, tendió las manos para coger las monedas. Pero las monedas estaban tan lejos. Él iba bajando lentamente por una gruta mágica. Entre él y aquellas diminutas monedas brillantes había tanta distancia.

Tendió una mano desde el fondo de la gruta. Cogió las monedas mecánicamente y las guardó en su bolsillo.

Al salir a la calle, la gruta pareció desvanecerse; no así la sensación de sueño y como de no estar en la tierra. Iba andando por el aire. Los árboles temblaban. Los árboles, los faroles, los fantasmas profundos pasaban



a su lado. Aquella nube en movimiento lento como el espectro de un recuerdo o el intento de desconcierto del viento trémulo y muerto. Tan lejos del suelo en medio de un arpegio de ecos llenándole el pecho como presos entre dedos negros perdiéndose en un espejo hueco o arañando su cerebro. Luego ese aleteo en todo el cuerpo, el terror tremendo, el aleteo siniestro en los huesos como un andar etéreo sobre árboles enfermos al fondo de un cementerio, y luego el estruendo de sus propios cabellos y de sus nervios como descubiertos, y luego el silencio y otra vez el viento y el universo envuelto en el viento y ese agujero como el comienzo de un sueño eterno en un invierno tan extenso, tan incierto y el dolor de los miembros, el sufrimiento de los huesos azotados por cientos de cuervos, el tembloteo de los extremos, el despeño por el aire denso y funesto hasta el trecho del entierro y otra vez el viento y el silencio, el silencio hueco y sereno, el silencio...

Había andado mucho y ahora estaba cansado. Pero al fin había vuelto a encontrar su maravillosa gruta.

La gruta estaba iluminada por una luz difusa y blanca a la vez. Con la habilidad de quien conoce todos aquellos laberintos, su cabeza había evitado las innumerables estalactitas y sus pies, las piedras y los salientes de mármol o de ónix precioso.

Afuera un viento de inocencia soplaba sobre el mundo. Los novios, enlazados, recorrían los parques de



todos los países bajo los árboles, bajo la luna y se hablaban al oído como pájaros.

Hacía mucho rato que Bernardo estaba acurrucado al fondo de su gruta. Varias veces creyó sentir golpes que retumbaban en la tierra, golpes tan fuertes que llegaban hasta aquellas profundidades y aun por momentos le parecía como en sueños, que la gruta se estremecía entera.

Después de un rato, creyó oír pasos que iban y venían, pasos que se acercaban detrás de los sueños de hierro. Pasos en tumulto y desordenados. También le pareció oír algunos gritos perdidos en las sombras espesas en que se iba sumiendo la gruta embrujada.

En una especie de neblina, se advertía un grupo de gentes inclinadas sobre algo, impidiéndole ver lo que pasaba al otro lado. Quiso hacer un movimiento como para acercarse y contemplar él también esa cosa misteriosa que atraía tantas miradas. Apenas se movió, apenas dio un medio paso hacia adelante como un autómatas, que una cantidad de manos y de gritos batieron el aire en medio de las tinieblas del universo.

«Cuidado que se escapa... El bandido. El repugnante. Quiere huir... Mátenlo. Mátenlo aquí mismo... El sátiro, el puerco... El repugnante sátiro».

¿Quién es? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde gritan? ¿Qué señalan esas manos empuñadas en el aire?

La niña yacía sobre el diván de la sala, los ojos vidriosos, desmesurados, abiertos al infinito y al pavor.



La pequeña carne dolorosa palpitaba y gemía en medio de una mancha oscura. Bernardo estaba de pie al fondo de su gruta junto al diván, con la mirada perdida. De pie como la estatua de la serenidad perfecta, no había oído los pasos de los que entraron. No había visto a nadie. Cuando esas gentes furibundas habían violado su puerta, él no lo había advertido. Estaban tan lejos. Sus manos acariciaban la pequeña cabellera brillante y esa cabellera silenciosa le separaba de la tierra. No sintió cuando le cogieron y le empujaron hacia atrás.

«Repugnante. Bandido... Mátenlo... Despedácnlo. Canalla. Inmundo sátiro».

¿Pero qué ha pasado? ¿Dónde gritan? ¿Qué está pasando? ¿Por qué gritan allá lejos? ¿Por qué ese ir y venir de gentes? Tantos pasos, tanto ruido encima del alma. Acaso esas gentes vienen a traerle sus manos, sus ojos, su nariz, sus orejas, su boca, su corazón.

Bernardo intentó otra vez avanzar como un autómeta, avanzar y asomarse por encima de ese grupo en la neblina, pero sintió un dolor en los brazos, sintió que dos manos sujetaban las suyas por detrás, violentamente.

Entonces empezó a subir por sus espaldas hacia el cerebro una idea vaga con una pequeña luz adentro.

FIN.





CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO



Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

Adán Augusto López Hernández
Gobernador de Tabasco

Natalia Toledo
Subsecretaria
de Diversidad Cultural

Yolanda Osuna Huerta
Secretaria de Cultura

Marina Núñez Bepalova
Subsecretaria
de Desarrollo Cultural

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento
a la Lectura y Publicaciones

Omar Monroy
Titular de la Unidad de
Administración y Finanzas

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura

Esther Hernández Torres
Directora General
de Vinculación Cultural

Antonio Martínez
Enlace
de Comunicación Social
y Vocero



